

D-2
3170

$$\frac{10-2}{7-2}$$

B.P. de Soria



61109456

D-1 707

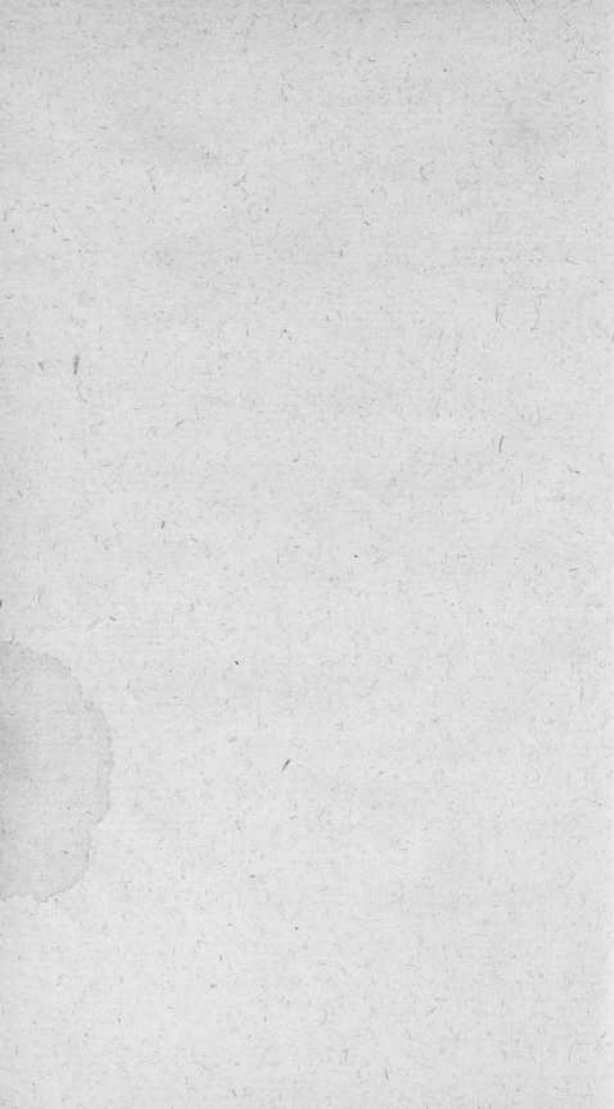
D-2

19 3170

9456



TOMO II



LOS VIAGES

DE ROLANDO

132863

Y DE SUS COMPAÑEROS DE FORTUNA

AL REDEDOR DEL MUNDO,

POR L. F. JAUFFRET.

TRADUCIDOS DEL FRANCES.

TOMO II.

EN LA IMPRENTA REAL

MADRID 1804.

LOS VIAGES

DE ROLANDO

Y DE SUS COMPAÑEROS DE FORTUNA

AL REINAR DEL NOROCCIDENTE

POR A. F. JAY PERRY

TRADUCIDO DEL INGLÉS

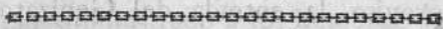
TOMO II

EN LA IMPRINTA REAL

MADRID 1864

LOS VIAGES

DE ROLANDO.



CAPITULO XI.

El Abate Doloni, Monval é Ingardin quieren separarse. — Rolando les hace mudar de resolucion. — Noticia de las costumbres de Alexandria y de algunos animales de Egipto. — El gerbo y el ichneumon. — Partida para Roseta. — Descripcion de esta ciudad y sus cercanías.

La mañana siguiente nos levantamos temprano, y almorzamos juntos. Gozosos de hallarnos en Egipto, nos dábamos mutuamente la enhorabuena de haber debido á nuestra desgracia la independenciam

absoluta, y la libertad de conocer una de las regiones mas célebres y notables del globo, quando de improviso la entrada del Genízaro que habia de servirnos de guia, y la pregunta que nos hizo acerca de lo que pensábamos hacer, y qual era nuestra determinacion, dió motivo entre mis compañeros de viage, á una disputa que pudo tener graves conseqüencias, y costó mucho trabajo apaciguar.

El Abate Doloni, apasionado á las ruinas de los monumentos antiguos, nos manifestó su intencion de pasar aquel dia en las catacumbas de Alexandría: allí admirarán Vmcs. (nos dixo) las galerías subterráneas, mansion tenebrosa de los muertos, las quales verosímilmente fuéron al principio las

canteras de donde se sacaba la piedra necesaria para edificar las casas de Alexandría, y despues de haber suministrado á los hombres de este pais los materiales de sus casas durante su vida, han venido á ser ahora el lugar de su última morada: allí admirarán Vds. las galerías espaciosas donde los antiguos Egipcios hicieron de cada lado tres órdenes de sepulcros....

Yo no admiraré nada (interrompió Monval dando sobre la mesa tal puñada, que hizo saltar la cafetera al suelo, la que por fortuna estaba vacía); porque prometo no poner allí los pies: seria muy extraño, que apénas llegamos á Egipto, en lugar de emplear el tiempo en conocer las producciones animales y vegetales de este

rico pais, fuésemos á encerrarnos en las catacumbas con riesgo de que estas bóvedas medio arruinadas se desplomen sobre nuestra cabeza: ¿seríamos acaso mas sabios al salir de estos subterráneos? Vaya enhorabuena el Abate Doloni si así lo quiere, y lidie con los escorpiones y los jacales, que sin duda habrá allí. Por mi parte pienso pasearme tranquilamente baxo la bóveda del cielo, y buscar en las cercanías de Alexandría, algun gerbo ó algun ichneumon que poder exâminar y describir despacio; y esta es, á mi parecer, una ocupacion importante. Despues del gerbo y del ichneumon exâminarémos un crocodilo....

16 Bien podrá Vd. exâminarlo solo (dixo Martin de la Bastida) pues yo no tengo intencion, ni de

ir á visitar los sepulcros de los muertos, ni de disecar los cadáveres de los animales: quédense Vds., si así lo quieren, un mes ó un año entero en Alexandría: cabe el uno con ardor en las ruinas que cercan á esta ciudad, y el otro exâmine las entrañas de todos los animales de esta region, que todo esto me importa muy poco. Yo me he propuesto seguir otro camino, y es preciso que averigüe, si es posible unir el mar Bermejo con el Mediterráneo, lo que espero saber dentro de poco; porque desde hoy mismo dexo á Vds., y tomo el camino de Suez.

Una vez que cada uno (interrompió Ingardin) dice su modo de pensar, voy yo tambien á decir el mio. Todos Vds. no piensan mas

que en gastar el dinero, que hemos debido á la generosidad del Emperador de Marruécicos, sin que ninguno atienda á que se agotarán nuestros fondos, y nos hallarémolos sin ningun recurso, si no cuidamos de hacer en Egipto algun comercio. El Cayro es, en esta region, la ciudad en que el comercio tiene mas actividad, y á ella estoy resuelto á pasar, donde hallaré el modo de hacer alguna especulacion útil, y lograré decuplar ó centuplicar mis fondos, en tan poco tiempo como Vds. disiparán enteramente los suyos. El Cayro, segun he oido decir, es una ciudad donde es fácil enriquecerse; pues todos los propietarios acaudalados, esto es, los Mamelucos y los Letrados, estan allí reunidos, y traen allí sus

rentas. Su situacion geográfica la hace un lugar de paso, el centro de la circulacion, cuyos ramos se extienden por el mar Bermejo en la Arabia y en la India; por el Nilo en la Abisinia y el interior del Africa, y por el Mediterráneo en la Europa y en el Imperio turco. Por el Cayro pasan las numerosas caravanas de Abisinia y de Marruécos que van á la Meca, cargadas de mercancías preciosas: por otra parte tambien vienen de Damasco caravanas ménos numerosas con tejidos de seda y de algodón, aceytes y frutas secas, por todo lo qual veo claramente que haré fortuna en aquel pais, y tal vez algun dia podré ofrecer á Vds. la hospitalidad.

El Abate Doloni no era hom-

bre que renunciase á su proyecto: el naturalista y el geógrafo defendian el suyo con la misma obstinacion, y el negociante Ingardin estaba resuelto á partir para el Cayro, manifestando cada qual la intencion decidida de separarse. Monval habia ya llamado á Domingo, y dádole las órdenes para disponerse á partir. El Abate Doloni, tomando la mano al Genízaro, le pedia que le llevase á las catacumbas; y entónces, viendo yo esto, los detuve, diciéndoles en voz alta: oíganme Vds., y si hemos de separarnos, no ha de ser sin haber cumplido un deber que es vergonzoso no haberlo hecho ántes. Vamos todos á visitar al Cónsul de Francia en Alexandría; pues saben Vds. con quanta eficacia el de Tú-

nez nos ha recomendado á él, y quanto nos importa á todos pedirle su proteccion; y quando nuestro interés propio no nos dictase dar este paso, deberíamos hacerlo, á lo ménos, por los respetos del hombre generoso que nos lo encargó.

Estas palabras no produxéron al principio el efecto que yo esperaba; pero insistiendo de nuevo, logré sosegar la impaciencia de mis compañeros, y salimos al instante para ir á ver el Cónsul.

Hallámosle á la puerta de su casa, que iba á montar á horcajadas sobre un asno para pasearse por la ciudad. En Egipto se permite raramente á los Cristianos y á los Judíos el andar á caballo, y solo se atreven á montar los asnos, y aun tienen que apearse de ellos si en-

cuentran qualquier señor Egipcio.

El Cónsul de Alexandría, en vista de la carta oficiosa del Cónsul de Túnez, nos convidó á entrar en su casa, y á que le acompañásemos á comer. Su conversacion nos fué muy agradable; y las respuestas que dió á cada uno de nosotros, así sobre las producciones y el comercio de Egipto, como sobre las costumbres de los pueblos que habitan aquella region, influyéron mucho en nuestro modo de pensar para lo sucesivo.

Sea qual fuere, nos dixo, la diferencia que reyne en las diversas inclinaciones de Vds., no les aconsejo que se separen miéntras permanezcan en Egipto. Muchas tribus de Arabes errantes andan continuamente por el campo, y se acer-

can muchas veces á la ciudad, y estos solo viven del robo, sin tener el menor escrúpulo de aligerar á los viajeros de qualquier nacion que sean, si conocen que no se hallan en estado de hacerles resistencia. Estos Arabes acometen impetuosamente á los extranjeros que van á cavar en las ruinas. Persuadidos de que debaxo de los escombros de los monumentos antiguos, están ocultos tesoros considerables, y de que los curiosos vienen á buscar estos monumentos, solamente para desenterrar aquellos, estan siempre observando los pasos del antiquario; y desgraciado de él si no satisfecho de estudiar el monumento con la vista, tiene la curiosidad de remover la tierra en que se halla; porque al instante acuden los Bedui-

nos, y le piden cuenta del oro que ha encontrado, en cuyo caso es inútil toda disculpa; porque es preciso confesar el hecho, y dar quanto uno tiene, á lo ménos para conservar la vida. Así pues Vds. ven que el que desee conocer á fondo las antigüedades del Egipto, debe cuidar mas que ninguno otro de ir con buena escolta.

La misma reflexiõn, añadió, puedo hacer al naturalista recomendable, que quiere estudiar particularmente los animales y vegetales de este pais, y ademas debo advertirle que en los paseos solitarios, no solo debe temer el encuentro con los Arabes, sino tambien de los animales feroces, que son muy comunes en Egipto. Mi sobrino, que tiene mucha aficiõn á

esta parte de la historia natural, me ha dicho que se encuentran aquí muchos búfalos, hienas, jabalíes, hipopótamos y crocodilos. Estos son unos animales á cuya caza no es prudente ir uno solo, pues no tienen mas miramiento á un sabio que al hombre mas estúpido, y no creo que sea muy digna de desear la perspectiva de que le coman á uno estos monstruos.

Hállanse á la verdad en estas cercanías animales ménos terribles, como son ichneumones, gerbos, camaleones, ginetas y gazelas. Mi sobrino tiene muchos de ellos, y recibirá particular gusto en comunicar á Vds. todas las observaciones que está haciendo cada dia acerca de los hábitos naturales de estos cuadrúpedos. Tambien mantiene

en sus paxareras muchas tórtolas, codornices, cercetas, fulgas, mergos ó somorgujos, gansos del Nilo, chorlitos reales, garzas, pelícanos, halcones, milanos, cigüeñas, flamencos ó fenicopteros, cuervos marinos ó filocrocoraxês, grullas, águilas, ibidas ó cigüeñas negras, y todo género de páxaros, y los enseñará á Vds. si gustan de ello, en lo que tendrá él mas placer que Vds. podrán tener en verlos.

Tambien podré dar á conocer á Vds. en Alexandría dos ó tres Franceses que van al Cayro, los quales serán de mucha utilidad á los que de Vds. se dediquen al comercio, y hace pocos dias que han llegado de Marsella recomendados á un rico comerciante, en cuyo escritorio está, hace tres años, em-

pleado uno de mis amigos , llamado Melan-de-Griñoles: este es un hombre instruido y de agradable conversacion , que podrá dar á Vds. noticias del modo de traficar en este pais. A falta de establecimientos para poder tener correspondencia seguida entre los agentes de comercio , se ven precisados los negociantes en Egipto á hacer viages continuos para dirigir sus negocios, ó enviar en su lugar dependientes ó esclavos de confianza. Los cueros son en este pais un objeto considerable de exportacion, pues se sacan cada año ochenta mil cueros de búfalos, camellos, bueyes y vacas, de los quales van diez mil á Marsella, y mayor número á Italia. Las pieles de búfalo, mas gruesas y pesadas que las demas,

se llevan con preferencia á la Siria. Las exportaciones, así del lino como de los lienzos hechos de él, es un artículo de importancia. La del arroz podria ser de consideracion si fuese libre su comercio; pero está arrendado, por cuya razon no se atreven los Europeos á sacar este grano sino por Damietta. El café puede mirarse como mercancía de consumo y de paso. Siendo esta la bebida que mas gusta á los Turcos, han hecho lo posible para tenerlo puro, á cuyo efecto está prohibido traer el café de América, y extraer el de Arabia; pero estas órdenes se eluden por medio de los regalos que se hacen á los Grandes y empleados de la Aduana; de manera, que cada año sacan del Egipto los Europeos una buena

cantidad de café de Levante. Por lo demas, mi amigo Melan dará á Vds. noticias mas extensas y circunstanciadas sobre todos los ramos del comercio de esta region.

Del Cayro podrán Vds. dirigir sus pasos hácia Suez, si es que tienen gana de hacer allí algunas indagaciones sobre el antiguo canal de Quolzum, por el qual se comunicaban los dos mares, sirviendo de intermedio el rio. Actualmente está en el Cayro un Jesuita, hábil geógrafo, buscando las ruinas de este canal, cuya direccion creo ha logrado determinar exâctamente; y él enterará á Vds. de sus descubrimientos en esta parte.

Creo pues que deben Vds. ir todos al Cayro; pero les aconsejo

que por grande que sea el deseo que tengan de ver esta ciudad, y visitar las famosas pirámides que no estan léjos de allí, les aconsejo, repito, que pasen primero por Roseta, ciudad hermosísima, situada á las orillas del Nilo, donde podrán Vds. embarcarse para subir por el rio, hasta el Cayro. Alexandría es un pais horroroso en comparacion de Roseta, y solo allí es donde conocerán Vds. que están en Egipto.

Las noticias que nos dió el Cónsul fuéron recibidas por todos con el mayor reconocimiento, y desde entónces no se volvió á hablar de separarnos; ántes bien solo pensamos en partir aquella misma tarde para Roseta, á fin de aprovecharnos del fresco de la noche para pasar el desierto arenoso, que separa

de Alexandría á aquella ciudad.

Pasamos el dia en compañía del Cónsul, y ántes de comer nos manifestó su sobrino su coleccion de fieras, y él y Monval tuviéron larga conversacion de todos los animales que allí se veian.

Estando en esta conversacion oimos un grito, dimanado del susto que tuvo nuestro compañero Ingardin. Un quadrúpedo, con un hocico muy largo, se habia salido de la jánula, que halló entre abierta, y habia saltado sobre la espalda de él. Es difícil pintar el miedo que esto dió al pobre Ingardin. A sus voces acudió el sobrino del Cónsul siguiéndole Monval, y tras de él todos los que allí estábamos. Gritaba Ingardin que le socorriesen; pero los naturalistas le decian

que no tuviese miedo ninguno, porque aquel animal era un ichneumon, que en aquel pais está domesticado. Sin embargo, Ingardin clamaba porque se lo quitasen de encima, diciendo que ya le faltaban las fuerzas. A estas palabras el sobrino del Cónsul llamó al ichneumon dándole un silbido, y este obedeciendo dexó las espaldas de Ingardin, á las quales estaba bien agarrado, y vino al punto al lado de su amo solicitando sus caricias. Ya ve Vd. (dixo este á nuestro compañero) que nada tiene que temer. — Así será (respondió Ingardin) pero nadie es dueño del miedo.

Entre tanto Monval habia tomado el ichneumon, y decia al sobrino del Cónsul: ¿qué piensa Vd.

en quanto á la naturaleza de este animal? ¿Forma acaso en la clase de los seres alguna especie particular (1)? ¿Es el mismo animal que la mangusta (viverra mungo?) ¿Se le deberá mirar como una especie de gato de algalia (2), ó como una rata (3), ó como una nutria (4), ó como una comadreja (5), ó como un tejón (6)? ¿Es cierto lo que dicen de que come los huevos de los crocodilos, y se introduce en el cuerpo de este anfibio para roerle las entrañas?

Yo no podré decir á Vd. (res-

(1) Ichneumon Pharaon.

(2) Viverra ichneumon. *Linneo.*

(3) Mus-Pharaonis. *Prosper. Alpinus.*

(4) Lutra Aegypti. *Aldrovandus* y *Klein.*

(5) Mustella ichneumon. *Brisson.*

(6) Meles ichneumon. *Hasselquitz.*

pondió el sobrino del Cónsul) si el ichneumon es mas bien un hediondo que un gato de algalia; una rata que una nutria; mas bien una comadreja que un texon: todo lo que yo sé es que se domestica en Egipto como el gato en Europa, y que del mismo modo que este, sirve para coger los ratones y las ratas, que son muy comunes en esta region. Es muy animoso, y las serpientes no tienen enemigo mas temible que el ichneumon, el qual las persigue, las coge, las mata por ponzoñosas que sean; y quando siente la impresion de la ponzoña, va á buscar los antídotos, y en particular una raiz á que los Indios le han dado su nombre; y dicen ser uno de los remedios mas seguros y eficaces contra las mor-

deduras de la víbora y aspid. Come los huevos del crocodilo, como tambien los de las gallinas y otras aves: mata y come los crocodilos pequeños á poco tiempo que han salido del huevo; pero es falso lo que se dice de que entra en el cuerpo de este anfibio, y no sale hasta haberle roido las entrañas.

Quando estábamos viendo la casa de fieras llegaron los dos franceses, de que nos habia hablado el Cónsul, y prometido dárnoslos á conocer; y despues de un quarto de hora de conversacion, concertamos que en la misma noche partiriamos todos juntos para Roseta. Uno de ellos llamó mi atencion por su estatura, y por sus ojos llenos de fuego, el qual se llamaba Rocas de San Casian. Este suge-

to hablaba poco ; pero en su silencio se descubria fácilmente que era un hombre lleno de ideas , y que si callaba era para observar mas. Por algunas palabras que dixo , y en particular por el continuo hablar de su compañero , llamado Martin del Castillo , vine en conocimiento que Rocas de San Casian , viagero desde su infancia , habia dado dos veces la vuelta al mundo , y era un hombre cuyo trato nos debia ser muy importante. Yo tuve muchas ganas de trabar con él amistad , y con esta mira hice todos los esfuerzos posibles para conseguirla. Notólo él y correspondió á mi solicitud , y mas adelante se verá quan útil me fué su amistad.

Despues de comer , nos dispusi-

mos para partir. El Cónsul nos dió varias cartas para el Cayro, y nos proporcionó seis genízaros y dos trujámanes ó intérpretes para que nos acompañasen sin dexarnos. Quatro camellos y dos mulas iban cargadas con nuestros bagages. Un asno llevaba las provisiones de boca, y nosotros íbamos cerrando la marcha montados en mulas. Serian las siete de la tarde quando salíamos de Alexandría.

A la puerta de la ciudad se atropáron algunos habitantes, y Martin del Castillo, que no obstante nuestras instancias, no habia querido dexar el vestido á la francesa, tuvo que sufrir bastantes injurias, y aun le alcanzáron algunas piedras, de las quales una le dió con bastante fuerza en el pecho. Poco

mas allá nos esperaba otra aventura diferente, la que fué un golpe terrible para aquellos en quien el apetito se hallaba engañado en su esperanza. El asno que llevaba las provisiones de boca, indigno de carga de tanta importancia, dexó caer las cestas, haciéndonos pedazos botellas, platos, pasteles y quanto habia. Cerca de media hora gastamos en recoger los despojos, con los quales se cargó una caballería ménos viva. Cogiónos á poco la noche, la qual fué obscurísima. Llegados á la mitad del camino, nos detuvimos para descansar un rato; pero quando llegó la hora de seguir la jornada, cada uno corria tras su cabalgadura, que habian dexado suelta, y la obscuridad impedia hallarlas ó reconocerlas. Todos gri-

taban y disputaban. Los mozos reñian entre sí, y los Genízaros andaban tras de todos. En esta confusión, Rocas y yo estábamos montados, presenciando á nuestra satisfaccion aquel espectáculo que mas se oia que se veia. Los dos habiamos tenido cuidado de poner nuestras caballerías en parage señalado, y así las volvimos á tomar sin dificultad. Una hora entera se pasó en el desórden, que hubiera sido fácil precaver; y no es fuera de propósito hacer esta observacion; porque prueba que así en los viages como en las expediciones militares, son igualmente indispensables el órden y el cuidado; y de no atender á ello, resultan á veces inconvenientes mayores todavía que el de la pérdida de un tiempo precioso.

Monval era á quien mas incomodaba la obscuridad de la noche. ¿Es posible, decia, que se viage quando este velo negro cubre toda la naturaleza? ¿Cómo se ha de observar quando no se ve? Si fuese de dia, tal vez encontraria en el desierto algun gerbo ó algun antilope. Yo aseguro que si hubiese sabido que la obscuridad habia de ser tan grande, no hubiera emprendido el viage hasta por la mañana, aunque fuera con riesgo de encontrar con los Arabes.

En quanto á nosotros, aunque sentíamos tambien estar privados de la vista de los objetos, nos alegrábamos de que este viage nocturno nos librase de las incomodidades del ardor del sol. Es verdad que caminábamos, por decirlo así,

á tientas; pero nuestras mulas estaban tan acostumbradas á andar el camino, que no era menester guiarlas. Estos animales van á paso largo de andadura, con el qual se adelanta mucho sin fatigarse demasiado. Así de noche como de dia no se apartan de la senda, que sobre arena movediza no puede estar ni señalada ni trillada.

Al despuntar el dia nos hallamos á la orilla del mar, á cuyo lado habíamos andado casi toda la noche. Monval echó pie á tierra, y recogió muchas especies de conchas, entre las quales habia, segun él decia, almejas, folados, lapas y vocinas. A poco la naturaleza salió de su sueño, y Monval, lleno de júbilo, exclamaba: mirad como todo se anima y se hermosea;

y si no tenia razon de desear la luz: mirad las cogujadas de mar y esos tótanos, que saltan y revolotean en la playa. Mirad los chorlitos que vienen á buscar la presa mientras que aquellas otras aves se cruzan volando encima de las aguas. Mirad quantos puercos marinos ó tursiones en que brillan los colores del arco iris. Admirad tambien esas ondas que vienen sucesivamente rodando á romperse en la playa, y parece que juegan con las piernas de nuestras caballerías. Hacia el medio dia se descubren campos de arena, en que la vista solo distingue algunas palmas solitarias; pero á poco trecho todo se mudará, y veremos campos y verde, porque ya estamos cerca del Nilo, y en sus orillas hay parages amenísimos.

No se engañaba Monval, pues luego que pasamos algunas colinas arenosas nos encontramos al fin sobre una corta eminencia, de donde descubrimos á Roseta á la distancia de algunos pasos. El teatro se habia mudado repentinamente como por encanto: ya no se veian aquellas ruinas tristes, ni aquellos arenales horrorosos por su esterilidad, sino la naturaleza, adornada de todos sus atavíos, difundiendo sus dones con magnificencia singular, y con profusion igualmente variada y sostenida. La vista inflamada con el sol ardiente, fatigada con los granos de arena esparcidos en una atmósfera calurosa, descansa con placer en un horizonte que le presenta las imágenes mas amenas y risueñas.

Roseta es una ciudad moderna, bien poblada, edificada con sencillez agradable, y si no contiene edificios suntuosos, á lo ménos no ofrece nada que pueda excitar la tristeza. El Nilo baña sus muros por la parte de Oriente. Debilitado con las aguas que suministra en su curso á los canales y á los riegos, retenido ademas por la barra que le separa del mar en su desembocadero, no tiene el ímpetu peligroso de los rios caudalosos, conduce sossegadamente las riquezas de las tres partes del mundo, y distribuye la fecundidad sobre sus riberas: su vecindad no es temible, y aun sus inundaciones son beneficios.

Las cercanías de Roseta son todavía mas amenas que su interior. Los Genizaros, que nos servian de

guia, nos lleváron á las huertas, situadas al lado del norte, las quales forman la vista mas agradable. No están divididas de un modo árido con tristes tapias, sino cercadas de seto vivo, formando bosques floridos y olorosos. No se ven allí árboles á cordel, ni platabandas uniformes, ántes parece todo obra de la casualidad: el naranjo y el limon entrelazan sus ramas: el granado crece junto á la chirimoya, y á esta sombra embalsamada se crian las hortalizas. La palma, descollando entre los demas árboles, aparta hasta la mas leve apariencia de uniformidad. Apenas puede el sol introducir sus rayos al traves de estos vergeles hojosos, á los quales se entra por sendas tortuosas, y mil arroyuelos serpenteando llevan allí

la frescura y el alimento de la vegetacion.

Tendiendo la vista al otro lado del rio, se descubre una llanura, que no tiene mas límites que el horizonte. Esta es el Delta, salido del seno de las aguas, que conserva la frescura de su origen. Los vergeles, semejantes á los que hay cerca de Roseta, los grupos de árboles siempre verdes, otros esparcidos acá y allá; los rebaños de varias clases diversifican los puntos de vista, y animan aquella rica y fecunda parte del Egipto; y los lugares y villas numerosas aumentan la hermosura de aquel pais. Por todas partes se ven las señales de un cultivo fácil, de una primavera eterna, y de la fertilidad siempre variada, y que renace continuamente.

Andando por las deliciosas huertas de Roseta me refirió Rocas de San Casian una parte de sus viajes: distraídos ámbos, él, por el gusto que tenia en traer á la memoria sus aventuras, y yo por el que hallaba en oirlas, nos separamos de nuestros compañeros, y nos fuimos un rato por medio de los campos; pero esto mismo nos proporcionó ocasion de apreciar las costumbres del pais. Cada hortelano, cada labrador nos convidaba á entrar en su casa, y á tomar café: vea Vd. aquí (me dixo entonces Rocas de San Casian), los habitantes de Roseta. Con las mismas costumbres, los mismos usos, la misma ignorancia, se hubieran quedado siempre como los habitantes de las ruinas de Alexandría,

ó como los que viven al pie de las rocas áridas del Egipto superior, y serian las gentes mas bárbaras del mundo; mas puestos sobre un terreno fértil y risueño, cuya frescura y producciones templan el ardor del clima y la sequedad de la atmósfera, se han suavizado las costumbres, y el carácter ha perdido su aspereza. Esta mudanza es debida á las felices disposiciones de la naturaleza y á la influencia de la agricultura, que mas que el comercio es la primera maestra de los pueblos, y el medio mas directo para sacarlos del estado de barbarie y hacerlos caminar con pasos rápidos hácia la civilizacion.

CAPITULO XII.

Llegada al Cayro. — Descripción de esta ciudad. — Anedocta que da á conocer las costumbres del pais. — Relacion que hace Siñier, el padre, de su viage á la Tebayda. — Religiosos Coptos. — Mar Bermejo ó de Arabia. — Istmo de Suez.

Aunque la ciudad de Roseta nos ofrecia una mansion agradable, deseábamos mucho ver la capital del Egipto, y así nos embarcamos la mañana siguiente para el Cayro, pues allí era donde cada uno de nosotros debia hallar recursos agradables y particulares, y satisfacer su curiosidad de un modo diferente y segun sus deseos.

No hay cosa mas agradable que

viajar por el Nilo desde Roseta al Cayro: las dos riberas del rio están llenas de pueblos; y aunque las casas sean baxas y mal edificadas con adobes, están rodeadas de palmas y palomares de particular construcción; todo lo qual no dexa de ofrecer al extranjero una vista tan agradable como extraordinaria. Cerca de algunos de estos pueblos, se ven altos montones de ruinas de ciudades antiguas.

Estaba yo admirado de que no las observase con mas atención el Abate Doloni, quien sumergido en profundo silencio iba distraido, y parecia que le incomodaba la compañía. En Roseta habia visto la ciudad sin decirnos nada de su antigüedad, ni si en ella se debe ver la antigua *Canope* ó la antigua

Metilis, de que habla Estrabon. Paréceme (dixe á Rocas de S. Casian) que el Abate Doloni ha sentido salir de Alexandría, sin haber ántes baxado á las catacumbas, como nos habia propuesto. ¿Cómo haremos para obligarle á romper el silencio? — Eso no es nada difícil, me respondió; y levantando la voz, dixo: por todas partes veo llanuras espaciosas, donde se cultiva el arroz, cuyo cultivo prueba mejor en las cercanías de Rose-ta: yo desearia saber en quanto se valúa el beneficio de los propietarios de los arrozales en los años abundantes; si seria posible introducir en Francia el cultivo del arroz, y si este fué conocido de los antiguos Egipcios.

Yo creo (dixo Ingardin) que

podré responder á la primera pregunta: en quanto á la segunda nadie mejor que nuestro compañero Monval podrá responder; pero solo el Abate Doloni podrá satisfacer á la tercera. Segun las noticias que he recogido, el beneficio de los propietarios de los arrozales en los años buenos, esto es, en aquellos en que la crecida del Nilo aumenta las inundaciones sobre las tierras, puede valuarse en cincuenta por ciento, pagados todos los gastos.

Varios han propuesto (dixo Monval) el cultivo del arroz en Francia, y ciertamente seria esto una adquisicion preciosa; pero si se reflexiona que en Egipto necesita seis meses para llegar á su madurez, y que durante este tiempo

es menester cierto calor y humedad constante, se hallarán pocos parages en Francia que den esperanza de cosechas seguras y abundantes de este fruto. En quanto á la época en que pudo traerse el arroz de la India á Egipto, creo que fuese en tiempo de los Califas.

¡En tiempo de los Califas! (exclamó el Abate Doloni levantándose indignado, y saliendo de improviso de su largo letargo) ¡en tiempo de los Califas! ¿Quién ha dicho á Vd. semejante cosa? ¿Qué autoridad citará Vd. para probarlo? ¿Ignora Vd. que el Doctor Shaw, ignora Vd. que Goguet en su origen de las leyes y las artes, aseguran positivamente que el pueblo Egipcio se mantenía antiguamente de arroz? ¿Ignora Vd. que

el Conde de Caylus, quien ha adquirido celebridad por su aficion á las antigüedades, ha descrito un ídolo de Osiris, de bronce, el qual habia sido revestido con una mano de yeso dorado, y que para hacerlo mas y mas sólido sobre una materia lisa como el bronce, se usó de paja de arroz como estaba á la vista? ¿Ignora Vd. que este ídolo de Osiris fué examinado en Academia plena en el mes de Diciembre de 1739, adonde todos los Académicos estuviéron mirando atentamente el dorado que lo cubria, y todos observáron que á fin de que la capa de blanco sobre que estaba aplicado el oro, se mantuviera sobre el bronce, habia el obrero puesto sobre la figura una buena capa de cola, toda ella sem-

brada de pedacillos de paja de arroz? ¿Qué es lo que Vd. podrá oponer á este hecho? ¿Dirá Vd. como el traductor Larcheu que la *olira* de Herodoto no es la *oriza* de los naturalistas? A eso responderé yo que esto no pasa de conjeturas, y que todas las conjeturas del mundo no valen nada quando hay un hecho solo en contra de ellas.

Entre tanto navegábamos sobre las ondas del Nilo, y al cabo de cinco dias de navegacion llegamos á *Bulak*, que puede mirarse como el puerto del Cayro, pues todos los barcos que vienen por el rio descargan en aquel lugar las mercaderías y los pasajeros.

El Cayro, que los árabes llaman *Mars*, es una ciudad grandí-

sima , aunque bastante moderna, situada á la orilla oriental del Nilo, á un cuarto de legua de este rio, lo qual la priva de una gran ventaja. El canal que va hasta ella no salva este perjuicio, por quanto no tiene agua corriente sino miéntras dura la inundacion. Al oír hablar del Cayro , parece que debe ser alguna capital, á lo ménos semejante á las nuestras; pero si se atiende á que entre nosotros no han empezado las ciudades á decorarse sino de cien años á esta parte, será fácil pensar, que en un pais donde todavía están en el siglo X, deben participar de la barbárie comun. Así es que el Cayro no tiene los edificios públicos, ni las plazas regulares, ni las calles rectas, en que la arquitectura manifiesta

sus primores. Las cercanías están señaladas por colinas llenas de polvo, formadas de los escombros que se acumulan cada día, y cerca de ellas la multitud que hay de sepulcros, y la infección de los muladares, ofenden tanto al olfato como á la vista. En lo interior, las calles son estrechas y tortuosas; y como no están empedradas, las gentes, los camellos, los asnos y los perros que pasan por ellas continuamente, levantan un polvo incómodo. A veces los vecinos riegan delante de su puerta, y en lugar del polvo se encuentra entónces el lodo, los vapores y el mal olor. Las casas no son tan altas como las de nuestras ciudades de Europa, y en los barrios pequeños solo tienen un piso, y son de adobes secos al sol.

Nuestros Genízaros, despues de habernos hecho andar mucha parte de la ciudad, nos lleváron á casa del rico negociante, donde debiamos alojarnos. Pareciónos muy singular el género de luxo que reynaba en su interior, en el qual habia salones espaciosos, donde el agua saltaba en pilas de mármol. Recibiónos el negociante con sumo agrado; pero habiéndonos llevado al quarto donde estaba Melan, le hallamos en cama padeciendo todavía las resultas de un insulto que le habian hecho los habitantes de un pueblo inmediato. El gusto de ver á sus compatriotas le proporcionó una distraccion provechosa, mandó traer de refrescar, y luego nos pidió le refiriésemos nuestras principales aventuras, las que le

sirviéron de particular recreo.

Despues de haber satisfecho su curiosidad le pedimos nosotros que nos contase las circunstancias del insulto que le habian hecho, y de que habia sido víctima. Condescendió con gusto á nuestros deseos, y nos dixo: no hay cosa mas agradable que pasar un dia cazando en las cercanías del Cayro, poco tiempo despues de la inundacion quando las aguas del rio empiezan á bajar: como es tan grande el número de cercetas, chorlitos reales y chochas que se hallan entónces junto á los estanques que allí llaman *birkets*, son muchos los cazadores que navegando en barcos van allá seguros de hallar abundante caza. Desde que llegué á Egipto me habian hablado y alabado estas

cacerías ; y aficionado yo desde mi niñez á esta especie de ejercicio, quise aprovechar un dia en que estaba cerrado el escritorio. Salí pues de mañana con algunos Genízaros para disfrutar esta diversion , y confieso que pasé efectivamente el dia mas alegre de mi vida : maté dos especies de garzotas de las de pluma enteramente blanca, pero diferentes en el tamaño : una zarceta de pluma mezclada de amarillo , algunas chochas, y varias especies de chorlitos. Al ponerse el sol eché pie á tierra junto á una calzada , y mis Genízaros, fieles observadores de sus prácticas religiosas, se arrodillaron el rostro vuelto hácia la Meca, cuyo exemplo debiera haberme advertido de recogerme y levantar

hácia el cielo un corazón reconocido. De esta suerte hubiera acabado el día con una acción laudable, la qual no hubiera á lo ménos tenido ninguna consecuencia funesta para mí. Pero cegándome la pasión, quise emplear el resto del día en matar algunas aves mas, con cuya mira me separé de mis Genízaros, diciéndoles que podían volverse al Cayro en el barco, pues yo me iría á pie por la calzada. Me fuí pues en seguimiento de una manada de patos, y aunque les tiré no maté ninguno, y esto me causó bastante rubor, por quanto me hallaba muy cerca de una población, cuyos habitantes me miraban desde léjos.

Como se acercaba la noche, y tenia que andar bastante camino

para llegar á la ciudad, determiné volver atras al instante, sin cuidar de cargar mi escopeta; pero quando apénas habia dado algunos pasos, oí gran vocería y unos gritos horribles, y vi todos los habitantes de aquel pueblo armados de palos, que venian tras de mí, diciéndome, en su lengua, muchas injurias que yo no entendia; mas no satisfechos de esto me diéron de palos, y no se retiráron hasta haberme roto los brazos y las piernas. Dexáronme por muerto, y verdaderamente hubiera perdido la vida, si al cabo de un quarto de hora no pasara por el camino un viejo musulman conocido de mi patron, quien me halló en aquel deplorable estado. Al punto envió por auxílios, y concertó traerme al Cayro, donde se

divulgó muy pronto lo sucedido. Despues supe que los habitantes de aquel pueblo, que me maltratáron tan cruelmente, me acusaban de haber herido un muchacho, hijo de un labrador; pero noticioso de ser infundada esta acusacion, di queja al Baxá, quien prometió hacerme justicia, y castigar severamente á mis asesinos. En efecto, se hicieron las pesquisas; pero el Baxá es el único que ha sacado producto de ello, pues ha puesto sobre el pueblo una contribucion que él se ha apropiado; y por mi parte llevo seis semanas de cama, y me creeré muy dichoso con poder salir de ella pronto.

Al tiempo que Melan acababa de contar su historia, entráron en la sala dos franceses en bata y gor-

ro, los quales extrañáron ver allí tanta gente. Su compatriota Melan advirtió su cortedad, y les dixo: no extrañen Vds. de ver aquí gente, pues son franceses que acaban de llegar. Luego, dirigiéndose á nosotros, nos dixo: aquí presento á Vds. dos compatriotas, los señores Siñier, padre é hijo, los quales están en bata y gorro, porque han llegado esta mañana de un viage que acaban de hacer á la Tebayda, y tenian necesidad de descansar, por quanto han viajado de noche para librarse del calor del dia. Hoy comerán con Vds., lo que no les pesará porque los viages dan siempre buena gana.

Así es (dixo entónces Siñier, el padre) sobre todo quando se viaja por la Tebayda; y puedo asegurar

á Vds., que es el pais mas árido del mundo, y que no conozco otro en que se coma peor.

Alborozado el Abate Doloni de encontrarse con personas que venian de recorrer una parte tan notable del Egipto, se acercó á los señores Siñier, padre é hijo, y les hizo varias preguntas sobre las antigüedades de la Tebayda. — Sin duda (les dixo) habrán Vds. tenido la fortuna de visitar aquel desierto, que ilustráron en otro tiempo tantos solitarios. ¿Han hallado Vds. en los monasterios Coptos algunos manuscritos preciosos? ¿Han descubierto Vds. en la arena las ruinas de alguna ciudad antigua?

Todo lo que puedo decir á Vd. (respondió Siñier el padre al Abate Doloni) es, que la Tebay-

da es un pais horrible , y que me hubiera muerto de hambre , si hubiese tenido la precision de permanecer en él. Mi hijo ha sido la causa de que fuese á ella , ó por mejor decir , un misionero es quien nos ha hecho ir á ámbos , prometiéndonos que seriamos bien recibidos en los monasterios del desierto. ¡ Pero Dios mio , qué recibimiento ! ¡ Qué fatigas para atravesar las inmensas llanuras de arena , y llegar á algun monasterio ! Poco faltó para perecer de cansancio en la llanura de *Baquarra* , donde no se halla sombra para guardarse de los rayos del sol , ni fuente , ni birket , ni siquiera un mal pantano para aplacar la sed , ni una fruta para refrescarse : continuamente teniamos que acudir á

las provisiones de boca que llevábamos con nosotros, las quales se reducian á galleta, queso y pescado salado; y quando nos asaltaba el sueño, no teniamos mas cama que la arena. Al cabo de la llanura de *Baquarra* me acuerdo que encontramos algunas acacias silvestres, que tenian tantas espinas como hojas; pero estas son tan mezquinas, que es muy corto el auxilio que prestan al viagero que quiere librarse del sol ardiente.

Sin embargo (dixo el Abate Doloni) habrá Vd. hallado en el camino, ermitas, monasterios, torrentes.

¡Torrentes (dixo Siñier el padre)! en verdad que hallamos uno despues de seis dias de camino, y en él llenamos quatro odres de

agua, con que cargamos nuestros camellos. Continuamos nuestro viaje, y nos bebimos dos de ellas, contando con las otras dos para mas adelante; pero nuestros camelleros, sin que yo sepa la razon, las habian untado con aceyte de linaza que apestaba; y el agua tomó tan mal olor, que mas quisimos sufrir la sed, que aplacarla con agua tan pestífera.

Sin duda (dixo el Abate Doloni) se hallaban Vds. entónces muy cerca del famoso monasterio de San Antonio.

En efecto (continuó Siñier el padre) le vimos desde léjos, y yo aceleré el paso para llegar el primero; y durante un quarto de hora anduve al rededor del convento buscando la puerta, y dando voces

para que me abriesen; pero quién lo creerá, que no pude hallarla, y la razon es clara, pues no la tenia. Imaginen Vds. ahora qual seria mi enojo y mi despecho, estando hambriento y sediento, suspirando por un pedazo de pan y por una gota de agua; y quando al fin veia delante de mis ojos aquel monasterio, objeto de todos mis deseos, no hallaba puerta para entrar en él: gritaba con toda la fuerza que me permitia mi debilidad; pero mis voces se perdian en el ayre, y ya empezaba á creer que el convento no estaba habitado, quando llegaron el misionero, mi hijo y los camelleros.

Preguntáronme estos últimos, que como estaba todavía allí; á lo que yo les respondí, que aun es-

taria largo tiempo si no me enseñaban donde estaba la puerta. Entonces me dixéron que si ignoraba que no se hacia puerta ninguna en los monasterios de la Tebayda, por el continuo temor que tienen de que los árabes, ladrones de profesion, no vengan á sorprender y robar los monasterios. Todo eso está muy bien, repliqué yo; pero nosotros no somos árabes, y sino entramos en el convento ántes de la hora de comer, nos exponemos á no hallar nada en el rectorio.

En esto los camelleros, que sabian lo que debia hacerse en semejantes lances, cogiéron piedras, y á fuerza de echarlas en la huerta de los monges coptos, y de dar voces y gritos, lograron que los

oyeran, y al instante vimos algunos religiosos asomados al parapeto de un muro sumamente elevado.

Sin duda (dixo el Abate Doloni á Siñier el padre) harian á Vds. buena acogida, y no les dexarian fuera del monasterio.

Nos diéron á entender (continuó este) por señas, y por el tono de la voz, que fuésemos bien venidos; y al mismo tiempo descolgáron un jarro de agua, sabiendo por experiencia que los peregrinos que llegan á sus muros, van siempre acosados de sed violenta. Aprovechámonos de esta obra de su caridad, de que teniamos bastante necesidad: despues echáron una cesta enorme, en la qual nos colocáron nuestros camelleros, y al momento los monges, que estaban

sobre una especie de parapeto, tiráron por medio de una polea, y nos levantáron hasta una ventana, por la qual entramos en el convento.

Una por una (dixo el Abate Doloni) entrados, darian á Vds. sin duda muy buena comida.

Si he de decir la verdad (dixo Siñier) eso es lo que yo esperaba, pero me engañé bastante. El superior, sabedor de nuestra llegada, vino á saludarnos con mucha afabilidad; y despues de los primeros cumplidos nos llevó á la iglesia, donde dimos gracias á Dios por haber atravesado el desierto sin ningun encuentro desgraciado: despues de esto nos lleváron á un quarto bastante pobre, donde dos monges tendiéron unos manteles

grandísimos de cuero, sobre una estera en el suelo mismo, y los cubrieron con cinco ó seis platos, que todos contenian el mismo manjar, y era una pasta cocida en agua, sobre la que echáron dos ó tres cucharadas de miel. Claro está qual seria mi admiracion, y el despecho que me agitaria. El superior nos dixo que nos pusiésemos á la mesa, esto es, que nos sentásemos en el suelo, cruzando los pies á la moda del pais, á lo que fué preciso acomodarse, y comer de la pasta cocida en agua, ó bien resolverse á morir de hambre.

Sin duda (dixo el Abate Doloni) los religiosos enterarian á Vd. de las antigüedades del pais; sin duda les enseñarian manuscritos..... momias....

¿Pues qué (replicó Siñier) los manuscritos y las momias se comen? ¿Y cree Vd., que hambriento como yo estaba, iria á preguntar á aquellos religiosos acerca de las antigüedades del monasterio? Entre ellos observan el mas riguroso silencio, y á la verdad no me admiro de esto; porque comiendo tan mal, no pueden dexar de ser taciturnos; y por otra parte son gente á quien yo respeto mucho. La huerta que tienen es bastante grande, y en ella cultivan toda suerte de legumbres para su uso, y han plantado palmas, olivos y algarrobos. Nosotros alcanzamos de ellos el permiso de coger por nuestra mano alguna fruta.

Sin duda (dixo el Abate Doloni) irian Vds. á visitar las orillas

del mar bermejo, despues de haber pasado algun tiempo en el monasterio de San Antonio.

En efecto (respondió Siñier) eso es lo que queria el misionero con quien viajábamos, y yo tuve la debilidad de condescender á ello. Este misionero queria ir á ver de léjos el monte Sinaí, y costear el mar bermejo hasta Suez.

¿Hasta Suez? (exclamó Martin de la Bastida) ¿con que Vd. ha tenido la fortuna de ver esa ciudad? Le doy á Vd. la mas cordial enhorabuena: yo tengo el mas vivo deseo de verla, y espero que Vd. no se niegue á hacer otra vez este viage con un ingeniero geógrafo, porque es sumamente importante demostrar la posibilidad de abrir un canal para unir el mar

bermejo con el mediterráneo.

¡Yo volver á Suez! (respondió Siñier) conozco tan bien esa ciudad, que no puedo desear volver á poner los pies en ella. El interior es tan miserable como áridas las cercanías. Fuera de los muros, no se ven mas que llanuras de arena: los árboles, las huertas, los prados y los campos no se conocen allí: añádese á esto que en Suez no se encuentra ni un hilo de agua dulce, pues la única que hay potable es la del pozo de Nava, situado al otro lado del golfo, distante de Suez mas de dos leguas; de donde la traen los árabes, y venden á real y medio el odre de este agua, que aunque dicen que es buena, á mí me ha parecido malísima.

Pero ¿cree Vd. (añadió Mar-

tin de la Bastida) que haya existido el canal? ¿Juzga Vd. posible la union del mar bermejo con el mediterráneo? ¿Qué se podrá lograr el cortar el Istmo? ¿Y cree Vd. que la execucion de este proyecto podria causar alguna inundacion espantosa?

Lo que yo puedo decir (respondió Siñier) es que el mercado de Suez está muy mal provisto, y la razon es muy sencilla; porque no habiendo en sus cercanías ningun pasto, no puede haber ganados, ni puede haber tampoco caza; pues no hay ni bosques, ni tierras sembradas, de consiguiente tampoco hay aves, pues no hay granos; y así el mercado se reduce á pescado y mariscos, y no negará Vd. qué pronto se cansa qual-

quiera de semejantes comidas.

Pero sin embargo (insistió Martin de la Bastida) ¿cree Vd. que sea practicable el canal? ¿Ha medido Vd. el espacio que separa los dos mares? Yo he oido decir que es á lo mas de diez y ocho á diez y nueve leguas comunes; que en este terreno no hay montes, y que desde lo alto de los terrados de Suez no se descubre con un anteojo de larga vista, sobre una llanura lisa y rasa, sino una sola lista por la parte de noroeste. Por consiguiente, la diferencia de nivel no será la que se oponga á la reunion.

Puedo asegurar á Vd. (interrompió Siñier) que no le han engañado en decirle que la llanura de Suez está lisa y rasa, y estoy cierto que qualquiera que pase por

ella, no encontrará una perdiz ni aun una golondrina.

Pero ¿cree Vd. (añadió Martin de la Bastida) que el mar bermejo esté mas alto que el mediterráneo? A mi parecer el Nilo, desde su origen hasta su desembocadura, debe de tener mucha pendiente, y así es preciso que desde el estrecho de Babel-Mandel hasta el Istmo de Suez tenga el mar bermejo igual inclinacion. Podria pues ser imprudente cortar el Istmo de Suez; pero por otra parte puede decirse que el nivel ha debido establecerse por el Cabo de Buena-Esperanza.... ¿Qué piensa Vd. de esto?

Quando Siñier el padre iba á responder á esta pregunta, viniéron á decir que la comida estaba

en la mesa.... Lo que yo pienso, dixo entónces, es que lo mas prudente será el irnos á comer, y despues podremos continuar la conversación quanto Vd. gustare.

CAPITULO XIII.

Hornos públicos de Egipto para criar pollos. — Avenida del Nilo. — Notician á los viageros que hay peste en Alexandria. — Resolucion que toman para librarse de ella y salir de Egipto. — Proximidad de la partida. — Miétras tanto que se verifica, van parte de los viageros á ver las pirámides y las catacumbas de Sakara. — Dase cuenta de lo que le sucedió á Siñier el padre, en lo interior de la pirámide mayor. — Baxa el Abate Doloni á un pozo de momias.

Baxamos al entresuelo, y nos llevaron á un comedor, donde estaba la mesa puesta, y cubierta de delicados manjares. El agua del Nilo, clarificada con almendras amar-

gas, se veía transparente en garrafas de cristal; y las botellas de vino griego estaban puestas á refrescar en el pilon de una fuente que corria en un rincon de la sala. Nos sentamos todos, y guardamos profundo silencio miéntras se comió de los primeros platos; pero al cubrir segunda vez la mesa empezamos todos á hablar del Egipto, y preguntamos á Siñier el padre, si aquella comida no le reconciliaba con las producciones y el clima del pais. „Pase enhorabuena lo del Cayro, respondió; ¡pero la Tebayda! ¡pero el monasterio de San Antonio! Toda mi vida me pesará de haber visitado estos lugares.”

Aunque eran muchos los manjares, notamos que Siñier el padre comía de todos con buen ape-

tito ; solamente al segundo cubierto, despues de haberse comido un pluvial ó chorlito real, y media chocha, no quiso de ningun modo una pechuga de pollo que le ofrecimos. Como esta era la primera cosa que habia rehusado desde el principio de la comida, tuvimos curiosidad de saber el motivo, y así se lo preguntamos. — Me repugnan los pollos (nos respondió con suma ingenuidad) desde que en este pais he visto nacer quatro ó cinco mil de ellos á un tiempo. La imágen de estos quatro mil animalillos, que rompen á la vez el huevo de donde salen, me persigue, y creo que necesitaré de que se pase todavía mucho tiempo, ántes de que pueda volver á comer pollos sin asco.

¿Cómo es eso? (preguntó Ingardin) ¿cómo pueden salir á un tiempo quatro ó cinco mil pollos? Eso me parece cosa sobrenatural. — No es mas que efecto del arte (replicó Siñier). Hay aquí hornos para pollos, los quales se componen de varias divisiones unas sobre otras: la última de abaxo está llena con quatro ó cinco mil huevos, ó mas; pues quantos mas hay, mayor ganancia resulta al dueño. Esta multitud de huevos contribuye ademas á mantener el calor que se comunica á todos ellos amontonados unos sobre otros. La division de arriba es para el fuego, que está allí encendido por espacio de ocho dias; pero no continuamente, porque entónces seria demasiado y perjudicial el calor; y así solo se

enciende una hora por la mañana y otra por la tarde; y á esto llaman la comida y la cena de los pollos. Enciéndese el fuego con boñiga de vaca (con perdon sea dicho) ó estiércol de otros animales, seco y mezclado con paja. No usan nunca de leña ni carbon, porque esto daria un calor demasiado violento. Hacia el dia diez y ocho es quando se ve algun movimiento en el blanco del huevo, y se distingue el embrion ya formado; lo que se ve al traves de la cáscara, descubriéndose tambien como se alimenta con la yema, que chupa por el ombligo.

Dos dias despues, esto es, el veinte, el pollito pica la cáscara y la rompe. El veinte y uno al medio dia, ó el veinte y dos por la

mañana , se rompen todas las cáscaras , y sale un ejército de ave-cillas , dexando la cárcel donde estaban presas. Un momento ántes, todos aquellos miles de huevos parecian inanimados ; pero luego el teatro se muda , todo es piar , todo es vida.

¡Qué cosa tan buena (dixo entónçes Ingardin con entusiasmo) para hacer un excelente negocio! Al instante que vuelva á Francia voy á hacer un horno , y sacar artificialmente un millon de pollos. Si salgo con ello , pido y me conceden privilegio exclusivo , y ya está asegurada mi fortuna.

Si Vd. ignora el secreto (respondió Siñier el padre) va Vd. expuesto á perderse ; porque ha de saber Vd. que los obreros que

están empleados en los hornos de pollos son ménos comunes de lo que se pudiera creer. Solamente los habitantes de cierto lugar de Egipto, son los únicos que tienen la habilidad hereditaria de dirigir estos hornos; y todos los demas de Egipto lo ignoran enteramente. Desde luego es menester cierta inteligencia para escoger los huevos, desechando todos aquellos que se cree no ser buenos para el intento: despues se requiere cierta fuerza y maña poco comunes, para estar á la mira de dia y de noche; revolver continuamente los huevos sin romperlos, y mantener el grado de calor conveniente; porque el demasiado frio ó el demasiado calor, por poco que sea el exceso, lo echa todo á perder.

A este tiempo quitaban de la mesa los restos del segundo cubierto, y ponían con simetría los postres, quando un vecino entró en el comedor, para anunciarnos, según decia, la gran noticia, que iban á publicar los heraldos por todas las calles del Cayro. Todos escuchamos con atencion, y el officioso vecino, sin poder alentar, nos dixo: „Señores, he venido corriendo á noticiar á Vds. la causa de las voces y algazara que pronto van á oír en las calles; y es que nos anuncian la crecida del Nilo, y el principio de la inundacion. El *Jeque*, que está expresamente en el *Mikkias* de la isla de Roda para avisar, ha despachado ya sus correos. La noticia es segura, y como yo he sido uno de los

primeros que la han tenido, he entrado á darla á Vds. al paso. A Dios, que voy corriendo por todo el barrio para darla á todos mis conocidos.

Apénas hubo salido este buen hombre, quando Siñier el padre tomó la palabra, y dixo: „No sé si Vds. serán del mismo parecer; pero el mio es de dexar al instante este quarto por prudencia, é irnos á comer los postres, y tomar café al segundo piso. Esto de inundacion no me gusta, lo confieso; y una por una, que han venido á avisarnos, señal es de que hay peligro en comer aquí.” Diciendo esto se levantó de prisa, colgándole la servilleta del hojal de la chupa, tomó con una mano su plato, y con la otra el vaso y una bote-

lla , y miró con inquietud á ver si seguíamos su exemplo.

Mucho trabajo nos costó sosegarle y disipar su temor , y fué menester usar de muchísimas razones para que se resolviese á volver á sentarse. Dixímosle que el crecimiento del Nilo era lento y progresivo sin peligro ninguno ; y que el motivo de avisar el principio de este crecimiento con tanto anhelo , era por las inmensas utilidades que de ello redundaban al Egipto ; pues sin eso no se podria labrar sino poquísimo terreno , y aun para hacerlo se necesitarian grandes gastos.

Miéntras estábamos ocupados en serenar á nuestro tímido compañero , y algunos le zaherian por el susto que habia pasado , volvió á

entrar de improviso el novelero, y en voz sumisa, y con semblante triste, nos dixo: „Poco hace que dí á Vds. una noticia excelente; y con la mira de participarla á otros muchos, iba corriendo de calle en calle, quando supe otra, que no es nada agradable; pero conviene que Vds. no la ignoren. Me acaban de decir al oído que la peste se ha introducido en Alexandría; y si esto es cierto, es menester no descuidarse en tomar grandes providencias; pero á bien que Vds. sabrán lo que hay que hacer en semejantes casos.

Nada de eso sabemos, le respondimos. — Pues yo (añadió) podré decir á Vds. algo en el asunto. Casi siempre se introduce la peste en Egipto por Alexandría: poco á

poco pasa á Roseta, y luego al Cayro, siguiendo el camino que llevan las mercaderías. Así que está declarada, los negociantes Europeos se encierran en su *kan* ó barrio con sus criados, y cortan toda comunicacion con la gente de fuera. Los comestibles se ponen á la puerta del *kan*, y allí los recibe un portero, cogiéndolos con unas tenazas de hierro, y los mete en una tina de agua que tiene allí para este uso. Si alguno quiere hablarles, se mantienen á cierta distancia, de manera que no haya contacto ni de las ropas ni del aliento. De esta suerte se preservan de esta plaga, á ménos que no se cometa alguna infraccion de la policía. No hace muchos años que un gato nos introduxo la peste, en-

trando en nuestro barrio por los terrados. Este encarcelamiento fastidioso dura tres ó quatro meses, en cuyo tiempo las diversiones se reducen á pasearse por la noche en los terrados, y jugar á los naypes.

Horrorizado quedó Siñier el padre al oír esta noticia. Vean Vds. (nos dixo) si yo tenia razon en no estar contento del Egipto. Solo me faltaba la peste para hacerme enteramente aborrecible este pais. No seria lo peor si pudiésemos salir de aquí; ;pero desdichados de nosotros! Pues si la peste está en la costa nos será imposible embarcarnos; y será forzoso, que sepultados en esta tierra arenosa y pestífera, perdamos la esperanza de ver los montes de nuestra patria y

aquellos rios pacíficos, ménos célebres que el Nilo ; pero que á lo ménos no asustan á nadie con inundaciones. A Dios, á Dios para siempre, mi amada patria : á Dios ciudades, villas, lugares, aldeas, rios, montes y valles, donde pasé tantos dias de alegría, y que no he de volver á ver. A Dios ; y si el cielo tiene determinado que yo muera aquí de la peste, á lo ménos que mi deplorable suerte sirva de escarmiento á todos mis paisanos que quisieran seguir mi exemplo.

Así se lamentaba Siñier el padre ; y nosotros, aunque ménos atemorizados que él, no estábamos sin algun sobresalto ; porque pudiera ser cierto que hubiese peste en Alexandría, y en tal caso era imposible que pudiésemos salir de

Egipto, siendo preciso resolernos á llevar en paciencia quatro meses de encarcelamiento, y aun tenernos por muy dichosos, si de esta manera lográbamos escapar del contagio.

Acabada la comida nos juntamos todos en el quarto de dormir de nuestro compatriota Melan, y allí deliberamos sobre lo que debiamos hacer. Nuestro huésped Melan, que sabia por experiencia quales eran los tiempos del año en que la peste era mas temible en Egipto, nos sosegó con sus razones. Si estuviéramos (dixo) en Constantinopla, diria á Vds. que el temor era fundado; por quanto nos hallamos en el estío, y esta estacion da á la peste suma actividad en atencion á que allí se reune al ca-

lor la humedad, que procede del mar, de los bosques y montes circunvecinos; pero en Egipto la cosa es diferente, y el estío, por razon de ser caliente y seco destruye el contagio, obrando en él como sucede con las carnes, que entónces no se pudren. El calor no es nocivo sino en quanto se le agrega la humedad. Estas consideraciones me inclinan á creer, ó que es falsa la noticia, ó que si es cierta, no tendrá el contagio conseqüencias funestas. De qualquier modo seria bueno que alguno fuese á Alexandria ó á Damietta, se informase de lo que habia en el asunto, y por poco que hubiese de positivo tratase de buscar nave para salir al punto de Egipto.

Todos aplaudiéron el pensa-

miento, y cada uno esperaba con impaciencia que alguno se ofreciera á hacer este viage á Alexandría. Varios estaban pensando el modo de excusarse, mientras Rocas de San Casian me miraba de hito en hito, y parecia acusar mi pundonor. Entendí lo que querian decirme sus miradas, y me levanté denodado, diciendo: Yo, señores, estoy dispuesto á partir al instante para Alexandría, y solo pido que me acompañe Chiusa. Al oír esto, manifestáron el gozo todos los semblantes: Rocas se levantó, y me abrazó, diciéndome: amigo, yo he dexado á Vd. de propósito la gloria de este noble y generoso sacrificio; pero ahora pretendó acompañarle, pues si el camino que hemos de seguir presenta algun peli-

gro, me avergonzaria de no ser partícipe de él.

Al punto partimos Rocas de San Casian, Chiusa y yo para *Bulak*, donde nos embarcamos para Roseta.

Miéntras se verificaba nuestra vuelta, pensó el Abate Doloni en aprovechar el tiempo, y con esta mira dixo á los demas: es muy natural que Rolando encuentre en Alexandría ó en Damietta alguna nave pronta á dar la vela, y que tengamos que salir de Egipto dentro de pocos dias.

¡Dios lo quiera! exclamó Siñier el padre; y todos los demas repitiéron: ¡Dios lo quiera!

Yo lo deseo tambien (añadió el Abate Doloni) tanto como cualquiera; pero no negarán Vds. que

seria una cosa que no tendria perdon, si saliéramos de Egipto sin haber visto las pirámides de Menfis, ni haber baxado á un pozo de momias. La llanura de las pirámides y la de Sakara no están léjos del Cayro; y así sin pérdida de tiempo, debemos ponernos en camino para ir á ver esos monumentos gigantescos de la arquitectura humana, contra quienes no tiene fuerza la segur del tiempo: es preciso ver los pozos de momias en la llanura de Sakara: es preciso exâminar por nuestros propios ojos, si los antiguos Egipcios echaban las momias horizontalmente en los pozos, ó si las colocaban arrimadas á la pared en situacion vertical. Esta cuestión tiene divididos á los antiquarios, y al fin nosotros tendre-

mos la gloria de resolverla.

Yo no creo (dixo Siñier el padre) que eso sea de mucha importancia; pero si todos Vds. van á ver las pirámides, yo les acompañaré; porque quando un niño tiene miedo no gusta de quedarse solo. Yo soy algo niño naturalmente, y lo mismo se me da decirlo con claridad, que el que lo piensen los demas. Pero si he de ir al viage ha de ser con la condicion de que hemos de llevar suficientes bastimentos, para no morirnos de hambre en el camino; lo que nos sucederá infaliblemente si nos vamos como unos locos sin precaucion ninguna. Yo conozco bien esa llanura de las pirámides, la qual está rasa como la palma de la mano.

La ingenuidad y la advertencia

de Siñier diéron mucho gusto á los viajeros, y motivo para olvidar algunos instantes lo terrible de la plaga que les amenazaba. Todos se conformáron en ir á ver las pirámides y la llanura de Sakara, y diéron á Siñier el encargo de proveedor de la caravana. Admitiolo con particular gusto, hizo sus preparativos, y en aquel mismo dia saliéron con la comitiva los camellos cargados de abundantes provisiones. Pasáron el Nilo en *Dsjize* por un puente soberbio de diez arcos, y á poco llegaron á la llanura en que están las pirámides.

Estas masas enormes, que la antigüedad contaba en el número de las maravillas del mundo, las llaman los turcos *Pharaon Daglari*, y los árabes *Pharaon Dgebel*, esto

es, *montes de Pharaon*. Si la vista de estos colosos no lisonjea, á lo ménos admira muy particularmente.

Luego que el Abate Doloni hubo llegado al pie de la pirámide mayor, cruzó las manos sobre el pecho, y estuvo considerando largo tiempo sus prodigiosas dimensiones. Al fin rompió el silencio, y dixo: Señores, ¿quién lo creería? El origen de estas pirámides se pierde en la obscuridad de los tiempos. Los autores estan discordes acerca de la época en que se edificáron, acerca del uso que tenían, y acerca de sus verdaderas dimensiones. Plinio trae una larga lista de autores, que escribiéron sobre la materia, y todos eran de opinion diferente. „Los que han escrito de las pirámides, dice, son

Herodoto, Euhemero, Duris de Samos, Aristágoras, Dionisio, Artemidoro, Alexandro Polyhistor, Butórides, Antisthenes, Demetrio, Demotiles, Apiano; pero ninguno de ellos ha podido decirnos quién las edificó, porque la mas justa casualidad del mundo ha hecho que los autores de tan excesiva vanidad hayan quedado sepultados en eterno olvido."

¡Excelente observacion! exclamó Martin de la Bastida. En efecto, los que realmente sirven al género humano, son los únicos que merecen ser inmortales. Y al cabo, ¿para qué sirven las pirámides? Nunca han sido de utilidad real; en lugar que si yo consiguiera unir el mar del norte con el del sur por el lago de Nicaragua, seria

mirado por todas las generaciones futuras, como un bienhechor de mis semejantes.

No lo dudo, replicó el Abate Doloni; pero volvamos á las pirámides. Ya es tiempo de que nos quitemos la ropa que mas nos pese, y prepararnos para subir á la plata-forma, entre tanto que los moros que han venido con nuestros camellos, limpian el paso para entrar adentro, el qual lo cierra en breve la mucha arena que acarrea el viento. He oido decir, que para subir, es bueno que vaya delante alguno que ya haya estado ahí otra vez; porque si no se va por buena senda, pronto se llega á parage, de donde no se puede ir adelante ni atras sin riesgo de precipitarse.

De todos los que allí estaban

solo Siñier el padre y el hijo eran los que hubiesen estado otra vez á visitar las pirámides; y luego que les pedimos que nos guiaran, se ofrecieron á hacerlo de buena voluntad.

Síganme todos (dixo Siñier) el parage por donde se sube con mas facilidad, es el ángulo que mira entre levante y el norte; pero ántes de llegar á la plata-forma, tenemos que subir doscientos escalones no pequeños. Yo he contado (dixo Siñier el hijo) doscientos y diez, teniendo cuidado de echar una haba en mi faltriquera á cada diez; y quando llegué arriba hallé veinte y una habas.

El Abate Doloni repuso que esta diversidad en el número, podia provenir de varias causas, y que

los viageros no estaban de acuerdo en quanto al número de gradas de la pirámide, en atencion á que algunas de las primeras estaban cubiertas de arena: que la dificultad de subir ocasiona distracciones involuntarias, porque á veces es preciso ponerse de rodillas sobre algunas á causa de su mucha altura: que ademas de esto hay personas que cuentan por escalones los que no son mas que medios escalones, miéntras otros creen que estos vienen de que el tiempo ha gastado las piedras.

Entre tanto iban subiendo, y ya se hallaban á los cien escalones, quando Siñier les mostró en uno de los ángulos un quartito quadrado, hecho en la pirámide, y nos instó á entrar allí, diciéndonos:

„Bien sé que nada hay que ver aquí, pero descansaremos un poco; y mas que ántes de subir me previne de dos calabazas de vino, de las quales vaciaremos una aquí, y la otra quando estemos arriba;” lo que así se executó.

La plata-forma que corona la pirámide mayor, y que mirada desde abaxo parece una punta, es de dos hermosas piedras, que tienen en quadro diez y nueve pies y un tercio. La vista de que se goza desde lo alto, es ciertamente grande y magnífica, de manera que Monval no se saciaba de admirarla. Estando allí tiró Domingo una piedra, y por mas esfuerzo que hizo, no pudo alcanzar mas allá de la duodécima ó décima quinta grada.

Desde allí baxáron por el mis-

mo camino por donde subieron, y despues de descansar un rato, se fuéron derechos á la puerta de la pirámide, la qual se halla en la décima sexta grada, subiendo por el lado del norte. Para llegar á dicha puerta, hay que subir una colina, que está junto á la pirámide por aquel lado, la qual, segun la opinion del Abate Doloni, se ha formado de la arena que acumulan los vientos.

Antes de entrar adentro de la pirámide, tiráron, segun es costumbre, dos escopetazos por la puerta, á fin de espantar las serpientes que allí pueden estar. La entrada es quadrada y siempre igual, y tiene quatro pies de alto, y tres pies, nueve pulgadas de ancho. Este conducto va baxando con

la inclinacion de un ángulo de sesenta grados , y tiene de largo ochenta y ocho pies y tres quartos.

Despues de esta baxada, se encuentra una subida de igual largo que aquella con corta diferencia , y al fin se llega á una boca ó paso muy estrecho. Señores (dixo entónces á sus compañeros Siñier el padre), este es el parage mas dificultoso , y no hay mas sino que cada uno se adelgace quanto pueda. La última vez que pasé por esta boca , hice voto de no volver á pasar por ella en mi vida ; pero para servir á Vds. de guia , es preciso que ahora falte á mi promesa.

Diciendo estas palabras , se entró por aquella boca , arrastrando por el suelo como una culebra , y no sin alguna dificultad y trabajo,

pues las espaldas rozaban contra las piedras, y la barriga estaba oprimida de una manera extraordinaria é incómoda. Todos los viageros tuviéron que seguir aquel exemplo, y meterse por el estrecho, boca abaxo y arrastrando.

Luego que todos pasáron, echáron las yescas, y encendiéron las velas que habian apagado para poder gatear con mas libertad; pero fué preciso repetir varias veces esta operacion, porque en aquel interior habia muchos murciélagos, los quales asustados andaban revoloteando, y apagaban las luces al punto que se encendian.

Anduviéron despues por diferentes galerías, y al fin llegaron al aposento mayor, en medio del qual hay un cofre quadrado de gra-

nito, que segun unos, era el sepulcro de Cheops, y segun otros, estaba destinado á algun uso de religion. Allí fué donde el Abate Doloni se entregó enteramente á las reflexiones que aquellos sitios le inspiraban. ¿Será posible (exclamaba) que desde que existen las pirámides, no se haya podido descubrir nada de su primitivo uso? Plinio nos dice que las hicieron por orgullo, y dar ocupacion al pueblo ocioso. Otros, y esta es la mas comun opinion, pretenden que servian de sepulcros á los Reyes de Egipto; pero si el fundador de la pirámide mayor la destinaba únicamente á servir de sepulcro, ¿á qué hacer la entrada tan estrecha y con tantas revueltas? Antes de entrar en este aposento hemos ha-

llado el pozo, que dice Plinio tiene ochenta y seis codos de profundidad. ¿De qué podia servir este pozo al lado de un sepulcro? Puede ser que todas estas revueltas, todos estos aposentos, toda esta arquitectura misteriosa, tuvieran, como lo cree el Doctor Shaw, algun destino mas noble: y á lo ménos es cierto que no era posible inventar fábrica mas ingeniosamente dispuesta que la presente, para la celebracion de los misterios egipcios.

¿No pudiera creerse que este cofre de granito, colocado aquí en medio de este aposento, servia para el culto místico de Osiris; ó tal vez seria uno de aquellos cofres sagrados, en que los Egipcios guardaban las imágenes de sus divini-

dades, ó los vestidos y utensilios que usaban en sus misterios; ó finalmente que era el parage donde custodiaban el agua bendita, de que hacian uso en sus ceremonias? La longitud de este cofre, que es de poco mas de siete pies, favorece, á la verdad, la opinion de los que le tienen por algun sepulcro; pero su altura y su ancho, que son de unos tres pies y medio cada una, pasan mucho de las proporciones que en tal caso solian guardar los Egipcios. Ademas que ya pienso con Herodoto y Diodoro Siculo, que los Egipcios ponian las momias de pie arrimadas á la pared; y espero que pronto he de poner este punto fuera de toda duda. De consiguiente, como la situacion de este cofre es tal, que la momia

del fundador habria de estar tendida de largo á largo, no me parece regular que sirviese para semejante fin.

Entre los que allí estaban, no habia quien tuviese bastante erudicion para contradecir al Abate Doloni, é impugnar sus citas con otras diferentes. Solo Monval se contentó con defender la opinion antigua, de que las pirámides eran sepulcros, hab'ando de esta manera: „No es dificil creer que los antiguos Reyes de Egipto tuvieran por cosa de grave importancia edificar esta morada impenetrable para sus esqueletos, quando es sabido que en Menfis era dogma el que las almas volverian al cabo de muchos miles de años á habitar los cuerpos en que habian estado.” Es-

ta es la razon de que se cuidase con sumo esmero, de preservar de la disolucion los mismos cuerpos, y de conservarles su forma por medio de los aromas, faxas, ligaduras y sarcófagos. El que tenemos delante, y estamos viendo á la luz de nuestras velas, tiene cabalmente las dimensiones convenientes, y esta morada obscura y estrecha no ha podido nunca servir de nada, sino para alojar á un muerto. Este es mi parecer, y si á Vd. le incomoda....

¡Incomodarme! (dixo el Abate Doloni) nada de eso: pues que del choque de las opiniones sale la verdad; y si Vd. quiere que tratemos el punto despacio....

En esto Siñier les interrumpió, diciendo, que las velas se acaba-

ban, y era menester retirarse sin mas dilacion, sopena de exponerse á perderse en las tinieblas; con lo qual todos se pusieron en camino para salir de la pirámide.

Así que hubieron andado un poco se halláron junto á aquella boca, por donde entráron con tanto trabajo. Siñier el padre, en calidad de guia, fué el primero que se arrodilló; y metiendo la cabeza y los brazos en aquel estrecho, empezó á arrastrarse para salir afuera, siguiéndole algunos de la misma manera, con mas ó ménos agilidad, segun que su corpulencia se acomodaba á este penoso y cansado exercicio. Esperaban los últimos á que se desocupase el conducto para entrar en él, quando Siñier se halló sin poder ir adelante, por mas es-

fuerzos que hacia. Sea que hubiese tomado alguna mala postura, sea que debilitadas las fuerzas no pudiese hacer los movimientos adecuados, lo cierto es que se paró, y con esto paró tambien á todos los que iban detras. Gritábanle estos que anduviese, y que se ahogaban, á lo que él respondia, que no podia, y tambien se ahogaba.

Cerrado pues el paso, no habia medio de ir adelante; y en tan triste situacion, los que seguian á Siñier el padre, y se hallaban como él tendidos boca abaxo, se resolvieron á retroceder para ponerse en postura ménos incómoda, y respirar con mas libertad. Hízose esto no sin dificultad, y solo Siñier quedó como cogido en la trampa de aquel estrecho, haciendo inútiles

esfuerzos para salir adelante ó atras. Era ciertamente penosa su situacion, pero no estaban ménos acongojados los compañeros. Ya se habia pasado media hora, y el paciente permanecia en el mismo lugar, sin que se lograra nada por mas que se probó á tirar de él por los pies; pues de tal manera estaba comprimido su cuerpo con la fuerza que habia hecho para ir adelante, que no podia retroceder sin desollarse.

Tratóse de lo que debia hacerse en tal lance, y Monval dixo en voz sumisa á sus compañero; : este sugeto es sin duda un hombre muy bueno: yo le respeto y le amo sobremanera; mas sin embargo, si continúa cerrando el paso, claro está que nos pondrá á todos en con-

dicion de morirnos de hambre en la pirámide, y esto no debe tolerarse, ni debemos permitirlo.

Lo mismo que ahora nos sucede (dixo el Abate Doloni) acaeció exâctamente en 1650. Un viagero frances llamado *la Boulaye le Gouz*, vino á ver lo interior de la pirámide, y entre los que le acompañaban habia un Religioso Franciscano de la familia de Jerusalem, hombre muy gordo, quien entró por esta boca con bastante dificultad, y al salir se halló en el mismo caso, que ahora se encuentra Siñier el padre. Estaba tan comprimido en medio de esta boca que *la Boulaye le Gouz*, y algunos otros que quedaban detras, creyeron que seria preciso *hacerle quartos para abrir el paso. Ciertamente, dice*

este viagero , *hubiera sentido mucho que le sucediera esta desgracia, porque era un santo varon, lleno de mansedumbre y de caridad.*

Las palabras del Abate Doloni llegaron á los oidos de Siñier , y llenáron de horror su alma. Tal fué la impresion que le hizo la idea de hacerle quartos, que al instante le ayudó la naturaleza ; y cobrando nuevo vigor sus desfallecidos músculos, forzó el paso, y los clamores de alegría y de triunfo anunciáron á todos esta feliz noticia.

Al punto fuéron desfilando los viageros, saliéron afuera, y todos diéron el parabien á Siñier, quien dixo al Abate Doloni: ciertamente que Vd. me ha dado un susto horrible; pero se lo perdono, por-

que este miedo es el que me ha puesto en salvo.

Grande era el gozo que tenia, y mucho mayor fué quando supo que durante su ausencia, habian venido los árabes á llevarse las provisiones; y los Genízaros, despues de un reñido combate al pie de la misma pirámide, los habian obligado á huir.

Aplaudiéron todos el valor de los Genízaros, y luego se sentáron en la primera grada de la pirámide á tomar algun alimento, de que tenian grave necesidad para restaurar algo las fuerzas. Despues se fuéron hácia la segunda pirámide que está cerrada, y exâmináron su superficie exterior. El Abate Doloni decia, que la arena que allí está amontonada encubre la

verdadera basa de estos monumentos, dando por prueba la *esfinge*, coloso que representa la cabeza de una muger con cuerpo de leon, que va quedando cada dia mas cubierto de arena, en la qual se halla enterrada la mayor parte de su cuerpo. Este coloso, situado á pocos pasos de la pirámide mayor, parece cortado en la roca sobre que descansa la pirámide. El Abate Doloni midió la barba de la *esfinge*, y halló que tenia doce pies y dos pulgadas de largo: el rostro tiene unos treinta pies de largo, y sin embargo estan bien guardadas todas sus proporciones.

Como de todos los viajeros era el Abate Doloni quien mas atentamente observaba aquellos monumentos de la antigüedad, dixo á sus

compañeros que las figuras llamadas *esfinges*, eran entre los antiguos Egipcios el emblema natural de la época de la inundacion. Estas figuras, muy comunes en las orillas del Nilo, anunciaban la salida de madre de este rio, al tiempo que el sol pasaba por los signos de Leo y Virgo. No era posible representar la cosa de un modo mas claro; y sobre esto el Abate Doloni citó á *Kirchero*, y un autor griego llamado *Herapollon*, que escribió un tratado particular de los geroglíficos de los Egipcios, sin olvidarse de citar despues al sabio y digno Pluche, quien en su *historia del cielo*, da con mucho tino la teórica de la escritura simbólica.

A este tiempo el sol empezaba á baxar, y nuestros viageros, que te-

nian que ir á la llanura donde están los pozos de las momias, partiéron para llegar á dormir en el pueblo de *Sakara*, distante de las pirámides tres leguas largas.

Al llegar á este lugar hablaron con un moro, que era dueño de muchos de aquellos pozos ó bóvedas subterráneas, y se ajustaron por un tanto para que al dia siguiente les abriese un pozo de momias que no hubiese sido abierto hasta entónces. Prometiolo así el moro, y llevó á los viageros á una casa, donde cenaron lo que traian; y despues se echaron á dormir en medio de un patio al raso; habiendo quedado resuelto que al amanecer saldrian para ir á la llanura de las momias.

Por la mañana, quando nues-

tros viageros se preparaban para salir, los moros de Sakara les pidieron algun dinero, por haberlos guardado, segun decian aquella noche. Ingardin, á quien sorprendió mucho esta peticion indiscreta, les replicó, que ellos eran quienes se habian guardado á sí mismos; pero la respuesta de los moros fué encerrarlos á todos en la casa, y para salir de ella tuvieron que dar un peso duro; prefiriendo sujetarse á esta violencia, ántes que indisponerse con aquellas gentes, que podian hacerles mucho mal, é impedirles conseguir el fin del viage.

Partieron pues, y fuéron á la llanura de las momias, situada no léjos del lugar donde otro tiempo estuvo la famosa ciudad de Men-

fis, cuyas ruinas se descubren todavía cerca del Nilo. Tendiéron la vista por aquel llano de muchas millas, donde aparecen en medio de las arenas, varias pirámides de diferente altura, todo lo que veían atónitos y suspensos. Llegados á cierto parage, preguntáron á los moros, si no se preparaban para cumplir el trato hecho de abrirles un pozo, en que nadie hubiese entrado. El moro, dueño de él, pidió entónces doble de lo que tenían ajustado, porque al ver el ansia que manifestaba el Abate Doloni por baxar al pozo, creyó que no habria reparo en satisfacer su codicia; y así queria veinte duros, en lugar de diez que habia pedido ántes.

Al oír esto, quedó sumamente

confuso y turbado el Abate Doloni, porque no tenia consigo los veinte duros que le pedian; y sin pagar esta suma adelantada, no querian absolutamente trabajar los moros.

¡Ya no hay buena fe entre los hombres! (exclamaba en tono vehemente). Yo os tomo por testigos, pirámides sepulcrales que nos rodeais por todas partes; ¡y vosotras ruinas de la ciudad de Menfis! Estos miserables me habian pedido diez duros por abrir un pozo de momias, y ahora tienen la desvergüenza de pedirme veinte: salid de vuestros sepulcros, romped los cofres en que descansais siglos hace, momias de los antiguos habitantes de Egipto: venid á despertar el remordimiento en estas al-

mas codiciosas. ¡Estos bárbaros me impedirán que baxe entre vosotras! pero á lo ménos sabed que un amigo de la antigüedad ha estado en estos sitios, impelido del deseo de contemplaros.

El Abate Doloni creyó que este discurso oriental haria alguna impresion á los moros, y se resolverian á volverse atras de su propósito; pero en esto se engañó, porque insistieron en que les habian de dar veinte duros, con la amenaza de que se iban al punto, si no les pagaba el Abate Doloni.

Vióse este en la precision de acudir al bolsillo de sus compañeros, á quienes no halló en ánimo de condescender á sus instancias por estar todos indignados contra los moros, y creer exôrbitante su

pretension. Ingardin, dirigiéndose á sus compañeros, les dixo: síganme Vds., y vámonos de aquí: ¿á qué hemos de gastar veinte duros, solamente para que el Abate Doloni tenga el placer estéril de bajar á un pozo de momias? A mí me parece que aun era demasiado dar los diez que se les habia prometido; y si Vds. quieren creerme, volvamos al Cayro, y dexemos las momias descansar.

Todos los viajeros, á excepcion del Abate Doloni, fuéron del mismo parecer, y formando un corrillo se apartáron cosa de veinte pasos, dexando al antiquario disputando con los moros; pero á poco diputáron hácia él á Martin de la Bastida y á Ingardin, para traerle por fuerza, si no queria venir de su

voluntad. Resistióse al principio; pero los dos compañeros le cogieron cada uno de un brazo, y se lo llevaron, diciendo en voz alta y de propósito: venga Vd. con nosotros, y vámonos al Cayro.

Viendo los moros que los viajeros se iban en efecto, temieron entónces perderlo todo si no mudaban la intencion de querer ganar mucho; y conociendo la necesidad de baxar el precio, fuéron corriendo tras el Abate Doloni, que ya se iba, y le dixéron que podia volver, pues iban á abrir el pozo por los diez pesos duros.

De ninguna manera, les respondió Ingardin, que sois unos picarones, y nada queremos dar. — Entónces instáron de nuevo los moros, diciendo, que al punto se

pondrían á trabajar , é Ingardin les repitió que hicieran lo que quisieran, pero que nada les darian. Por nueve duros lo harémos, decian los moros ; y viendo que los viageros no se detenian , pidiéron solamente ocho , y así fuéron baxando hasta seis , lo que tampoco quiso oír Ingardin , y les despidió. Vamos (dixéron por último los moros) por cinco duros abrirémos el pozo , y á fe que no puede hacerse mas barato.

Ingardin hacia tan bien su papel , que á no ser por el Abate Doloni , que volviéndose hácia los moros , les dixo que estaba bien , y que se les darian cinco pesos duros , tal vez hubiera conseguido que se contentaran con uno solo.

Satisfechos de haber traído á la

razon á los moros, y de haberles dado á conocer que la mala fe suele perjudicar mas que aprovechar á los que la usan, les pagaron nuestros viageros los cinco pesos duros contratados, y empezaron luego á trabajar. Miéntras abrian el pozo, los mas curiosos de los viageros, yendo al frente el Abate Doloni, se encaminaron hácia una hermosa pirámide que estaba allí cerca, y en nada cederia á la pirámide mayor, de que ántes se ha hablado, si estuviere acabada. Antes de entrar á lo interior de ella, subiéron á la plataforma, segun hicieron en la otra. Tiene esta ciento quarenta y ocho gradas de piedras grandes, semejantes á las de la otra; pero la plataforma no está lisa, lo que manifiesta que no se

acabó. Por lo demas , parece mucho mas antigua , si se ha de juzgar por las apariencias , porque las piedras están todas desmoronadas , y se van reduciendo á arena. En quanto al interior nada hay de notable : varias galerías de poco mas de quatro pies y medio de alto y tres de ancho , se dirigen á varias salas , obscura y silenciosa morada de innumerable multitud de murciélagos.

El Abate Doloni hubiera estado mas tiempo exâminando aquella pirámide , si se lo permitiera el ardiente deseo que tenia de baxar al pozo , que estaban abriendo los moros. Volvió pues á buscarlos con paso acelerado , poseido de la idea de que iba á hacer descubrimientos memorables.

Llegó pues al parage donde estaba abierto el pozo, y fué recibido de los compañeros que se quedaron con los moros, con cierto alborozo que parecia afectado. Muy bueno (le dixo Monval); despues que hemos venido aquí por Vd., nos hace esperar tanto tiempo! Ya hay un quarto de hora que acabáron los moros su obra; y ahora toca á Vd. baxar á ese obscuro subterráneo, si se siente con ánimo para ello. — Sí, señor, que baxaré (respondió el Abate Doloni) porque es de suma importancia averiguar si los antiguos Egipcios ponian tendidas las momias en estas cavernas, ó de pie arrimadas á la pared; lo que espero poder muy pronto decirlo á Vds. — Preguntóle Monval con cierto ayre de mis-

terio, si baxaria solo, y díxole que seria bueno que alguno le acompañase por lo que pudiera suceder; á lo que el Abate Doloni respondió preguntándole, si creia que pudiera haber algun peligro. No lo creo (replicó Monval); pero en un lugar tenebroso.... pueden levantarse miasmas.... y las fantasmas de la imaginacion.... — No crea Vd. que podrá perturbar la mia; ademas que hace tantos siglos que están cerrados estos pozos, que no encontraré en este ni siquiera un murciélago. — Oyó esto Monval con alguna risa, y el Abate Doloni le pidió que le explicara lo que queria decir, á lo que respondió diciendo: ya que Vd. desea que le manifieste mis rezelos, le diré ingenuamente lo que entiendo. Los

moros son muy embusteros, como poco ha lo hemos visto: prometen á todos los viageros abrirles los pozos que nunca hayan sido abiertos, y jamas cumplen lo que ofrecen. — Segun eso (dixo el Abate Doloni) Vd. cree que á mí me engañan, y no tendré el lauro de ser el primero que entre en este pozo. ¿Está Vd. cierto de ello? — Así lo creo (respondió Monval); y á la prueba me remito.

En este instante, dixéron los moros al Abate Doloni, que se metiese en una ancha canasta, á cuya asa habian atado una cuerda, provisto de una vela y de todo lo necesario para encenderla. Se despidió el Abate Doloni de sus compañeros, y le descolgáron por el pozo abaxo. El ruido que formó la

canasta al tocar en el suelo, resonó confusamente, prolongándose en los cóncavos circunvecinos. ¡Qué pueblo! (decía entre sí nuestro antiquario) ¡qué pueblo aquel que supo honrar al hombre hasta después de muerto, destinando tan noble asilo á sus despojos! ¿Y se habrá perdido para siempre el arte de embalsamar los cuerpos; aquel arte que, por decirlo así, substraía al hombre de la destrucción, y prolongaba en alguna manera su existencia por muchos siglos? El Doctor Shaw dice, que vió momias en que varios músculos estaban muy bien conservados. Tal vez tendré yo la misma fortuna.

Salió pues de la canasta, y habiendo encendido la luz, empezó á mirar al rededor, y lo primero que

se ofreció á su vista , eran cofres vacíos y momias medio destrozadas. ¡Cielos! (exclamó entónces) bien me lo decia Monval: los moros me han engañado: este pozo ha estado ya abierto otras veces, y mi baxada á estos sitios no servirá de nada para la ciencia. — Diciendo estas palabras entró algo mas adentro del subterráneo, quando le pareció oír un suspiro. Párase, no sin alguna turbacion, pone el oído.... y oye otro suspiro.... Entónces se estremece, se horroriza; pero procura serenar su espíritu y no acobardarse.

Pasados algunos momentos de reflexiõn, llevó la luz con mano trémula al rededor de sí; pero ¿quál fué su asombro al ver en un rincõn, caer una momia con el cofre

entre-abierto, oyéndose despues gemidos y suspiros. No pudiendo el Abate Doloni atribuir esto á alguna causa sobrenatural, se armó de valor, y empezó á mirar aquella momia dolorida. Vióla menearse en sus antiguas faxas, y hacer fuerza por recobrar el libre uso de sus miembros y articular sonidos. Exâminála con atencion y horror, quando de improviso descubre unos zapatos en los pies de la que parecia momia. No (dixo entónces), Vd. no es momia egipcia: estos zapatos son de Europa. Explíquese Vd. y no crea que ha de intimidarme: ¿quién le ha traído ahí?— La momia entónces le dixo: apiadaos de mí: sacadme de aquí... á mí me han robado, y me han querido hacer momia! — Como pues (dixo el

Abate Doloni), ¡con que Vd. es víctima de la perfidia y de la codicia de los moros! Dichoso yo que tengo la fortuna de restituirle á la luz! Espérese Vd. á que llame á mis compañeros, para suministrarle los socorros que debe de necesitar.

Diciendo estas palabras se fué el Abate Doloni hácia el pozo, y llamó á sus compañeros de viage gritándoles; amigos, en nombre de la humanidad baxen Vds. todos. En estas obscuras bóvedas he descubier- to una víctima de la codicia de los moros; un infeliz viajero, á quien han ajustado como momia, despues de haberle robado. Traigan Vds. algun alimento y licores espirituosos.

Miéntras decia esto el Abate Doloni, y baxaban al pozo los viajeros; Domingo, el criado de

Monval, quien por complacer á su amo se habia encargado de fingirse momia, se habia ya quitado las fajas, y vino con disimulo á incorporarse con los demas, sin que lo advirtiese el Abate Doloni.

Este dixo á sus compañeros que le siguieran inmediatamente; y yéndose derecho á aquel parage donde estaba la víctima, la llama ofreciéndole el socorro prometido, y nadie responde... Vuelve á llamarla ... pero nada se oye: la llama por tercera, por quarta vez ... y el mismo silencio reyna.

Este pobre hombre (dixo entonces Siñier el padre) no sabe lo que se hace en no responder; porque en la mano tengo una botella de Rota, que puede resucitar á un muerto.

El Abate Doloni, confuso, bus-

caba la víctima , y no la encontraba. Sin duda (le dixéron con risa) quiere Vd. chasquearnos ; ó tal vez los suspiros que debe Vd. de haber oido, no son otra cosa que el efecto de la imaginacion exáltada.—Aseguro á Vds. (replicó) que este infeliz me ha hablado. Al mismo tiempo tomó de la mano de Siñier el padre una copa de vino de Rota , y mirando hácia todas partes, exclamó en alta voz : ¡ó tú , cuyos gemidos oí poco hace , no te ocultes mas á mi vista , y ven á beber algunas gotas de este vino espirituoso , que te volverá las fuerzas!... En esto Domingo alargó la mano , cogió el vaso , se bebió el vino , y los aplausos numerosos y carcaxadas de risa diéron á conocer al Abate Doloni el chasco que le habian pegado.

Las luces y el buen natural del Abate Doloni le hiciéron perdonar sin repugnancia esta burla , y echó á reir de tan buena gana como los demas. Ayudáronle sus compañeros á llevar dos caxas de momias, que estaban intáctas , y dos urnas de tierra cocida , que contenian unas ibidas embalsamadas. Así que estuvieron fuera del pozo se determinó á empaquetar una momia y una ibis, y á abrir la otra caxa y la otra urna ; pero los moros no lo permitiéron sin que les diesen ántes un peso duro por cada momia , y medio por cada ibis.

Todo lo pagó el Abate Doloni; y luego que rompiéron una de las caxas , observó que los antiguos egipcios las construian de madera de sicómoro , la qual se mantiene

bien conservada despues de tres mil años ; no obstante que parece muy porosa.

Descubierta la momia, se puso el Abate Doloni á deshacer las ligaduras, y estando en esto se detuvo al ver que el pecho estaba ceñido de un lienzo dado de yeso, sobre el qual se descubria un resto de pintura bastante bien conservada. Exâminóla atentamente, y halló que representaba el modo que tenian los egipcios de embalsamar los cuerpos. Vean Vds. esto (dixo á sus compañeros), y acompáñenme á admirarlo. Sobre una mesa larga, en forma de leon, está tendido el cuerpo para embalsamarlo; y al lado hay un hombre con un cuchillo en la mano, con el qual abre el cadáver. Este hombre tiene una

máscara de yerro con pico de gavi-
lan; que esta era sin duda la cos-
tumbre de los embalsamadores, quie-
nes la usaban para no respirar la
corrupcion que podia salir de los
cadáveres. Debaxo de la mesa se
ven quatro vasos sin asas; los qua-
les no pueden contener otra cosa
que los aromas necesarios para está
operacion. Vean Vds. tambien al
rededor de la mesa varios y diferen-
tes grupos de personas... No hay
duda en que esta momia seria de
alguno de los mas célebres embal-
samadores de Menfis, como se in-
fiere claramente de estos atributos,

Levantó el Abate Doloni esta
pintura, y continuó el exámen de
la momia. Tenia el rostro, como
regularmente lo tienen todas, cu-
bierto con una especie de casco de

lienzo dado de yeso , sobre el qual estaba figurado en oro el rostro de la persona. Quitando el casco , se halló la cabeza ceñida por todas partes de ligaduras , con tal arte ajustadas , que no impedían ver la figura de los ojos , de la nariz y de la boca. Lo demas del cuerpo estaba faxado con ligaduras de lienzo hechas con mucha curiosidad ; las quales daban tantas vueltas , que el Abate Doloni juzgó que habia mas de mil varas.

En algunas de estas ligaduras se veían varios geroglíficos , que representaban sin duda la antigua condicion y estado del muerto , y las principales acciones de su vida. Quisiera el Abate Doloni descifrar y explicar estos geroglíficos á sus compañeros ; pero viendo que le era

imposible , les dixo : muchos meses seria menester meditar sobre estos caractéres , para hallar el valor de ellos , y su enlace.

A este tiempo declinaba el dia , y era ya hora de volvernos. El Abate Doloni seguia exâminando su momia , é iba á empezar una disertacion sobre el bálsamo y los aromas , de que hacian uso los egipcios para preservar los cuerpos de la destruccion ; pero sus compañeros le indicáron que esta disertacion , aunque interesante , les detendria mucho , y así convendria dexarla para mejor ocasion. Condescendió al fin á estas instancias , aunque con bastante disgusto suyo ; volviéron á baxar al pozo la momia que habia abierto ; se cargáron sobre los camellos la momia intacta , y las dos ur-

nas de ibidas, y todos los viageros tomáron el camino de *Sakara*, donde pasáron aquella noche, hasta por la mañana que saliéron para el **Cayro.**

CAPITULO XIV.

Elogio de los asnos de Egipto.—Viento impetuoso del qual resulta á los viageros una inflamacion de ojos.—Método singular de curarlos.—Insurreccion general.—Vuelve Rolando á unirse con sus compañeros acompañado del Doctor Codonel.—Historia de este último desde su huida de Marruecos.—Salida para el Egipto superior.

Una hora habria poco mas ó ménos que nuestros viageros habian partido de Sakara para volver al Cayro, viéndose en el semblante de cada uno de ellos el regocijo que se ocultaba en sus pechos. El Abate Doloni no perdía de vista el camello que llevaba la momia y las

caxas de las ibidas, y Siñier el padre no apartaba los ojos de los dromedarios, sobre cuya giba se habian colocado las provisiones de la caravana. Monval, montado en un asno tan aguil como un buen caballo, exclamaba lleno de entusiasmo: señores, ¿no admiran Vds. las gracias y la ligereza de este animal? ¿qué diferencia tan notable entre el asno de nuestro pais, ruin y desgraciado, mal comido, peor bebido, y tan envilecido que no le sirve sino á los hombres mas miserables, y los asnos de la Arabia y de Egipto, los quales son los mejores del mundo, como lo son tambien los caballos de estos mismos parages! ¡Mirad qué bien puesta tiene la cabeza este que monto; qué vivos los ojos, y qué pelo tan hermoso; qué elegancia

en su postura, qué gracia en sus movimientos, qué nobleza, qué soberbia en su presencia, qué seguro es su paso, y su marcha qué ligera y qué suave! ¡O vosotros que menospreciáis esta especie de animales! sabed, que todos los viageros hablan de ellos con el mayor respeto: sabed, que Pedro de la Valle, que paseó su orgullo mucho tiempo por el Oriente, no desdeñaba de servirse de ellos: sabed, que la mayor parte de los peregrinos Musulmanes se sirven tambien de esta cabalgadura en el largo y muy difícil camino de la Meca; y que los gefes de las caravanas de la Nubia, que gastan sesenta dias en atravesar inmensos desiertos, van montados sobre asnos, que apenas dan muestras de cansancio quan-

do llegan á Egipto.

Aun no habia acabado Monval este pomposo elogio de su cabalgadura, quando se levantó tal nube de polvo sumamente caluroso, que incomodó en extremo á él y á sus compañeros. Soplaba este viento del mediodia con ímpetu terrible: los camellos, asnos y dromedarios acostumbran volver al instante la espalda hácia la parte de donde viene, y se estan quietos en esta postura. La atmósfera estaba ardiendo, y al mismo tiempo obscurcida con torbellinos de polvo. Los hombres y animales no respiraban mas que vapores inflamados y mezclados de una arena fina y quemando: toda la naturaleza parecia mudada, y nuestros viageros perdidos, en cierto modo, en medio de

una nube de arena, apénas podían respirar.

Todos á un mismo tiempo hubieran querido quejarse ; pero por no exponerse á tragar gran cantidad de polvo, guardaban todos triste silencio. El viento, léjos de echarse, parecia que cada vez tomaba mayor fuerza, y mis desgraciados compatriotas, casi sufocados, empezaban á desmayar. Iban todos sudando á chorros, y la arena que el viento traia consigo se pegaba á sus rostros, formando en ellos una especie de máscara. Su continua ocupacion era refrescarse los ojos con el agua de que llevaban llenos muchos odres, con el fin de limpiarlos de la arena que á ellos se pegaba, y poder tenerlos abiertos. El ayre estaba obscurecido con una niebla es-

pesa de polvo fino, y tan encendida como la llama, el qual se introducía por todas partes. En tan crítica situacion, Siñier el padre creyó que cobraria alguna fuerza comiéndose un pedazo de pastel; pero como la boca se le llenaba de arena al mismo tiempo, le fue preciso abstenerse de todo alimento.

Al fin, á la caída de la tarde se echó este viento abrasador, y pudieron nuestros viajeros continuar su camino; pero habian padecido tanto, que á pesar del deseo que tenían de llegar pronto al Cayro, se viéron en la precision de tener que detenerse en un pueblo cercano situado á las orillas del Nilo, en el qual pasáron la noche creyendo que podrian descansar. Esta esperanza fue falaz, porque los dolores vivos

de los ojos les interrumpian el sueño. El viento ardiente que habia soplado todo el dia, y los granos de arena que se les habian metido en los ojos, produxéron en aquella parte delicada, una irritacion violenta, y era preciso esperar á que se calmase. A el dolor que padecian mis compatriotas, se juntaba la aprehension que tenian, no infundada, de perder la vista; lo que no es muy raro en Egipto, donde se encuentran mas ciegos, que en ningun otro pais del mundo.

Siñier el padre, mas enfermo y mas atormentado que los demas, pedia á voces que le traxeran algun oculista, y se enfadaba de que no se apresurasen á socorrerle. ¿A qué esperamos? (decia á un Genízaro que le servia de dragoman, esto es,

de intérprete.) ¿No es claro que si no se pone remedio perderé enteramente los ojos? — A esto respondió el dragoman: si tú has de perder la vista, todos los remedios son inútiles; y si has de conservarla, no necesitas de ningun auxilio. — Siñier replicaba que los dolores que padecia eran muy agudos, y que creia iba á saltar de su órbita el globo de un ojo; pero á esto le respondia el Musulman: „Dios lo ha querido así, así estaba escrito.”

Como el enfermo insistiese en que le dieran algun remedio, el dragoman se informó de si por allí habria alguien que sirviese al intento; y teniendo noticia de haber llegado allí un *Saadi*, creyó que no podia hacer mejor cosa que llevarselo á Siñier y á sus compañeros,

que estaban enfermos como él. Los *Saadis* forman en Egipto una secta numerosa, que se alaban de poseer la virtud de que no les hagan daño las serpientes, y de encantarlas y curar sus mordeduras. La confianza que inspiran estos mágicos á aquellos pueblos, no tiene límites. El Genízaro mismo, estaba creído de que este *Saadi*, sin dificultad curaria la optalmía de Siñier y sus compañeros, en vista de que con su ciencia hacia curas mucho mas dificultosas.

Lisonjeado con la prueba de confianza que le daban aquellos extranjeros, el Saadi procuró ganar la de los enfermos, desde el punto que le presentáron á ellos. Acercóse con mucha gravedad á Siñier el padre, y exâminó atentamente el sitio del mal. Siñier alargando el cuello, y

con la boca abierta, esperaba con inquietud las palabras que iba á pronunciar el egipcio; pero este guardó profundo silencio, dando en esto mas alta idea de su saber. Hizo seña al dragoman de que dixese á los demas enfermos que se presentasen, lo que así se executó. Monval, el Abate Doloni, Martin de la Bastida, Martin del Castillo y Domingo, todos se pusieron al rededor del *Saadi* enseñándole sus ojos inflamados y encendidos. Ingardin fue el único que puso alguna dificultad, y no consintió en que examinaran su mal, sin haber pactado ántes que esto no le habia de costar mas de doce medinos, esto es, unos tres reales.

Luego que el *Saadi* hubo examinado los ojos de todos los enfer-

mos, sacó del pecho una culebra larga y espantosa, sobre la que pasaba la mano continuamente. No sé (dixo Siñier muy asustado) si es ilusion lo que veo; pero me parece ver una culebra horrible entre las manos del oculista.

Sí lo es, dixo el *Saadi*, esta es la culebra, cuyos hálitos ponzoñosos han causado esa terrible inflamacion en vuestros ojos. Yo la he cogido con mi propia mano, en medio del desierto arenoso, que habeis atravesado ayer.

Monval irritado al ver la impostura del *Saadi*, se le opuso, manifestándole que la inflamacion de los ojos tenia por verdadera causa el viento impetuoso que habia soplado la víspera. — ¿Ignora Vd. (le respondió el *Saadi* por boca

del dragoman), ignora Vd. que yo sé todas las causas? Las palabras que salen de mi boca deben inspirar siempre entera confianza. Vuelvo á decirlo, esta serpiente, cuyas miradas terribles os amenazan todavía, es el mal que padeceis, y para curarlo es preciso que la devore delante de vuestros mismos ojos.

Diciendo esto el *Saadi*, cogió la serpiente, y empuñándola fuertemente, se la enroscó en el brazo que tenia desnudo. Empezó á agitarse el impostor; le viéron demudado el rostro, los ojos desencaxados, y dando gritos terribles mordió furioso al animal en la cabeza, llevándose un bocado que le viéron mascar y tragar. Entónces su agitacion pasó á convulsion, crecieron los alharidos, haciendo horribles con-

torsiones, su fisonomía tomó el carácter de la rabia, la boca estaba desfigurada con gestos horribles, y llena de espumarajos, y de quando en quando devoraba algunos pedazos de aquel reptil. Tres hombres empleaban toda su fuerza para contenerlo; pero él los llevaba tras sí arrastrándolos por el aposento; meneaba los brazos con violencia hácia todas partes, dando golpes á quantos encontraba. Siñier el padre y algunos otros andaban huyendo por el quarto, teniendo á veces que arrojarse á la pared para dexar libre el paso á aquel frenético, y libertarse de los golpes, deseando en lo interior de su corazón que se acabase tan extraordinaria curacion. Por fin, uno de los que venian con el impostor, le arrebató los restos de

la serpiente, y entónces se fué sosegando, y calmándose su furor y sus convulsiones. A esta agitacion violenta se siguió un abatimiento total, despues de lo qual levantándose el *Saadi*, dixo á los circuns-tantes que el encanto estaba ya acabado y curados los enfermos.

Mis compatriotas se diéron prisa á dar al *Saadi* la propina de su visita, no tanto por reconocimiento del servicio que les habia hecho, como con la mira de que se fuese quanto ántes. Acabamos de ver (dixo Monval á sus compañeros) uno de los muchos impostores, que hace siglos discurren por el Egipto, cobrando un tributo sobre la ignorancia y la credulidad. Estos pretenden tener el secreto de encantar las serpientes y destruir su veneno; pe-

ro todo este secreto consiste en quitarles la facultad de hacer daño, arrancándoles los dientes. Las contorsiones y gestos convulsivos, que acabamos de ver, son un fingimiento con que engañan al pueblo, para que dé crédito á sus palabras.

Gracias á Dios que ya estamos libres de él (exclamó Siñier el padre), pues á fe mia que creí que en su acceso de rabia, en lugar de curarme los ojos me los arrancase. ¿Han notado Vds. las convulsiones espantosas de este furibundo? ¿No han visto Vds. como despues de su acceso cayó en un abatimiento absoluto, del que salió para decirnos como el Abogado *Patelin*, señores *ya estan Vds. curados?* Dios nos preserve por siempre jamas de todos los oculistas egipcios. Lo que

debemos hacer es usar simplemente de cataplasmas, bañar los ojos con agua fresca, y ponernos en manos de la Providencia.

Por muchos dias se viéron mis compatriotas precisados á permanecer en el pueblo donde se hallaban. La inflamacion de los ojos empezaba á ceder, quando otra inquietud de diferente género, se apoderó de su imaginacion: las voces vagas de una insurreccion próxîma se esparciéron por todas partes. Los partidarios de una faccion dirigida por algunos Beyes, enemigos del Baxá del Cayro, discurian secretamente por el pais, y procuraban sublevarlo; y aunque todavía no se hubiese manifestado la rebelion, se decia que estaba próxîma á reventar. Unos temian que llegase este mo-

mento; otros lo deseaban con ardor: todos los ánimos movidos por la ambición, por el temor, por el amor de la novedad, por la afición á grandes acaecimientos, esperaban con impaciencia é inquietud, el resultado de los rumores que corrian por la ciudad y sus cercanías. Nuestros viageros iban á salir para el Cayro con la esperanza de encontrarnos en él, quando nosotros les sorprendimos y les ahorramos este trabajo.

Señores (exclamó el Abate Doloni, que nos divisó y nos conoció al instante) ¿me engañan mis ojos, ó es aquel Rolando, y el otro Rocas de San Casian: y el otro el Doctor Codonel? Al instante viniéron á abrazarnos todos mis compañeros, los quales tenían vivos de-

seos de saber noticias de nuestro viage; pero todavía deseaban mas saber por qué casualidad se hallaba en Egipto el Doctor Codonel. Cercábanle todos, y todos á un tiempo le hacian preguntas. ¡Desdichado de mí! dixo entónces el Doctor: dexenme Vds. que respire; otras noticias mas serias tienen Vds. que oir, como se las dirá nuestro compañero Rolando; que en quanto á mi historia singular, tiempo habrá para contarla. Pudiera decirse que en castigo de haber leído en otro tiempo con sumo gusto, los viages de Robinson Crousoe, ha querido Dios ponerme en aventuras todavía mas extraordinarias y mas funestas que las del personage de esta novela.

Al punto tomáron todos asiento,

y volviendo todos los ojos hácia mí, empecé la historia del viage que acabábamos de hacer.

Desde nuestra salida del Cayro (dixe yo á nuestros compañeros) hasta llegar á Roseta y á Damietta no oimos nada que confirmase los sustos que nos habian inspirado. Sin embargo, juzgamos oportuno dirigir nuestros pasos hácia Alexandría para que no nos quedase nada por hacer. El Cónsul de Francia nos recibió con bondad, disipó nuestros temores relativamente á la epidemia (1); pero nos participó que el

(1) La peste no reyna en Egipto en el tiempo de la inundacion; y se ha notado en el Cayro que los aguadores, quienes continuamente están bañados del agua fresca que llevan en odres al hombro, rara vez la padecen.

Egipto estaba amenazado de otra plaga no ménos terrible. Todo anuncia (nos dixo) que los Beyes divididos en bandos, quieren echar el Baxá del Cayro, y disputar despues la autoridad que todos igualmente apetecen. El Egipto entero va á armarse en esta lid terrible, y los árabes beduinos, aprovechándose de esta circunstancia favorable, exercerán entónces sin oposicion el latrocinio que profesan, y no habrá seguridad ni en los caminos, ni aun en las ciudades; y todavía será fortuna que los francos no sean asesinados, como ha sucedido mas de una vez.

Pero ¿quiénes son (pregunté yo al Cónsul) esos árabes beduinos, que no parece sino que son la plaga del Egipto? ¿Durará mucho la in-

surreccion que se teme , y deberemos nosotros salir del pais ántes de que se manifieste? — Dudo mucho (me respondió) que Vds. tengan tiempo para executarlo ; lo mejor seria vivir escondidos por algunos meses , ó aprovecharse de esta circunstancia para ir al Egipto superior , que es digno de verse ; y allí podrán Vds. gozar de algun sosiego y tranquilidad. En quanto á los árabes beduinos , son pueblos indómitos , martires de la libertad que aman con pasion : prefieren á todas las ventajas de la sociedad , el horror de sus desiertos ; la sombra de la esclavitud les obliga á estar siempre alerta contra la tiranía : á la menor cosa que les descontenta , doblan sus tiendas , las cargan sobre los camellos , asolan el pais , y con lo que

cogen se meten por los arenales ardientes, adonde nadie se atreve á seguirlos, y ellos solos son capaces de habitar.

¿Pero el viage al Egipto superior (le dixé yo) no tendria tambien muchas fatigas, peligros y sinsabores? — Es verdad (me respondió); pero se presenta la ocasion favorable de emprenderle con particular gusto, y aun de llegar hasta lo interior de la Abisinia, si así lo desean Vds. — Preguntélo yo ¿que qual era esta ocasion? y me respondió: la ocasion es tan buena que mi sobrino Lagiboseta, que como Vd. sabe tiene suma aficion á la historia natural, quiere aprovecharse de ella, y emprender tambien este viage. Habrá tres meses que llegaron al Cayro los embaxa-

dores del Rey de Abisinia, los quales han traído al Baxá muchos y grandes regalos, y le han pedido el permiso de llevar consigo á su pais algun médico europeo: el Baxá les ha respondido que consentia en ello, si conseguian persuadir á alguno que se fuese con ellos; y en consecuencia han tomado noticias, y han encargado que les buscasen alguno, sin que hayan logrado encontrar ninguno que quisiese ir, ni resolverse á emprender el viage de Gondar. Con este motivo enviaron comision á Alexandría y á Trípoli para ver si encontraban algun médico; y al fin hallaron uno en Trípoli, á quien han rescatado de la esclavitud para llevarle con todo género de honores á la corte del Rey de Abisinia. Varios misioneros han creído de su

obligacion el pedir que les permitiesen acompañarle ; y mañana saldrá de Alexandría para juntarse en el Cayro con los embaxadores que le esperan , y partir con ellos para Gondar. Bien conoce Vd. que un viage con esta compañía , debe ser muy lucido ; y así , segun he dicho , está resuelto mi sobrino á emprenderlo , y aconsejo á Vd. que igualmente lo execute para ilustrarse y adquirir fama.

Confieso que estas palabras del Cónsul lisonjeáron mi amor propio , y despertáron en mí la aficion á los viages , que habia adquirido en la lectura de los primeros libros que me permitiéron leer. La conversacion de Rocas de San Casian , léjos de ahogar en mí esta natural inclinacion á las ideas romanescas , le ha-

bia dado nuevo impulso, y en sus miradas me parecia decirme: partamos para la Abisinia, donde nos espera una suerte feliz.

Resueltos pues á no hacer nada sin haber consultado ántes á todos Vds., no pudimos dar palabra al Cónsul de hacer lo que nos aconsejaba; y solamente en calidad de compatriotas, pedimos que nos dexasen ver los misioneros y el médico, que se preparaban para partir. Fácil es juzgar qual seria mi admiracion al ver á este último, y encontrar en su persona á nuestro compañero y digno amigo el venerable Doctor Codonel. Apénas nos habíamos visto, que nos arrojamos á abrazarnos uno á otro. Con él hemos venido al Cayro; pero apénas llegamos, quando se manifestó en esta ciudad una

insurreccion general. Nuestro compañero Melan, atemorizado al contemplar las conseqüencias que esto puede tener, no tuvo mas tiempo que para decirnos que huyésemos al Egipto superior, donde hallariamos nuestros compañeros en el pueblo de *Sakara*, y que él no podia tenernos allí sin exponernos á grandes peligros. Salimos al punto del Cayro, y tras nosotros viniéron los embaxadores del Rey de Abisinia, el Doctor Codonel, los misioneros y Lagiboseta, sobrino del Cónsul de Alexandría. Esto es lo que nos ha sucedido hasta aquí, que tenemos la fortuna de encontrar á Vds.; y ahora es menester deliberar entre todos acerca del partido que debemos tomar.

Por mi parte (dixo el Abate

Doloni) tengo que proponer á Vds. que ántes de deliberar sobre nuestro destino ulterior, oigamos á nuestro compañero el Doctor Codonel, que nos cuente sus aventuras; porque deseo con impaciencia saber á qué suceso debemos el gusto de tenerle de nuevo en nuestra compañía, y por que extraño camino, despues de haber sido el primer médico del Emperador de Marruecos, es ahora llamado para el mismo destino cerca del Rey de Abisinia. Monval, Martin de la Bastida y Ingardin, todos los antiguos amigos del Doctor Codonel, aplaudiéron lo que acababa de proponer el Abate Doloni; y el Doctor, condescendiendo con los deseos de los demas, empezó su historia de esta manera.

Luego que Vds. saliéron de Marruecos, se apoderó de mí tal melancolía, que conocí que acabaria conmigo si permanecia mas tiempo en aquel bárbaro pais. Por mas que probé el vivir, ya en la ciudad, ya en el campo, nada podia distraerme, ni consolarme de la esclavitud brillante en que me hallaba. Despues de muchos disgustos, que me parece inútil exponer, formé el proyecto de escaparme; lo que mi conciencia me decia era legítimo. Para esto confié mi propósito á un moro, de cuya fidelidad estaba yo bien seguro, y á fuerza de dinero y de diligencias logró ganar el capitán de una nave, el qual consintió en librarme secretamente, y echarme en las costas de Francia. El deseo que tenia de salir de aquella

servidumbre, me hizo dar entera fe á sus promesas. Vino á verme, el qual era un cristiano de Liorna, que se habia vuelto mahometano. Esta sola circunstancia debiera haber bastado para tenerle por sospechoso; pero el deseo de salir del reyno de Marruecos me preocupaba enteramente. Confiéme ciegamente á este capitan, hice un atillo de lo mas precioso que tenia, metí en un cofrecillo las varias alhajas que debia al reconocimiento del Emperador, y todo se llevó por persona segura á la nave. Por último á la noche, disfrazado de pescador, me fui á ella; pero apenas llegué quando, con pretexto de ocultar mi persona á los marineros, me hicieron baxar á la bodega, y allí me encerraron. No podré decir á Vds. con

puntualidad el número de días y noches que pasé en aquel calabozo; de quando en quando me echaban pan por un agujero, y por él me descolgaban un jarro de agua, sin que yo sepa si era esto á horas determinadas. A poco tiempo empecé á tener los mas fuertes rezelos de la conducta del capitan, y conocí con amargura el exceso de mi imprudencia; pero luego sentia renacer la esperanza, y cediendo al atractivo de la ilusion, pensaba que el proceder conmigo de esta suerte, no era mas que por mera precaucion. Ya me parecia que tocábamos á las costas de Francia, y el placer que experimentaba, me impedia descubrir todo el horror de mi destino.

De este letargo me despertó un ruido extraordinario, que llegó de

improviso á mis oídos, y las conmociones violentas que estremecian la nave. Uno de los cañones del navío habia disparado, y á poco se oyó toda una andanada. Fácil era adivinar que la nave habia encontrado con algun corsario, y se habria trabado combate entre los dos baxeles. Un hombre, que durante una tempestad horrible se viese colocado dentro de las nubes tenebrosas que surcan los relámpagos y entreabren los rayos, no oiria truenos mas espantosos que los que yo estaba escuchando. Cada instante creia que iba á saltar al ayre con la nave, y me preparaba con actos de contricion para morir, á lo ménos en estado de gracia. Pero Dios tuvo piedad y cuidado de mí en esta ocasion.

Cesó el ruido á corto rato, que vencido el capitan por el corsario enemigo, y herido de muerte de un carabinazo, mando abrir mi calabozo, y me llamó para hablarme. Oigame Vd., me dixo, y no me niegue su generosidad el perdón que le pido. Pocos minutos me faltan de vida, y es preciso que confiese el delito que causa mi muerte. Quando consentí en tomarle á Vd. á bordo, no era con la intencion de llevarle á Francia; mi proyecto fue tener tres ganancias á un tiempo: primeramente el precio del pasage, que me habia Vd. pagado anticipadamente; despues queria apoderarme de todas sus riquezas: finalmente, mi propósito era venderle á Vd. en la costa de Tunez, á buen precio, como lo esperaba,

por razon de la condecoracion de médico.— ¡Infeliz! (le respondí yo entónces) de buena gana hubiera dado todos mis bienes, con tal que Vd. me hubiera desembarcado en Francia. — Una vez (añadió el capitán) que es preciso decirlo, mi intencion, que el cielo no ha permitido realizar por fortuna, era de que si en lugar de dirigirme hácia la costa de Tunez, me llevaba el viento hácia la Europa, queria, digo (Dios me lo perdone), echarle á Vd. á la mar.

¡Santo Dios! exclamé yo. ¡Cómo puede Vd. confesar tal horror! Sí, señor, respondió el capitán; yo voy á morir, y por mas penoso que me sea declararlo, conozco que esta confesion me alienta y alivia; pido á Vd. que no me mortifique con

sus reprehensiones; pues todo lo que puede decirme me lo acusa mi conciencia. Confieso que soy culpado; pero así como es Vd. testigo del crimen, tambien lo es del castigo: implore Vd. á Dios por mí, y perdóneme. — Así sea, añadí yo, muera Vd. en paz, que yo le perdono; pero no puede negarse que el engaño ha sido atroz.

El capitán espiró sin tener tiempo para responderme; pero por mi parte gané poco en ello, porque el corsario vencedor se hizo dueño de mí, y fue á ponerme en venta en Trípoli.

Los que viniéron á ajustarme, empezáron á despreciarme enteramente, segun es costumbre; y por mas que los dueños de mi persona exágeraban mi ciencia, me hallaban

viejo y débil, y hubieran querido comprarme por nada; pero la llegada de los Abisinos, que andaban buscando un Doctor, dió motivo á que me encareciese de improviso. Vendiéronme á muy buen precio, y me dixéron que al punto íbamos á partir para Egipto, donde nos esperaban los embaxadores de Abisinia, y de allí iriamos juntos á la corte de su Príncipe, donde deseaban mi persona con impaciencia.

Nos embarcamos con efecto para Alexandría, donde varios misioneros, ánimados del zelo de la religion, se pusieron baxo mi proteccion, y me pidieron el permiso de venir en mi compañía á Abisinia. Allí fue donde tambien tuve la fortuna de encontrar á Rolando, y de saber que no tardaria en ver á Vds.,

á quien pido que no me abandonen. Si Vds. se niegan á acompañarme á la corte del Rey de los Abisinos, estoy cierto de que se apoderará de mí el mas profundo fastidio; y el disgusto de haber vuelto á verles, me hará mas amarga mi soledad, y en cierto modo sentiré que aquel bárbaro capitan de Marruecos no executase el cruel proyecto que tenia de echarme al mar.

Así habló el Doctor Codonel: todos sus compañeros aplaudiéron unánimemente la historia que acababa de contar; pero al tratarse de resolver el viage, se dividiéron los pareceres. Monval y Doloni, ansiosos de conocer paises nuevos, consintieron sin dificultad en emprender el viage de Abisinia. En el Egpito superior (dixo el primero),

y en las regiones todavía mas lejanas, es donde podré hallar animales curiosos y dignos de observarse, como los crocodilos, y los hipopótamos. — Las antigüedades del Egipto superior (dixo el segundo) no son nada inferiores á las del Egipto inferior, que hemos recorrido; y nuestro viage por este pais seria incompleto, si no visitasemos los vestigios del lago Meris, del laberinto, las ruinas de Arsinoe, de Tebas, y las del famoso templo de Júpiter Ammon. Nada ménos que el temor de una plaga, como la peste, era capaz de obligarme á desistir del propósito de ir á tributar la debida ofrenda á estos vestigios magníficos de la antigüedad; y puesto que se ha desvanecido este temor, y se presenta tan favorable ocasion de

subir el Nilo arriba hasta las cataratas, seria en mí muy reprehensible el renunciar á las ventajas que deben resultar de semejante viage.

Ingardin al contrario desaprobaba mucho el proyecto de apartarse del Cayro. ¡Extraño mucho (decia) que quieran Vds. ir á malgastar, en un pais bárbaro, el poco dinero que nos queda! ¿Han calculado Vds. el gasto que ocasionará este viage? ¿Quáles son nuestros recursos en un pais donde no hay comercio, y en donde no tendremos ningun auxilio ni crédito? Nuestro compañero Codonel será bien recibido en la corte; pero nosotros no tenemos la menor seguridad de que nos admitan; y aun quando nos alojasen y mantuviesen de balde, siempre tendremos que hacer el gasto del

viage de ida y vuelta. Así pues, digo que el proyecto de ir á Abisinia, lo miro como ruinoso, y me opongo á él con todas mis fuerzas, á ménos que no se me demuestre que el beneficio de esta empresa será mayor que nuestras anticipaciones.

Martin de la Bastida fué, como Ingardin, de contraria opinion á la expedición proyectada; y aunque convenia en que la fuga era necesaria, proponia partir para Suez, y embarcarse en el mar Bermejo. De esta suerte (decia) serémos dueños de recorrer la Arabia, ó de ponernos en salvo por el estrecho de Babel-Mandel. ¿Y qué gloria, añadió, no conseguiríamos si lográbamos levantar un buen mapa de este mar, tan poco conocido y fre-

qüentado desde el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza?

Siñier el padre y su hijo estaban vacilantes entre los dos partidos; pero se resolviéron contra el viage luego que supiéron, por medio del dragoman, á quien habian pedido noticias sobre el modo de alimentarse en Abisinia, que los Abisinos acostumbran comer la carne cruda. ¡Desdichados de nosotros, exclamaron, si pusiésemos los pies en un pais, cuyos habitantes tienen la barbarie de no cocer la carne! Fue preciso tranquilizarlos, diciéndoles que este uso de comer la carne cruda no es general en la Abisinia, y que particularmente en la corte, lo regular es comer la carne cocida.

Estando en estas disputas, se oyéron á lo léjos varias descargas de

artillería; y á poco viniéron los genízaros á decirnos que los Beduinos estaban en la cercanía y embestian una ciudad inmediata, la que tenían ánimo de robar. Al punto exclamó Rocas de San Casian: señores, ya no es tiempo de deliberar; el enemigo se acerca, y está próxîmo á embestirnos: salvémonos miéntras está ocupado en saquear el pais que nos separa del Cayro; vámonos á Abisinia, donde el destino nos espera. La Abisinia es un pais nuevo, un pais donde en breve lograremos absoluta influencia. En la corte del Rey de los Abisinos, aprovechándonos de sus buenas disposiciones con nosotros, no tardaremos en arraigar muchos establecimientos de comercio. La Francia nos deberá este beneficio; y con esto habrémos traba-

jado para nuestra fortuna, á un mismo tiempo que para nuestra gloria. ¿Y quién de nosotros no participará del honor de tan extraordinaria empresa? Es verdad que presentará algunos peligros; ¿pero serán menores los de nuestra mansion en estos lugares, ó de nuestra vuelta al Cayro? Mil obstáculos hallaremos en el paso del Cayro á Alexandría, ó de nuestro viage á la Francia: ¿quieren Vds. ir á mezclarse en los debates de un populacho amotinado? ¿quieren Vds. ir á arrostrar los escollos del mar Bermejo, y sufrir los ultrajes y oprobrios á que estan expuestos los cristianos que se aventuran á tomar el camino de la Meca? Esta última resolucion seria preferible á la de permanecer en Egipto, que actualmente se halla

ardiendo en disensiones; pero ¿dejarían Vds. perder la ocasión de ir en compañía de los embaxadores del Rey de Abisinia? ¿No conocen Vds. la importancia de poder describir los animales y vegetales no conocidos en esta rica comarca, y calificar la existencia y la posición geográfica del origen y de las cataratas del Nilo? Si Vds. temen á los aduarez de árabes que podemos encontrar al paso, Rolando y yo les prometemos vencerlos y dispersarlos. Todo está prevenido, gracias á los embaxadores, que llevan en su compañía al Doctor Codonel á Gondar; hemos alcanzado del Baxá del Cayro todos los firmanes necesarios para nuestra seguridad; así pues confiados todos en nuestra prudencia, no debemos perder la ocasión

de uno de los viages mas memorables que nunca se han hecho.

De esta manera habló Rocas de San Casian, y todos se conformaron con su parecer. Conviniéron pues en partir, contribuyendo á esta pronta resolucion el ruido de los cañones y de la fusilería, que continuaba oyéndose á lo léjos. Todos los viajeros acomodaron sus efectos, y la caravana se embarcó en el Nilo, cuyo crecimiento no era todavía considerable; y serian las doce del dia quando empezó su navegacion.

CAPITULO XV.

Navegacion por el Nilo. — Ruinas del laberinto. — Lago Meris. — Ruinas de Arsinoe y de la ciudad de Tebas. — Idea general del Egipto. — Crocodilos. — Sorprehenden los árabes á Rolando y sus compañeros. — Combate. — Huyen los árabes. — Nombran gefe de la Caravana á Rolando. — Su séquito. — Toman el camino de la Abisinia.

De todos los viageros, el Abate Doloni era quien miraba con mas complacencia las riberas del Nilo, y las huellas de antigüedad que ofrecen á los curiosos. Luego que hubo llegado á cierto parage, que no presentaba nada notable sino los vestigios de un hermoso canal, lla-

mó á todos los compañeros, y les dixo. Este es el parage donde, repellido el Nilo por las rocas que se adelantan por la parte del oriente, huia en otro tiempo hácia el occidente, y se derramaba en las arenas de la Libia. Un Faraon, por medio de la construccion de un fuerte dique, le obligó á que corriera entre los montes; en prueba de lo qual se ve todavía su antiguo cauce, que los árabes llaman *bahar-bel-elma* ó *mar sin agua*. — Por cierto (añadió el sobrino del Cónsul de Alexandría) que todo está sembrado de despojos de los barcos que navegaban en él, y ahora estan petrificados, de los quales hay muchos en el Cayro, y yo poseo en mi gabinete algunos pedazos soberbios.

El Abate Doloni gozoso al ver la atencion que Lagiboseta, el sobrino del Cónsul, prestaba á sus palabras, y no ménos satisfecho del modo con que acababa de confirmar sus proposiciones, trató de sacar á lucir todos los tesoros de su erudicion. Dentro de poco (le dixo) atravesaremos la fértil provincia de Arsinoe, y oxalá tuviésemos bastante tiempo y sosiego para recorrerla, pues en ella se descubren los restos del lago Meris y las reliquias del laberinto. ¿Ha tenido Vd. la fortuna de visitarlos en el tiempo que está en Egipto? Respondióle que no el sobrino del Cónsul, y el Abate Doloni continuó diciendo; pues entónces oiga Vd. le haré la descripcion de ellos. La ciudad de Faioum, edificada á una legua de la antigua

Arsinoe, es moderna. Para describir las ruinas del laberinto, es preciso salir de Faïoum, caminar hácia el occidente, y atravesar el gran canal llamado *Rio de Josef*. Despues de dos horas de camino, se entra en una llanura arenosa donde reyna la esterilidad; á poco se descubren montes de ruinas, que tienen cerca de una legua de extension. En medio de los escombros se levanta un edificio espacioso, de que todavía quedan varias salas llenas de trozos de columnas. Al rededor hay un pórtico medio demolido, con una escalera por donde se subia á varios aposentos, y otras por donde se baxaba á los subterráneos. Lo que sobre todo llama la atencion son muchos nichos baxos, estrechos y largos, que al parecer no tendrían otro

destino que contener los cuerpos de los crocodilos sagrados que traian allí de *crocodilopolis*, donde los sacerdotes los alimentaban, y el pueblo los honraba con culto particular. Estas ruinas, que se hallan cerca de la Libia, no pueden dexar de ser las del laberinto, por quanto los antiguos les señalaban este lugar. Herodoto y Strabon han descrito las galerías tortuosas, los diversos caminos y sendas en que el arte habia de tal modo dispuesto las encrucijadas, que era imposible entrar en uno de estos palacios, que eran doce, ó salir de ellos quando se estaba dentro, á ménos de no llevar alguna guia. Dicen tambien que al rededor de los principales aposentos habia magníficas columnas, que las paredes estaban hechas de sillares

de mármol, y que de lo alto del techo se descubria un llano de piedras, cuyo aspecto asombraba á la imaginacion. Tal vez algun dia, quando la Europa haya dado al Egipto las ciencias que recibió de él, se quitarán las arenas y escombros que tienen sepultado el piso inferior del laberinto, y se sacarán antigüedades preciosas ; Quién sabe si los descubrimientos de los sabios estaban guardados en este asilo, impenetrable al pueblo y á los extrangeros? Si las excavaciones de Herculano, ciudad poco célebre, han sacado del olvido tantas cosas raras y preciosas, tantos monumentos instructivos para las artes y la historia ; qué no debemos esperar de mil y quinientos aposentos, que pudieron ser el depósito de los archivos de

Egipto, puesto que todas las prefecturas se juntaban allí para tratar los negocios mas importantes del estado y de la religion?

Despues de haber oido esta descripcion del laberinto, y haber dado gracias de prisa al Abate Doloni, alabándole su feliz memoria, iba Lagiboseta á dexarle, instado al parecer por algun negocio urgente; pero el antiquario, tomándole por el brazo, le dixo: hágame Vd. el favor pues de oirme algunos minutos mas; aunque le he descrito el laberinto, me queda que decir algo del lago Meris. Herodoto y Strabon, ámbos eminentes autores, señalan el terreno que ocupaba este lago, y ponen el laberinto en sus orillas..... Al llegar aquí el sobrino del Cónsul, le dixo, que estaba en eso; pero que

tenia precision de separarse; mas el Abate Doloni continuó diciendo: no; espere Vd., que seré breve. Echando la vista sobre el mapa, se ve que la cadena de montes que sigue por la izquierda del Nilo, desde las cataratas hasta *Faioum*, se aparta de improviso del lado de la Libia, y volviendo despues hácia el Este, forma en su contorno un inmenso receptáculo, el qual, aunque mas baxo que la madre del rio, estaba en otro tiempo cubierto de arena estéril, porque las aguas, detenidas por las dunas y rocas, no podian penetrar hasta allí. Un Faraon, llamado Moeris, con pleno conocimiento de la descripcion de aquellos sitios, concibió uno de los mejores proyectos que haya producido el espíritu humano, teniendo ademas

la gloria de ejecutarlo; y fué mudar aquel desierto estéril en un lago útil. — Perdone Vd. (dixo Lagiboseta) porque hace ya tiempo que estoy incomodado, y deseo.... — Ya (respondió el Abate Doloni), ya lo entiendo: Vd. desea saber qué es lo que practicó para este efecto, y yo se lo diré inmediatamente. Luego que los muchos millares de hombres, que reunió, habian limpiado y ahondado el suelo, hizo sacar un canal de quarenta leguas de largo, y trescientos cincuenta pies de ancho, para traer por él parte de las aguas del Nilo. Este hermosísimo canal, que en el dia subsiste con el nombre de *Rio de Josef*, todavía está entero: esta obra debió de costar sumas inmensas, porque en muchos parages está excavado en la

roca viva. — Todo eso está muy bien (dixo Lagiboseta); pero espero que Vd. me dexé un instante ir.... — No dude Vd. de ello (añadió el Abate Doloni), oiga Vd. dos palabras y con eso acabo. Esta obra reunia todas las ventajas, y suplía en los años en que la inundacion era mediana, reteniendo las aguas preciosas que hubieran corrido inútilmente al mar. Sus beneficios eran todavía mas señalados en los tiempos de excesiva inundacion, pues recibia el superfluo nocivo, que hubiera impedido sembrar las tierras. Para evitar que este mar artificial no rompiese las murallas que le habian puesto, ni causase daños lamentables en los campos, se habia abierto un canal de desagüe al traves del monte, por el qual salian

á las arenas de la Libia las aguas sobrantes. Bien se ve en esto, una de las obras mas gloriosas de que los fastos de las naciones hayan hecho mencion, y no es de admirar que la historia las haya colocado en lugar superior á las pirámides y al laberinto; pues á la grandeza de la empresa, reunia la felicidad de los pueblos.

Al acabar estas palabras el Abate Doloni retiró la mano con que tenia agarrado á Lagiboseta, y este se fué aceleradamente, habiendo padecido tanto con la obstinacion del antiquario, que en lo sucesivo huia de hablar con él.

Entre tanto nuestras barcas continuaban subiendo por el Nilo. En muchas leguas, la cadena de montes que está al oriente del rio se

acerca mucho á él, y no dexa mas que una corta extension de terreno, que pueda aprovechar á la agricultura. Esta faxa de tierra, que se prolonga al pie de las rocas estériles, está dividida con aldeas cercadas de bosquecillos, de mieses, de hortalizas y de árboles frutales, y parece la naturaleza adornada de sus riquezas á la puerta del desierto.

Despues de algunos dias de navegacion, descubrimos á la parte de oriente el *monte de los Páxaros*. Monval nos dixo que este monte empinado debe el nombre que tiene á la multitud de milanos, de gavilanes, de águilas y de cuervos marinos que allí se ponen para arrojarse luego sobre la presa. Las tórtolas y paxarillos pueblan los bosques, que circundan el pie de las

rocas. Las bandadas de íbidas, de grullas, cisnes y cigüeñas baxan á las riberas y cubren el Nilo durante el invierno, miéntras las de palomas obscurecen el sol. Los árabes independientes habitan aquella costa, y roban los barcos que pueden sorprehender. Por fortuna, nosotros estábamos sobre aviso, y de quando en quando, para quitar á los árabes la gana de acometernos, hacíamos descargas de fusilería, que resonaban á lo léjos, y repetian los numerosos ecos de los montes.

Al paso vimos diferentes ciudades y aldeas bastante agradables: *Minich*, donde el Abate Doloni creyó reconocer las ruinas de un antiguo templo de Anubis: *Suadi*, aldea, en cuya cercanía enpiezan las cuevas de la Tebayda, famosas por

la austeridad de los anacoretas que las habitáron, y las quales son canteras que abriéron los egipcios, donde los geroglíficos que se ven ponen el sello á su antigüedad: tambien estan allí *Achmunain* y *Ensiné*, dos ciudades igualmente famosas por las ruinas magníficas que poseen. El Abate Doloni nos dixo, que la de *Ensiné* es la misma que la célebre ciudad de *Antinoe*, que el Emperador Adriano mandó edificar, para inmortalizar la memoria de Antinoo su privado.

Despues de varios dias de navegacion llegamos al puerto de *Girge*, capital del Egipto superior, cuya ciudad tiene una legua de boxeo, y muchas mezquitas y plazas públicas: en sus cercanías se encuentran las ruinas de un templo mag-

nífico consagrado á Osiris.

Algunas leguas mas arriba, se hallan caseríos habitados por los árabes, que infestan el rio con sus piraterías, particularmente por la noche. Luego se llega sucesivamente á diferentes puertos; y despues de haber pasado *Dendera*, *Giené* y *Cous*, se descubren las ruinas de Tebas, cuya magnificencia han recitado á porfia los poetas y los historiadores. El Abate Doloni quiso absolutamente que las recorriéramos. Allí se encuentran todavía las ruinas de un templo célebre, y no hay en todo el mundo edificio, cuya magnitud sea mas admirable, ni cuya magestad se manifieste mas patente y sensiblemente; de manera que parece conforme á la alta idea que los egipcios tenian del Ser

supremo , y nadie puede entrar en él sin quedar absorto y penetrado de respeto. El espacio que ocupaban los vestíbulos , los pórticos y los patios del templo , tenia á lo ménos una legua de circuito. El terreno de las cercanías estaba lleno de las casas de los egipcios , y aunque fuéron edificadas con solidez , no han podido salvarse de las injurias del tiempo y de los conquistadores , de suerte que se hallan enteramente destruidas. En el dia , en que el terreno se ha levantado mucho , y las inundaciones sucesivas las han cubierto de muchos pies de limo , trabajan los labradores sobre aquellas ruinas : el trigo , el lino y las legumbres crecen en los mismos parages , donde hace tres mil años se admiraban las plazas públicas , los

palacios , los edificios numerosos habitados por un pueblo ilustrado.

El Abate Doloni nos enseñó todo lo mas particular de las ruinas de Tebas, y despues, reuniéndonos al rededor de él, nos hizo esta arenga: „Señores, ya nos hallamos cerca de los límites del Egipto; y ahora debemos dar una mirada al pais que acabamos de recorrer, y resumir en nuestra idea lo que hemos notado en este tiempo. En un espacio de doscientas leguas, hemos visto por todas partes de nuestro camino los mas hermosos restos de la antigüedad; pero todos ellos no son mas que ruinas y reliquias. ¿Quál es el acaecimiento á que deberá atribuirse la destruccion del gusto y de las artes en el mismo clima, y sobre el mismo terreno,

sino al gobierno que deprime ó eleva á su arbitrio el genio de las naciones? El Egipto, entrado en poder de los persas, y formando parte de su imperio, fué assolado por espacio de doscientos años por Cambises y sus sucesores. Hecho luego provincia romana en el reynado de Augusto, fué el Egipto mirado como el granero de la Italia, y fomentada la agricultura y comercio. Los monarcas del baxo imperio lo gobernáron con un cetro de hierro, y destruyéron algunos de sus hermosos edificios. Los árabes lo quitaron de las manos al cobarde Heracleo; quemáron aquella famosa biblioteca de Alexandría, cuya pérdida será motivo de eterno llanto para los sabios de todos los países y de todas las edades. Los turcos, en

fin, pueblo ignorante y bárbaro, han sido sus últimos dueños, y han aniquilado, en quanto han podido, el comercio, la agricultura y las ciencias. Tras tantas plagas, y después de tantos siglos como han pasado, no puede negarse la admiración á un país que todavía posee tantos monumentos antiguos, pues todo el globo junto no reúne tanto como esta sola porción del mundo. Esta sola observacion es bastante para dar idea del pueblo que lo habitó, y del grado de perfeccion á que llegaron las artes.

Salimos pues de Tebas con sentimiento de dexarla, y andando siempre rio arriba, nos acercamos á las primeras cataratas. Los barcos en que navegábamos estaban frecuentemente rodeados de crocodilos

á flor de agua, los quales nos miraban sin manifestar, ni temor, ni intencion dañada; y solo el ruido de los escopetazos podia sacarlos de su apática tranquilidad. Nunca suben á las bárcas, y por poco altas que esten sobre el agua, no hay ningun peligro de ser acometidos de ellos; pero es preciso tener sumo cuidado de no meter las piernas ó los brazos en el agua, porque se corre peligro de que las corten con sus dientes puntiagudos y cortantes.

Otros enemigos mucho mas terribles nos acometiéron poco despues. Unos árabes vagabundos, impelidos del deseo de robar nuestra caravana, nos sorprendiéron por la noche; y todo lo íbamos á perder sin hacer resistencia alguna, quando despertándome sobresaltado tiré

un pistoletazo, llamando al socorro á todos los compañeros. Ayudado de Rocas de San Casian, de Chiusa, y de una docena de genízaros, logré poner en fuga la tropa de salteadores que habia venido contra nosotros. Su gefe, admirado de mi valor, quiso en vano darme pruebas del suyo, haciendo esfuerzos para alcanzarme con su lanza; yo supe huir el golpe, y á no ser por la obscuridad de la noche, hubiera pagado bien caro su atrevimiento. Amaneció el dia, é iluminó nuestro triunfo. Rocas de San Casian me estrechó en sus brazos; y llamando á todos nuestros compañeros, quienes por la mayor parte, yertos de espanto, no se atrevian á presentarse sino temblando, les dixo: demos todos las gracias á Rolando, que es

quien nos ha salvado; su valor puede protegernos otras veces, y por nuestro propio interes debe recompensársele dignamente. Supuesto que vamos á entrar en pais donde el language de los signos es el único que podemos emplear, nombremos á Rolando por nuestro gefe, y los honores que le tributemos nos harán respetables á todos en los sitios por donde vayamos.

Recibióse esta proposicion con tan general aplauso, que no dexaba oír mis palabras: yo no queria admitir aquellas honras, de que me parecia mas digno Rocas de San Casian; pero descubriendo este mi pensamiento, vino á asegurarme que el negarme á ello seria muy reparable, y que siendo necesario que la caravana tuviera algun ge-

fe , durante el viage de Abisinia, debia yo serlo, y él quedaria muy contento con estar siempre á mi lado en calidad de mi teniente.

Despues de esto, alzando la voz, dixo á todos los compañeros: amados amigos, en todos los pueblos del mundo, se distinguen las dignidades con cierto aparato exterior. En esta region, un Baxá de tres colas se presenta con gran número de instrumentos militares, que los señores de inferior dignidad no pueden usar, y creo que importa formar cierta corte á nuestro gefe Rolando, y componerle una música guerrera.

Dicho esto se buscáron varios instrumentos de los que se usan en el pais, y algunos Abisinos del séquito de los embaxadores los tocá-

ron con bastante habilidad. Hallándonos cerca de las primeras cataratas, fué preciso á la caravana hacer el camino á pie, y los músicos abrieron la marcha, el uno tocaba una trompeta insufrible, llamada *surme* en Egipto; el otro un *tabbel*, ó gran tamboron turco, que llevan horizontalmente y tocan por ámbos lados: otro hacia resonar una chirimía, y otros en fin golpeaban entre sí unos platillos de metal sonoro, guardando la cadencia.. Toda la caravana fué desfilando; y provista, gracias á Siñier el padre, de todos los abastos necesarios, tomó el camino arenoso de la Abisinia.

CAPITULO XVI.

Propone Martin de la Bastida ir á Abisinia por mar. — Motivos de no admitirse esta propuesta. — Descripcion de los oasis ó islas en medio de las arenas. — El Abate Doloni quiere hallar el templo de Júpiter Ammon. — Condicion que le pone Monval para acompañarle. — Aventura de Chiusa.

Apénas estaba en camino la caravana, quando uno de los viageros, discontentándole la direccion que tomaban las guias, manifestó en alta voz y con acrimonia el disgusto que esto le causaba. Quando consentí, dixo, en ir á Abisinia en compañía de Vds., fué creyendo que no iriamos por tierra; ántes bien es-

taba en la inteligencia de que luego que llegásemos á Tebas, pasaríamos á *Cosseir* á orillas del mar Roxo, y que de allí daríamos la vela para las playas de Abisinia. El particular conocimiento que tengo de este mar, de los vientos que reynan periódicamente, de las causas físicas de la elevacion de sus aguas en el movimiento de las mareas, lo que he trabajado sobre los puertos y fondeaderos que se hallan en la costa, nos hubiera podido servir de mucho, y me permitia responder á todos Vds. del feliz éxito de la travesía, la qual hubiera sido muy breve, en lugar que si Vds. se meten por los arenales de la Nubia, van á perder un tiempo precioso, y á exponerse, sin necesidad, á los peligros en que tal vez perecerán.

¡Peligros! (exclamó Monval dirigiéndose á Martin de la Bastida) ¿quál seria la gloria de los viajeros, si debaxo de sus pies no hormigueasen los peligros? ¿No son mas admirados sus descubrimientos, en proporcion de lo mas que les han costado? ¿Y los que han adquirido mayor reputacion, no la deben á su mayor valor? Dícese aquí que los desiertos de la Nubia son poco conocidos: tanto mejor; la cosecha de observaciones que nos proporcionarán, será mayor y mas importante. Hasta ahora solo las han paseado las caravanas de los Nubios y Abisinos; y ya es tiempo de que las pasee una reunion de hombres instruidos, particularmente un naturalista, que enardecido con el amor al estudio de los dos grandes rey-

nos , el orgánico y el inorgánico, prepare, en fin, los materiales de una historia natural completa de estas regiones. El amor á la ciencia me obliga pues á preferir el camino ordinario, el que ciertamente es mas largo ; pero tambien ofrece mas cosas que observar ; y en quanto á los peligros que se dicen , tal vez los habria mayores en la navegacion por el mar Bermejo.

¡ Qué error ! (replicó Martin de la Bastida.) El mar Bermejo no es ni con mucho tan peligroso como se dice. Es cierto que en él son frecuentes los naufragios ; pero eso depende de la ignorancia de los turcos y árabes en la ciencia de la navegacion , quienes apénas conocen el uso de la aguja de marear ; ademas que nunca navegan en alta mar,

sino que van siempre costeando, y la costa está llena de escollos. Así que, vuelvo á decirlo, en el camino de Nubia vamos á hallar peligros espantosos, que no podremos evitar, y todavía estamos á tiempo de aconsejarnos mejor, y no ir á exponer la vida meramente por el gusto de describir alguna nueva especie de quadrúpedos.

Estas consideraciones no dexáron de hacer fuerza á varios de los viajeros, y casi estaban ya resueltos á seguir el parecer de Martin de la Bastida. Monval por su parte, que deseaba con ansia pasar por los oasis y por el reyno de Senaar, procuraba persuadir á otros, y ya tenía convencido al Abate Doloni, á quien habia dicho que si seguian el camino de *Cosseir*, dexaban á las

espaldas el templo de Júpiter Ammon. Entre tanto los embaxadores de Abisinia llegaron á entender, por medio del dragoman, y á instancias de Ingardin el motivo de la disputa, y cayéron en la sospecha de si la intencion de embarcarse en *Cosseir*, ocultaria algun proyecto de llevárselos á ellos y á toda su comitiva, dirigiendo la nave hácia la Arabia ó la India. Asustáronse con estos temores de la imaginacion, y resolviéron oponerse con todas sus fuerzas y autoridad al plan que proponia Martin de la Bastida; y dirigiéndose á mí, me participáron su firme resolucion, y mandáron que al instante continuase la caravana su camino al Oeste hácia los *oasis* ó islas en medio de las arenas, dependientes de la Tebayda, para

desde allí dirigirse en línea recta al Sur hácia la Nubia y Senaar. Con esto, aunque Martin de la Bastida y sus partidarios se mostráron descontentos, fué preciso conformarse con el dictámen de los embaxadores.

Tres dias consecutivos de camino nos fuéron menester para pasar el desierto y llegar á los *oasis*; los quales son tres, y uno de ellos, que es el mayor, es tambien el mas freqüentado de todos, por razon de hallarse en el camino de las caravanas de Abisinia. Descansamos allí algunos dias para tomar víveres, y prepararnos á la penosa travesía del gran desierto de Nubia.

Cerca de una de estas fértiles islas, situadas en medio de las arenas tostadas por el sol, es donde estuvo

el famoso templo de Júpiter Ammon. A lo ménos el Abate Doloni no dudaba de ello, en vista de un lugar de Quinto Curcio, que nos citó, el qual contiene la descripcion del camino que llevó Alexandro quando fué á consultar el oráculo.

Este conquistador, dice, pacificado el Egipto superior, resolvió ir al templo de Júpiter Ammon. El camino para llegar á él es casi intransitable: por todas partes se descubren inmensas llanuras de arena; pero nada era capaz de detener á Alexandro, á quien su ardiente deseo impelia hácia el oráculo de Júpiter. No satisfecho su corazon, codicioso de gloria, con el colmo de la grandeza, creia ó queria que creyeran los demas que era su padre aquel dios. Despues de algunos dias

de camino, entraron Alexandro y los suyos en soledades ardorosas. Sus ojos no descubrian mas que arenas amontonadas, sin árboles, ni plantas, ni ninguna señal de cultivo. En medio de estos áridos campos, buscaban como los navegantes la tierra con los ojos. El agua, que en odres llevaban los camellos, se les acabó, sin que hubiera modo de abastecerse de ella en tierra falta de manantiales, donde todo estaba quemado por el sol. En tal apuro, ora fuese dádiva de los dioses, ora efecto de la casualidad, el cielo se cubrió de espesas nubes, y cayó la lluvia á torrentes. Finalmente, despues de algunos dias de fatiga, llegaron al territorio consagrado á Júpiter Ammon; y con suma admiracion hallaron en aquella comarca,

circundada de desiertos , bosques impenetrables á los rayos del sol, arroyuelos de agua cristalina, y un temple suave y halagüeño.

Persuadido pues el Abate Doloni, en vista de las palabras tan claras y terminantes del célebre Quinto Curcio , de que el templo de Júpiter Ammon no debía de estar léjos de allí , y que descubriria por lo ménos sus ruinas ; deseoso de llegar á beber en la fuente del sol que se halla cerca del templo, y cuyas aguas , segun el mismo autor, estaban tibias por la mañana, frescas al mediodia, calientes por la tarde, é hirviendo á media noche, buscaba alguno que le guiase allá; pero el *oasis* de *Ammon* es tan poco conocido de los egipcios modernos, que no hubo nadie que se ofreciese á

satisfacer los deseos de nuestro antiquario. Viendo esto, recurrió á Monval, rogándole que le acompañase á descubrir tan famoso templo.

Monval dixo que sí lo haria de buena gana; pero con la condicion de que, por ser mas mozo el Abate Doloni, habia de llevar las alforjas, que en estas salidas acostumbraba traer para recoger en ellas los objetos raros de historia natural que encontrase. Pareció algo dura esta condicion al Abate Doloni; pero tan grande deseo tenia de hallar el templo de Ammon, que al fin se conformó á cargar con las alforjas; poniendo por artículo de este convenio que el un lado de ellas habia de quedar á su disposicion, para guardar las cosas curiosas de antigüedades que hallase entre las ruinas del

templo, y fuesen de tal naturaleza, que se pudiesen transportar en unas alforjas.

Saliéron al amanecer, y se encamináron hácia el occidente, acompañándoles Chiusa, con una escopeta, un morral, y algunas provisiones de boca, quien no podia llevar la alforja, porque entónces no podria traer los animales raros que Monval esperaba cazar. Ademas, debia Chiusa recorrer el desierto para ver si cogia algun avestruz ó algun antilope. En efecto, á breve rato se apartó del Abate Doloni y de Monval; pero siempre con el cuidado de no alejarse de modo que los perdiera de vista.

Caminaban estos observando el pais, y haciendo votos por el feliz éxito de la expedicion, quando, á

poco que habian andado, llamó la atención de Monval la arena que pisaban. Apostaré yo (dixo al Abate Doloni) á que nunca ha reflexionado Vd. sobre la naturaleza y propiedades de este cuerpo, que los latinos llaman *arena*. Vamos á ver: ¿cree Vd. que debe mirársele como la descomposicion de las piedras mayores? ¿ó es la arena la basa principal de la formacion de las piedras?

—La arena siempre es arena (respondió el Abate Doloni), en lugar que de piedras hay muchas especies.—Tambien (replicó Monval) hay diferentes especies de arena: la hay *quarzosa*, *caliza*, *arcillosa*, *vidriosa*, *metálica*, y tambien hay el guijo y otras; y sin pasar de aquí, creo ver al rededor de mí tres especies distintas. Cosa muy curiosa se-

rá por cierto determinar con exactitud la naturaleza de las arenas del Egipto y de la Nubia, y para sujetarlas á la análisis, es preciso llevar una muestra de todas las especies que encuentre en el camino.

Diciendo esto, Monval cogió algunos puñados de las tres especies de arena que habia visto, y haciendo de ellas tres paquetes los metió en la alforja.

Cosa de veinte pasos habian andado, quando reparó á la derecha una colina en que parecia haber rocas. Encamináronse hácia ella, diciendo al Abate Doloni que aquel terreno podria ofrecer alguna cosa interesante; y luego que se acercaron exclamó Monval: „No me he engañado: aquí hay una especie particular de granito, que por lo

raro merece entera atencion de los observadores. ¿Quién podrá explicarme la diversa naturaleza, que parecen tener las partes de que se compone este granito? A qualquiera le parecerá obra del arte, mas bien que produccion de la naturaleza. Sus granos son de un roxo violado.” Al mismo tiempo que decia esto, Monval estaba dando en la roca con el martillo, que siempre llevaba consigo, y hacia saltar los pedazos, que con grande anhelo iba metiendo luego en la alforja: el Abate Doloni le insinuó que bastaria con alguna muestra, pues el granito era muy pesado, y el sol empezaba ya á picar.

Así es la verdad (respondió Monval); pero si Vd. supiera lo que vale este magnífico granito, no se

quejaria ciertamente de llevar algun otro pedazo. Por mi parte lo estimo mas que el mármol mas bello. El mármol es una piedra calcinable, en lugar que esta especie de granito está compuesta de granos pequeños y duros, de materias vitrificables, y de una base mezclada de láminas de mica, que resisten al fuego sin pasar al estado de vidrio. Siendo esto así, como lo es, bien conoce Vd. que....

Lo que yo conozco es que pesa mucho (interrumpió el Abate Doloni), y esto es todo lo que puedo decir; pero á todo esto, continuemos nuestro camino, porque á este paso creo que nunca llegaremos al templo de Júpiter Ammon, objeto principal de nuestro viage.

Distraído Monval en busca de

sus piedras, no atendió á lo que le decia el Abate Doloni, ni reparó en que se iba alejando paso entre paso. Ya habia andado unos cincuenta pasos, quando Monval, alzando la voz, le gritó que se detuviera. ¡ Feliz hallazgo! (añadió) aquí traigo dos pedazos preciosos para mi coleccion: el uno es el verdadero pedernal de Egipto, un sílex opaco y manchado, una especie de jaspe. El otro es la *piedra sardónica* ó *sardonix orientalis*; la qual no se encuentra sino en Egipto, en la India y en Chipre, y á la que tambien se le llama *piedra de Memphis*. Observe Vd. el vistoso juego de colores, y sobre todo la dureza de esta piedra.

Así hablaba Monval quando ya habia alcanzado al Abate Doloni, y

le estaba enseñando las piedras para que las admirase ; y este por no disgustarle se las alabó y encareció sobremanera , hasta tanto que el otro las metió en la alforja , en cuyo caso se le quitáron las ganas de alabarlas , y solo sentia lo mucho que pesaban.

Seguian su camino nuestros viajeros , el calor crecia , y nada descubrian que les diese esperanzas de acercarse al oasis de Ammon. El terreno era árido y montuoso. Monval continuaba sus observaciones sobre los minerales , y colectaba de quando en quando algun fragmento raro. La carga del Abate Doloni se aumentaba sensiblemente , y el cansancio del camino la hacia mas pesada á cada paso.

Dos ó tres leguas habrian anda-

do, quando los viageros descubrieron un poco de verde. ¡Gracias á Dios! exclamó el Abate Doloni, pues ya parece que nos acercamos al oasis. Démonos prisa para ir á descansar en aquel parage, pues me parece ver algunas piedras á la sombra, á cuyo pie sin duda correrá algun arroyuelo.

Acercáronse en efecto, y el Abate Doloni sin poder casi alentar iba á sentarse sobre una piedra, quando Monval, cogiéndole por un brazo, le dixo que se detuviera, y le pregunto qué es lo que iba á hacer. — A sentarme, respondió el antiquario. — Espérese Vd., dixo Monval, y déxeme ántes exâminar la piedra en que quiere sentarse. — ¿Qué importa eso, dixo el Abate Doloni? — Importa (respondió Monval) mas

de lo que Vd. piensa. Es muy posible que esta piedra... En efecto, es un silex... mas duro, aunque ménos compacto que el jaspe... El color es amarillento; da fuego con el eslabon... No hay pues duda ninguna de que este es el pórfido de Egipto, que es una de las mas bellas especies que hay de él. — Me alegro muchísimo (dixo el Abate Doloni); pero al fin sea pórfido ó sea mármol, lo que yo quiero es sentarme.

Monval le pidió que esperase un poco, y al mismo tiempo levantó el martillo, y descargando golpes, hizo saltar varios pedazos de pórfido, que iba metiendo en la alforja, que el Abate Doloni habia ya puesto en el suelo. Descansáron luego á la sombra de una palma, y comié-

ron frugalmente. A corto rato llegó Chiusa, trayendo un abestruz que habia tenido la fortuna de matar, de tamaño prodigioso, y cuya altura igualaba casi á la de un hombre á caballo.

¡Quán fecunda (exclamó Monval) es la naturaleza en sus producciones! Vean Vds. aquí un ave que parece tener analogía con el orden de los cuadrúpedos. Este animal no vuela; pero corre con tanta rapidez, que seguramente no hubiera nunca llegado Chiusa á alcanzarle, á no ser por los lebreles. Sírvese de las alas como de dos velas, que le ayudan á correr quando es favorable el viento.

Pues no está todo ahí (añadió Chiusa), ni todo se reduce á ver el avestruz. Ahora tengo que ense-

ñar á Vds. doce ó quince huevos que he hallado en la arena, y me parece que han de ser de este animal.

Diciendo esto los sacó; y Monval lleno de gozo, le dixo: de avestruz son sin la menor duda; cada uno de esos contiene mas de dos quartillos de líquido, y ahora es menester colocarlos en la alforja.

El Abate Doloni se opuso á ello, dando por motivo que estaba llena, pues el lado vacío se reservaba para las medallas y los fragmentos de antigüedades, que se encontrarían en las ruinas del templo de Júpiter Ammon. — Quando hayamos descubierto esas ruinas (replicó Monval), entónces sacaremos de la alforja los huevos de avestruz, y yo me encargo de llevarlos; pero por ahora

es conveniente que Vd. los lleve, porque así le servirán de contrapeso, y por consiguiente le incomodará ménos la carga.

Muy bien me parece (dixo á esto el Abate Doloni), no hay mas sino meterlos en la alforja, en la inteligencia de que no respondo de que lleguen enteros.

En quanto á eso (dixo Monval) no tiene Vd. que tener el mas leve rezelo; y claro está que todavía no conoce Vd. los huevos de avestruz. La dureza de la cáscara es tal, que se pueden hacer de ella vasos, que sirven lo mismo que si fueran de porcelana.

Eso es lo mismo que decir (añadió el Abate Doloni) que serán tan pesados, como si fueran huevos de porcelana ó de mármol. No

puede negarse lo penoso del empleo de que me he encargado; pero á bien que en adelante, me miraré muy bien ántes de comprometerme á llevar las alforjas de ningun naturalista. ¡Quiera Dios que el templo de Ammon se ofrezca quanto ántes á mi vista!

Acabada la comida se levantáron el Abate Doloni, Monval y Chiusa, y prosiguiéron su camino. Apretaba el calor excesivamente, y nuestros viageros lo sentian mas, por quanto á pocos pasos volviéron á hallarse en un terreno despojado de todo verde. Dos veces subiéron á la cima de una colina, para ver si divisaban á lo léjos alguna nueva *oasis*, y dos veces fué inútil el trabajo de subir. El Abate Doloni estaba desconsolado, y ya empezaba

á rezelar que habria hecho en vano aquel viage, del qual no sacaria otra cosa que el cansado honor de haber llevado al hombro la pesada alforja de Monval.

En esto los lebreles de Chiusa diéron caza á un antilope, y él quiso tener la gloria de correrlo. Puso pues el avestruz en manos de Monval, y salió disparado como un relámpago; sin que necesitase arriba de un quarto de hora para volver triunfante y glorioso.

Tratóse entónces de lo que deberia hacerse; y Monval propuso el desistir del intento de buscar el templo de Júpiter, dado que no habia indicio alguno de su existencia. El Abate Doloni le declaró que si era capaz de darle un chasco como este, al instante iba á soltar la

alforja , pues si se habia allanado á llevarla , era solo con la esperanza de llegar al oasis de Ammon. Diciendo estas palabras puso la alforja en el suelo ; y viendo que Monval y Chiusa estaban en la firme resolucion de volverse , no quiso volverla á tomar. Trató á sus compañeros de hombres poco formales, y les prometió no olvidar nunca el agravio que acababan de hacerle.

Estas amenazas no intimidáron á Monval , quien rogó á Chiusa que llevase la alforja ; y este ufano de tomar sobre sí tan gloriosa carga, y deseoso al mismo tiempo de dar nuevas pruebas de la fuerza de sus músculos , la cogió y anduvo con ella con gran ligereza como unos cien pasos. Gozoso entónces el naturalista , se creyó libre de guardar

moderacion. Miéntras el Abate Doloni la habia llevado, cierto pudor le impedia dexarse dominar enteramente de su ardiente pasion á las producciones naturales; pero confiado en las robustas espaldas de Chiusa, solo pensaba ahora en aumentar su coleccion con todo lo que se le pusiera por delante. La casualidad favoreció sus deseos de un modo particular; pues apénas empezó á buscar, quando halló varias piedras que el Abate Doloni miraba como *pedernales*, y nada mas; pero Monval las tuvo por verdaderas *águas*. ¡Qué tesoro! exclamaba: ¡y qué felicidad la nuestra, de poder llevar estas piedras tan ricas! Acércate Chiusa, ven y admira mi descubrimiento. ¿Ves estas piedras transparentes? pues amigo, nada

ménos son que ágatas. ¿Qué te parece? es menester exâminarlas despacio; y así es preciso que ahora las guardemos en la alforja.

Sin embargo de sus buenos deseos, no pudo Chiusa cumplir los de Monval, porque estaba ya tan llena la alforja, que no era posible acomodar nada mas en ella. El Abate Doloni se alegraba en su interior de este inesperado contratiempo; pero luego vió que la imaginacion de Monval encontraba fácilmente medios de salir de los apuros. Amigos (dixo este) el calor es tal que bien podré andar el resto del camino en calzoncillos; y así voy á quitarme mis pantalones de cutí, que son bien anchos, ataré cada extremo con una liga, y los pondrá al hombro Chiusa, quien de esta menera podrá lle-

var mas cosas, y me proporcionará la ventaja sin igual de enriquecer mi coleccion con producciones preciosas.

Por estas palabras entendió Chiusa, que sobre la carga pesada que llevaba, no dexaria de fatigarle esta nueva añadidura; pero fuese timidez, ó fuese deseo de mantener su reputacion de atleta, guardó silencio, y dexó que le acomodáran los pantalones, que el indiscreto Monval empezó á llenar, metiendo en ellos muchas piedras, que le parecieron ágatas orientales de las mas hermosas que se conocen.

A cada paso que daba el naturalista, se paraba, cogia piedras, y las iba echando en las bolsas formadas de los pantalones, ya porque era un *jaspe* de especie particular, ya

porque era un *ojo de gato*, especie de ágata que se encuentra en Egipto y en Arabia, la qual tallada por un lapidario diestro, presenta efectivamente un *ojo* con todas sus proporciones. Iba Chiusa abrumado del peso y del cansancio, y el sudor le arroyaba por todo el cuerpo; hasta que al fin no pudo ménos de manifestar á Monval que sus fuerzas no le permitian llevar otra carga mas pesada, y así aun quando fuesen diamantes los que encontrase no podia ya con ellos.

En vista de esta advertencia, se vió precisado el naturalista á irse con mas tiento que hasta allí; pero habiendo poco despues hallado algunas piedras que le parecieron *calcedonias*, fuéron tantas las instancias y los ruegos que hizo á Chiu-

sa, que este no tuvo valor para negarse á recibirlas; y para obligarle mas le prometió Monval darle un pesoduro luego que llegasen, y le ofreció que en lo demas del viage no recogeria mas que insectos ó vegetales.

En efecto, cumplió su palabra por lo que hace al último punto; y dándose á observar las huellas de los cuadrúpedos é insectos que se descubrian sobre la arena, las mostró á Chiusa y al Abate Doloni. Las de los jakales estaban muy patentes, y aun Monval descubrió sus excrementos recientes, que estos animales tapan con arena, arañando como los gatos.

Reparen Vds. (dixo á sus compañeros) el polvo que está encima de estos estratos de arena, y verán

que es tan fino que el insecto mas pequeño dexa en él, como si fuese sobre nieve, los vestigios de su camino. ¡Qué variedad tan agradable en estas huellas! ¡qué cosa puede haber mas preciosa que la estampa de una especie de lagartos, que sin duda son muy comunes en este desierto! La punta de la cola ha ido formando sinuosidades regulares en medio de dos filas de dibuxos igualmente regulares, que han dexado estampados los quatro pies del animal, con los cinco dedos sueltos. Estos vestigios se multiplican y enlazan cerca de las guaridas subterráneas de estos animalillos, y presentan un aspecto singular, que no dexa de ser bastante agradable.

Monval se divirtió en correr tras uno de estos lagartos, y habiéndolo-

lo cogido, y no pudiendo disecarlo por la angustia del tiempo, lo cogió de las espaldas de Chiusa para despues exâminarlo despacio

Tambien halló sobre la arena diferentes especies de *grillos* y de *escarabajos*, todos los quales recogió con ansia; y luego corrió tras Chiusa para ponérselos en el turbante clavados con alfileres. Habiendo despues descubierto una serpiente reluciendo con hermosos colores, se atrevió á acometerla, y tuvo la gloria de apoderarse de ella; y ufano de haber triunfado de aquel reptil, la llevó al punto á Chiusa, y se la ciñó en forma de vanda.

Despues de esto dirigió su atencion hácia algunos árboles, casi sin hojas, que por casualidad se habian criado en aquel arenal. Caballeros

(dixo entónces á sus compañeros), si no me engaño, es este el *mimosa nilótica*, esto es, la acacia verdadera, la qual echa de su tronco y ramas la goma arábica. Su aspecto es por lo comun de estar poco medrado: el tronco es revuelto y poco alto; sus ramas largas y en corto número, quedando casi á descubier-to, por ser las hojas pocas y estrechas; todo lo qual da á este árbol cierto ayre poco agradable; pero su utilidad hará que siempre se le mire y tenga por uno de los árboles mas preciosos. Ahí se ve como por las rajas de la corteza está destilando goma, la qual es un artículo muy importante del comercio, y utilísimo á las fábricas, en donde se consume en gran cantidad.

¡Valgame Dios! si los labrado-

res egipcios fueran mas entendidos, ¡qué de bienes no podria traerles la acacia, la qual es un medio eficaz de restituir al cultivo esos terrenos que la esterilidad ha invadido, en que el suelo, apto para la vegetacion, está cubierto y usurpado por las estériles arenas! Por mas seca, por mas arcillosa que sea la tierra que está debaxo de la arena, puede plantarse en ella el árbol de la goma y conservarse, con tal que las raices profundicen en un estrato de tierra vegetal. El lecho arenisco que rodea al tronco por abaxo, no perjudica al incremento del árbol. Los bosques de acacias contribuirían á la pronta vegetacion, y á mantener hombres en el terreno, que diversas circunstancias han condenado para siempre, segun parece, á la aridez

y despoblacion ; y miéntras se llegaba á conseguir que floreciesen las labores de la agricultura , daria la goma arábica suficiente utilidad para recompensar los gastos de este plantío : ademas que la madera excelente que suministrase , indemnizaria cumplidamente al que lo emprendiese , en un pais , en que la leña y la madera escasean muchísimo.

Monval quedó muy ufano de haber concebido este proyecto ; y ansioso de ponerlo en noticia de los gefes del gobierno del Egipto y de la Nubia , cortó algunas ramas de acacia , y para que Chiusa las llevara con mas facilidad , les quitó las espinas , y luego consiguió disponerlas sobre la cabeza de este enorme de parasol.

Chiusa disimulaba el sumo abatimiento de sus fuerzas, bien que no podia ocultarlo en su andar lento y penoso, lo que realmente no es de admirar si se atiende al peso que le oprimia y estorbaba. Un avestruz enorme debaxo de un brazo; una gazela debaxo del otro; unas alforjas y los pantalones llenos de minerales; unas ramas en la cabeza, sin contar los reptiles, serpientes, insectos y mariposas de diversos colores de que estaba salpicado todo su cuerpo: tal era el almacen que le hacia trasudar. Iba Monval detras de él, procurando animarle con sus discursos. Animo, amigo mio, (le decia) ¡buen ánimo! ¡Piensa en el honor que va á coronarte, quando llegues al lugar adonde vamos, cargado de tantos objetos pre-

ciosos como ahí llevas! Ninguno de quantos te vean, podrá dexar de participar de la admiracion que á mí me enagena al fixar en tí mi vista. Hace mucho tiempo que tenia formada alta idea de tí; pero hoy ha crecido mas todavía. A mis ojos, no eres un hombre, sino que me pareces el genio de la naturaleza personificada. ¿Quál es el pintor que no codiciaria dibuxarte con esos brillantes atributos? Los Dolonis futuros tomarian tu retrato por algun personage emblematico. ¡Ea pues, amigo mio, ten buen ánimo, y piensa que la carga que llevas es un tesoro para la ciencia!

Estimulado de los discursos de Monval, quiso Chiusa mostrar nuevo ardor; y sacando fuerzas de flaqueza, dió algunos pasos con suma

actividad y ligereza; pero esta última prueba de valor era el precursor de un triste acaecimiento; el último resplandor de la lámpara que está espirando, la qual se vivifica por un instante ántes de apagarse. Chiusa puso el pie en falso, y perdiendo el equilibrio, cayó sobre la arena, sin que le quedasen fuerzas para levantarse, por mas que Monval y el Abate Doloni hicieron lo posible para ayudarle. Avergonzado de la caída, abrumado del cansancio, no quiso admitir ningun socorro, ó mas bien no le fué posible aprovecharse del que le ofrecian. Déxenme Vds. (les dixo) y vuelvan solos á reunirse con la caravana; que yo, si mañana no me he muerto, ó no me ha devorado algun leopardo ó alguna hiena, en-

tónces continuaré mi camino.

Era ciertamente dolorosa esta separacion ; pero en fin, fué preciso resolverse á efectuarla. Monval y el Abate Doloni prometiéron á Chiusa que no perderian un instante para enviarle los socorros de que necesitaba, y que inmediatamente que llegaran á la caravana, alquilarian un camello, y volverian á buscarle. En efecto, así lo hicieron, y la mañana siguiente lo encontraron bueno y sano. Vino pues Chiusa montado en su dromedario, y luego que los demas viageros lo avistáron, fuéron á darle la enhorabuena de su feliz llegada.

CAPITULO XVII.

Rolando y sus compañeros parten de la grande oasis, y se meten por el desierto. — Columnas de arena movediza. — Simoom. — Susto que pasáron los viajeros. — Historia de un árabe que, durante la noche, quiso robar los camellos de la caravana. — Llegan los viajeros á Selima.

Despues que, segun la costumbre de las caravanas de Abisinia, pasamos algunos dias en la grande oasis, y de haber tomado en aquel fecundo valle, todos los refrescos que se requerian para el dilatado camino que íbamos á emprender, partimos por fin, para atravesar el vasto desierto de Selima, que tiene

seis ó siete jòrnadas de extension.

El primer dia anduvimos unas veinte millas , sin que viésemos nada que nos pareciese notable. Todos iban muy alegres , á excepcion del Doctor Codonel , que parecia leer en lo futuro, los peligros numerosos de que habian de estar sembrados nuestros pasos, y suspiraba continuamente por volver á Francia.

La mañana siguiente, á eso de las siete, como nos hubiésemos puesto en camino yendo derechos hácia el Sur , nos vimos de repente sorprendidos , con notable espanto nuestro, por un espectáculo de los mas magníficos que pueden presentarse á la vista. Vimos pues hácia el Oeste y al Noroeste, á diferentes distancias, levantarse del suelo del de-

sierto muchísimas y enormes columnas de arena ; las cuales se fuéron despues alejando , de manera , que apenas podíamos divisarlas. Levantábanse hasta tal altura , que se perdian en las nubes : unas veces se rompian muy arriba , y aquella inmensa cantidad de arena se dispersaba por el ayre : otras veces se rompian por el medio , y entónces el ruido que hacian , era como la explosion de un cañon.

A eso de mediodia , estando el viento al Sur , y soplando con mucha violencia , se acercáron las columnas rápidamente hácia nosotros , y contamos once de ellas puestas en fila , como á tres millas de distancia. El diámetro de la mayor me pareció que tendria unos doce pies. Por fortuna se cambió el viento , y con

esto se alejaron las columnas; pero nos dexaron cierta impresion, mezclada de asombro, de terror y de admiracion que no es posible definir. Aun quando hubiéramos querido huir, habria sido inútil, porque el caballo mas ligero no alcanza á la celeridad de estas columnas; y así persuadidos de que por este medio no podiamos librarnos de ellas, permanecimos largo tiempo inmóviles en aquel parage contemplándolas.

Este dia caminamos con mucha lentitud. El susto que nos habia causado la vista de estas columnas de arena, tenia embargadas nuestras fuerzas. Todos iban desalentados, temerosos de que se acercaran aquellas formidables columnas; pero al ponerse el sol, desaparecieron aquellos enormes hijos de la tierra.

El dia siguiente las volvimos á ver , y el número de ellas era mucho mayor que el dia ántes ; pero de ménos tamaño. Al salir el sol apareciéron como si fueran un bosque espeso , y obscureciéron el cielo ; mas despues que los rayos del sol penetráron al traves de ellas , parecian verdaderamente columnas de fuego ; con cuya vista se amedrentáron casi todos mis compañeros. Yo pregunté al dragoman de los embaxadores de Abisinia , si en alguna otra ocasion habia visto semejante espectáculo , á lo que me respondió que sí , que efectivamente las habia visto tan terribles como entónces ; pero nunca tan peligrosas , por quanto el color roxo del ayre parecia anunciar el *simoom*. Sin embargo nos tranquilizamos al-

go, viendo que las columnas se habian desvanecido casi del todo al anochecer, ó á lo ménos se veian en el horizonte á mucha distancia de nosotros.

El quarto dia proseguimos nuestro viage, yendo siempre hácia el Sur. Los embaxadores abisinos se alegraban de irse acercando cada vez mas á su patria, en tanto que muchos de mis compañeros estaban desconsolados, por ver que se alejaban mas y mas de la suya.

Eran las once de la mañana quando de improviso oimos la voz del dragoman, que con acento enérgico y sobresaltado nos gritó: *tirarse todos al suelo, que viene el simoom.* Vi en efecto venir una nube tan encendida como la púrpura del arco Iris, la qual tenia veinte brazas

de ancho, y estaria como á catorce pies levantada del suelo. La rapidez con que corria era imponderable; pues apenas me dió tiempo de volverme y tirarme al suelo, quando ya sentí el calor que me daba en el rostro. Todos nos mantuvimos con la boca pegada á la arena, como si estuviéramos muertos, hasta que el dragoman nos avisó que ya podiamos levantarnos. En efecto, el metéoro que yo vi, ya habia pasado; pero todavía estaba el ayre tan caliente, que temiamos ahogarnos. Los que mas padecieron eran el Doctor Codonel, Lagibose-ta y Ingardin, los quales desde entónces sintieron cierta especie de asma, que siguió incomodándoles por muchos meses.

Toda la caravana estaba acobar-

dada y desanimada: todos guardaban melancólico silencio. En tal conflicto, y ayudado de Rocas de San Casian, fui recorriendo la fila para alentar y esforzar los ánimos abatidos de mis compañeros, y mostrándoles á lo léjos la cima escarpada de algunos montes, que limitaban el horizonte, vamos, les dixé, vamos al pie de aquellos montes donde hallaremos yerba, y allí nos repondremos de nuestras fatigas, y cobraremos vigor.

Al fin cesó aquel viento terrible del *simoom*, y empezó luego á soplar de la parte del Norte un viente-cillo fresco, que venia en ráfagas de cinco á seis minutos de duracion, dexando despues ciertos intervalos de calma.

El dia siguiente volvimos á te-

ner el susto de ver las columnas de arena, las cuales eran tantas, que casi parecían un grueso ejército. Yo empezaba á acostumbrarme á ver este fenómeno con serenidad de ánimo, por quanto hasta entónces no nos habia hecho mal alguno. El espectáculo grandioso y magnífico que nos ofrecia, compensaba en cierto modo los temores que pudiera inspirarnos. No era lo mismo en quanto al *simoom*, y todos estábamos firmemente persuadidos, de que si volvía á pasar por encima de nosotros el metéoro encendido del dia ántes, nos causaria indudablemente la muerte.

Hicimos alto en una espaciosa llanura, circundada por varios montecillos de arena, que al parecer se habian formado recientemente. Vi-

no la noche, y siguiendo nuestra costumbre, encendimos fuego; porque no obstante el excesivo calor que reyna durante el dia en aquellos desiertos, las noches son bastante frias.

Siempre que descargábamos los camellos, los trabábamos bien con un candado fuerte, á fin de que no se extraviasen por la noche, ni los cogiesen algunos árabes errantes de los que suelen andar por aquellos desiertos.

Aquella misma noche estuviéron Chiusa y Domingo haciendo centinela á los camellos y carga, mientras el resto de la caravana descansaba de las fatigas del dia. A eso de media noche oyéron que las trabas de los camellos metian ruido como si alguien las hubiera soltado.

Volviéron al punto la cabeza hácia aquel parage, y viéron clara y distintamente un hombre que se iba apartando, agachándose hácia el suelo.

A breve rato, el mismo hombre volvió á querer meterse entre los camellos. Como Chiusa y Domingo estaban bien armados, se adelantáron con ardimiento, y gritáron ; quién vive ! quien quieras que seas, si tienes necesidad de algun auxilio, ven y arrímate al fuego, y no tengas ningun temor; pero si vuelves á acercarte á los camellos, no te salvará la vida el mundo entero.

Desperteme á las voces de mis centinelas, me levanté, y fui corriendo adonde estaban. Fuimos juntos á reconocer los camellos, y ha-

llamos que estaba roto un anillo de las trabas, y en la arena distinguimos las huellas de los pies de un hombre. Al punto se tocó la generala, y toda la caravana se puso en pie, y en ademan de ayudarnos.

No fué menester mas para que aquella noche no durmiésemos, la qual pasamos con sobresalto y suma inquietud. En aquel desierto, no habia ni siquiera un habitante, que pudiera venir á socorrer á los viajeros. En la creencia en que estábamos de que los enemigos serian muchos y vendrian montados en camellos, nos colocamos al lado de los árboles, teniendo prontas las armas, y preparados para defendernos con todo vigor.

Sin embargo amaneció el dia, y no vimos árabes ningunos. Llamé

entonces á Chiusa , Domingo , al dragoman y algunos Abisinos , para que me acompañaran , y fuimos siguiendo las huellas que estaban estampadas en la arena , hasta tomar la vuelta de una roca , que parecia hecha expresamente para guarda de ladrones. En efecto , hallamos allí puestas dos tiendas viejas y rotas , plantadas con cuerdas de yerbas.

Entraron Chiusa y Domingo en una de las dos tiendas , y no encontraron á nadie. Los Abisinos y yo nos fuimos á la otra , que era la mayor , y allí vimos un hombre y una muger , casi desnudos , temblando de miedo , flacos , y tales que no parecian habitantes de este mundo. En un rincon estaba una pobre criatura llena de andrajos.

Fuíme derecho al hombre , y

asiéndole violentamente de un brazo , le dexé caer á mis pies. Estaba tan asustado aquel infeliz , que casi no podia hablar para pedirme perdón. La muger estaba afligida , y volviéndose hácia él le decia : bien te lo decia yo , que habia de sucederte alguna desgracia , si ibas á hacer mal á esos extranjeros.

Aunque mi ánimo estaba inclinado á usar de indulgencia con aquel árabe , era preciso , sin embargo , proceder con prudencia , para no comprometer nuestra seguridad. Los Abisinos le atáron fuertemente con los ronzales de los camellos , y eran de opinion de que se le diera muerte. Uno de ellos habia ya sacado el cuchillo de monte , y estaba en ademan de querer cortarle la cabeza ; á cuyo tiempo hice yo se-

ñal de desaprobar aquella accion, y di á entender al Abisino que era menester esperar y hacer al culpado un interrogatorio ántes de matarle, para saber de él lo que pudiera convenirnos. Entónces hablé al árabe por medio del Intérprete diciéndole: respóndeme á lo que voy á preguntarte, y dime la verdad; y sabe que la primera mentira que salga de tu boca, será la última palabra de tu vida. ¿Qué querias hacer con los camellos la noche pasada? — Mi intencion era (respondió el árabe) tomarlos para irme, con mi muger y mi hijo, á buscar mis compañeros que estan á las orillas del Nilo. — ¿Y entónces (le dixé yo) qué hubiera sido de nosotros? Ciertamente nos hubiéramos visto reducidos á morir aquí en este

desierto. — Sí (respondió el árabe) sin duda todos habríais muerto. — Dime ahora (añadí yo), ¿sabes si pasará por aquí pronto alguna otra partida de árabes? ¿Hay algunos en las cercanías de Selima? ¿Cuántos podrá haber en todo? ¿Hasles avisado de que nosotros andamos por este camino? — No (respondió el árabe), no hemos enviado á avisar á nadie. Pudiera suceder que viniese por aquí alguna partida de árabes; pero yo no tengo correspondencia con ellos.

Acabadas estas preguntas me levanté, á lo qual creyó el infeliz árabe que iba á morir. Hincado de rodillas, tenia las manos cruzadas sobre el cogote.

Fuíme luego hácia donde estaba la muger, y previniéndola de

que habia de decir la verdad, le hice las mismas preguntas que habia hecho á su marido, á las quales respondió sin discrepar en nada de lo que el otro habia declarado. Quando vió que volvía á levantarme, echó á llorar amargamente, y se arrancaba los cabellos, implorando mi misericordia, al mismo tiempo que estrechaba en sus brazos á su infeliz hijo. Si sois turco (exclamaba) tomad por esclavo este hijo; pero no lo mateis: y tambien perdonad la vida á mi esposo.

Al ver esto me enternecí de tal manera, que no pude continuar presenciando este espectáculo verdaderamente trágico. Muger (le dixé), yo no soy turco; y no tomo á nadie por esclavo, ni mato á los niños. Llamé pues aparte á mis compa-

ñeros , y encarecí á los Abisinios lo horrible que seria degollar una muger y una criatura de pecho. Todos se inclináron á que se libertase la vida á la muger y al niño ; pero en quanto al hombre creian , que para la propia seguridad , era preciso darle muerte.

¿ Quereis todos (dixé yo entonces) que manifieste qual es mi opinion? Pues sabed que estoy resuelto á salvar la vida á ese árabe ; y que impediré con todo mi poder que nadie de nosotros le quite la vida.

Fácil es adivinar que la resolución de mis compañeros , de sacrificar la vida del árabe , no procedia de crueldad , sino del temor de ver expuesta la suya propia. Respondieron todos que era acertado mi

parecer; pero preguntáron qué era lo que debería hacerse en semejante lance. Yo lo diré (les respondi): lo que debe hacerse es atarle la mano derecha á la izquierda de uno de nosotros, turnando todos en llevarle de esta suerte hasta que lleguemos á Senaar. Este árabe conoce los desiertos, y sabe donde hay pozos mejor que nosotros. Si procediese bien, prometo, al instante que lleguemos á Senaar, darle vestidos nuevos para sí y para su mujer, y además regalarle un camello.

Esta resolución, dictada por la prudencia y la humanidad, fué aplaudida de todos: mandamos traer á nuestra presencia los prisioneros, y se les notificó la sentencia, la que oyéron con gran contento y satisfacción.

Continuamos nuestro camino, alentados con la esperanza de llegar muy en breve á Selima, donde hallaríamos agua, que ya nos empezaba á escasear; pero los peligros que nos habian amenazado en los primeros dias de nuestro viaje, volviéron otra vez á asustarnos. A poco advertimos una nube encendida que nos anunciaba el *simmoom*, y al punto nos echamos en tierra boca abaxo, y sentimos pasar el viento por encima de nosotros con bastante fuerza. Para colmo de desgracias, uno de los camellos murió de cansancio y hambre. El dia siguiente, vimos otra vez muchísimas columnas de arena, que se levantaban haciendo remolinos, y obscurecian el cielo. Estas columnas nos presentáron en aquel dia

un espectáculo mucho mas magnífico, que todos los que hasta allí habíamos visto, por quanto eran mas gruesas que las de los dias anteriores, y el sol les daba de manera que las mas cercanas parecian estar salpicadas de estrellas de oro.

Poco ántes de mediodia se echó el viento del norte, y por mas de una hora, estuvo cayendo sobre nosotros, una especie de lluvia de arena finísima.

Todos sentíamos cierta debilidad y abatimiento, que no podíamos desechar, por mas esfuerzos que hacíamos para conseguirlo. Los camellos mismos participaban de este estado violento; particularmente aquel que llevaba los minerales y demas artículos de historia natural recogidos por Monval, pues daba indi-

cios manifiestos de su cansancio, echándose de quando en quando sobre las rodillas; de suerte que para obligarle á levantarse era menester mucho trabajo.

Y pues, señores (exclamaba Martin de la Bastida), ¿tenia yo sobrada razon en temer la travesía del desierto? Si se hubieran seguido mis consejos, á estas horas nos hallariamos muy cerca de las costas de Abisinia, sin que ese horrible *simoom*, ni esas columnas espantosas que nos vienen persiguiendo, nos estuvieran dando continuos sustos y sobresaltos; sin que nos viésemos expuestos á perecer en estos desiertos arenales, de sed y de hambre. ¿Qué es lo que hasta ahora hemos sacado, con haber seguido el camino del Senaar? ¿qué descu-

brimiento hemos hecho? ¿qué nueva especie de cuadrúpedos hemos encontrado? Todo es estéril en este vasto desierto: en él no hay ni un gusano, ni una mosca, ni nada que tenga señales de vida. A lo ménos, si tenemos la fortuna de llegar buenos y sanos á Senaar, aconsejo á Vds. que á toda costa tomemos el camino del mar Bermejo para ir á embarcarnos á Suaken. Este es el único partido racional que se puede tomar; y quiera Dios que podamos llegar á hacerlo.

En esto íbamos ya acercándonos á Selima, y empezando á distinguir á lo léjos algo de verde. A poco vimos muchas acacias, en cuya sombra se descubria el terreno cubierto de yerba y flores amarillas. A la verdad, nos desconsoló bastante

el ver luego que todo aquel verde no era mas que sené y coloquíntidas, que son las plantas mas amargas y ménos á propósito para servir de alimento á los hombres y á los animales; pero la idea del descanso de que íbamos á gozar, nos hizo una impresion sumamente agradable. Resolvimos pues acamparnos en aquella aldea, y detenernos allí dos dias, para recuperar nuestras fuerzas.

CAPITULO XVIII.

Sale de Selima la caravana , y pasa por Dongola y Gerry. — Caza del hipopótamo en las orillas del Nilo. — Llegada á Sennaar. — El Doctor Codonel encerrado en los jardines del palacio. — Modo que tuvo de salir. — Tempestad en el desierto. — Sifon.

El agua excelente que hallamos en Selima , la frescura de las acacias, que la naturaleza hace allí crecer como para que los viajeros olvidasen las fatigas de atravesar el desierto , nos diéron tanto ánimo, que salimos de aquel hermoso parage al cabo de dos dias , resueltos á seguir nuestro viage hasta Gondar.

Nada de particular nos sucedió desde Selima hasta Dongola. El camino no era tan uniforme ni tan estéril como el que ántes habíamos andado ; á veces el terreno estaba cubierto de céspedes , y á veces hallábamos bosques frondosos. Este terreno , á la verdad , es bastante estrecho , pues solo tiene una legua de ancho , y mas allá no hay sino desiertos horrorosos.

Al paso que nos acercábamos á Dongola , nos salian de quando en quando al camino los habitantes, que venian á vendernos provisiones. Algunos de ellos , acercándose á Ingardin , le ofrecieron medio pan de *durra* , especie de grano de mijo , y una calabaza llena de un líquido fermentado , que usan en el pais. Ingardin sacó entónces no di-

nero , sino una docena de granos de pimienta , y un puñado de clavos de especia , con lo que se mostraron muy satisfechos los vendedores. Como algunos de los otros se admiraban de esta venta , y aun estaban tentados de reirse , les dixo Ingardin : ¿ Ignoran Vmds. acaso que en este país no usan el dinero en el comercio , y que todo se hace por trueques como en los primeros tiempos ?

Así es, dixo Siñier el padre, que tampoco el pan es de trigo , y si no hay otro en el país mal estamos de comida.

Luego que nos hallamos á la vista de la ciudad de Dongola, diputé á Rocas de San Casian hácia el *Meck* ó Rey del país, para alcanzar de él el permiso de entrar en

la ciudad , lo que nos concedió con mucho gusto. Estábamos entonces en una aldea que le sirve de arrabal , y pasamos el rio en una barca , que el Príncipe mantiene para la comodidad del público. Las mercaderías pagan cierto derecho; pero los pasajeros no pagan nada.

La ciudad de Dongola está situada, en la orilla oriental del Nilo, al pie de un cerro seco y arenisco. Las casas estan muy mal edificadas, y las calles medio desiertas , y llenas de montones de arena , que las lluvias acarrean de aquellos altos. El castillo , que está en el centro de la ciudad , es grande y espacioso , pero las fortificaciones valen muy poco; sin embargo es bastante para causar respeto á los Arabes, que ocupan la campiña , adonde llevan á pa-

cer libremente sus ganados.

Nuestra entrada en Dongola sirvió de diversion á los habitantes de la ciudad. Pasamos por las calles precedidos de una música ruidosa, y siguiéndonos nuestros camellos. El *Meck* quiso vernos en su palacio, y tuvimos el honor de comer con él varias veces , aunque en mesa separada de la suya. En la primera audiencia que nos dió, estaba vestido de una ropa de terciopelo verde , que llegaba hasta el suelo. Su guardia es numerosa ; los que estan cerca de su persona traen espadas largas por delante y envaynadas: las guardias de fuera tienen medias picas. Este Príncipe , durante la corta mansion que hicimos allí, tuvo ocasion de ver que el Doctor Codonel curó algunos enfermos

que se le habian presentado , por cuya causa nos instó á todos á que nos quedásemos en su Corte ; pero habiéndole hecho presente la obligacion que el Doctor Codonel tenia contrahida con el Rey de Abisinia , no nos volvió á hablar en el asunto. Su Reyno es hereditario; pero paga tributo al Rey de Sennaar.

Partimos de Dongola muy satisfechos de la acogida que habia tenido nuestra caravana , y continuamos nuestro camino por el desierto de *Bihuva* , el qual no se puede atravesar en ménos de cinco dias por mas diligencia que se haga. No se encuentra en este camino ninguna poblacion ; pero los habitantes , que estan acampados en tiendas , traen víveres á los viajeros.

Despues de algunos dias de marcha, volvimos á encontrar el Nilo, y llegamos por fin á *Gerry*, donde reside un Gobernador, cuyo principal empleo es exâminar, si en las caravanas que vienen de Egipto hay alguien que tenga viruelas; porque esta enfermedad no es ménos peligrosa, ni hace ménos destrozos en aquel pais, que la peste en Europa. A la hora en que nos preparâbamos para hacer nuestra entrada en la ciudad, al son de nuestros instrumentos músicos, viniéron á decirnos que nos iban á encerrar en una especie de lazareto para hacer quarentena segun era costumbre.

Esta funesta noticia nos consternó á todos de un modo difícil de expresar, y al punto nos juntamos para resolver lo que debia hacerse;

y el resultado fue que los embaxadores del Rey de Abisinia presentasen un memorial en nombre de su Corte al Gobernador de *Gerry*, diciendo : que el objeto de la caravana era de escoltar hasta Gondar la persona del Doctor Codonel, Médico de S. M. Etiópica, y por tanto era evidente que por la presencia del Doctor estaba la caravana al abrigo de todo contagio : que el Rey de Abisinia esperaba con impaciencia la llegada de su Doctor, y se le ofenderia mucho retardando quarenta dias su viage. Los embaxadores esperaban que este paso surtiria el mejor efecto, y no se engañáron, pues el Gobernador atendió nuestro memorial, y reduxo la quarentena á una mansion de cinco dias fuera de la ciudad.

Para pasar estos dias divertidamente resolvimos , en vista de lo que propuso Monval, reunirnos todos para recorrer las orillas del Nilo , y ver de matar algun hipopótamo ó algun crocodilo , con ánimo de regalarlo al Gobernador de Gerry.

Dividímonos en siete cuadrillas, y nos repartimos por las orillas del Nilo hasta dos jornadas de camino. Llegados á un valle desierto reconocieron nuestros batidores algunas huellas de hipopótamos , y nos advirtiéron que estuviésemos sobre aviso.

La noche se acercaba , y los que no estaban acostumbrados á usar de escopeta , tuviéron orden de apostarse á cierta distancia para vocear y dar latigazos á fin de espantar los hipopótamos , y echarlos hácia

donde estábamos luego que vieran alguno. De esta suerte, quando el animal, obligado á buscar el alimento, viniese á tierra, nos parecia imposible que dexase de pasar cerca de algunas de nuestras emboscadas.

Todos estaban acostados á la orilla del agua, entre cañales ó sobre los ribazos que el rio habia dexado en seco, con la mas posible cercanía de los senderos estrechos que estos animales habian formado para salir del agua, de manera que estos anfibios monstruosos debian pasar sin remedio á la distancia de un pie ó de medio de la boca de nuestras escopetas. Dos cosas eran las únicas que debíamos temer: la primera, que la escopeta diese fogonazo, porque entónces el cazador está á peligro de morir infalible-

mente, en castigo de su temeridad: la segunda, que la herida hecha al animal no fuese mortal, bien que entónces puede esperar el cazador, como de ello hay muchos exemplos, que el fuego, el ruido y golpe de la bala turben al animal, y le impidan volver al instante contra su enemigo.

Estuvimos en espera como hora y media en profundo silencio, á ver si venia alguno de estos enormes animales. Ya habian venteado del otro lado del rio el olor de los cazadores; y el modo como andaban por allí, y se lanzaban al agua dando cierta especie de gruñido ó de relincho corto, pero agudo, nos indicó que tenian ya por sospechosas sus sendas acostumbradas. Uno de ellos hizo ademan de querer

abordar del lado donde estaban emboscados Rocas de San Casian y Chiusa , quienes estaban acechando á aquel animal con cierta inquietud , porque se aguardaban á tener que entrar muy pronto en lid con aquel monstruo colosal , que tenia en las quixadas bastante fuerza para partir á un hombre por medio del cuerpo. El Abate Doloni y Siñier el padre se habian refugiado cerca de mí , y el primero en voz baxa me decia : maravilloso es ciertamente que unos individuos débiles , armados con escopetas , exerzan en este instante su imperio sobre el *Leviathan* ó el *Behemot* del gran profeta Job.

En esto el hipopótamo , que se habia acercado al lado de Rocas de San Casian , se volvió con la rapi-

dez de una flecha , y vino directamente hácia nosotros lanzando un grito terrible : ¡ Dios mio ! (exclamaron mis dos compañeros yertos de espanto) ¡ aquí somos perdidos ! ¡ misericordia ! Diciendo esto se echaron en el suelo boca abaxo ; mas por fortuna al dar el grito el animal le disparé la escopeta , y la luz que de improviso le dió en los ojos le deslumbró , y contribuyó acaso mas que nada á hacerle retirar. Dió pues otro grito , y volvió á sumirse en el agua con tanta precipitacion como habia salido.

Con esto se acabó nuestra montería por aquella noche , y el resto de ella la pasamos en reir unos de otros , y formar diversas conjeturas sobre la furia del hipopótamo, que habia pasado probablemente tan-

to susto como nosotros. El Doctor Codonel nos dixo, que al oír el grito horrible del animal, se le habia helado la sangre en las venas.

Monval confesó que se habia estremecido de espanto: yo, añadió, me habia puesto sobre un altillo para exâminar si es verdad que quando el hipopótamo sale del agua, y está todavía húmedo y viscoso, brilla como un pez á la luz de la luna. El grito que dió, el ruido que hizo al salir del Nilo, y al correr á las piedras de la orilla, me hicieron pensar que venia alguna inundacion repentina del rio, con cuya idea huí á un parage mas alto. Lagiboseta, temblando y sin poder alentar, hacia esfuerzos para seguirme, y quedaba preso en una manta muy ancha donde se habia

envuelto las piernas para guarecerse de las picaduras de los insectos. Acudí con presteza á ayudarle á desenredarse , y le pregunté por dónde habia tomado su curso el agua de la inundacion. — ¿ Está Vmd. loco? (me respondió) Sin duda que el miedo le turba la razon. — Estas palabras me hicieron entrar en mí , y no dexó de causarme rubor mi fuga precipitada.

Al fin vimos salir los primeros rayos del sol ; y lo primero de que cuidamos fué de ir siguiendo la orilla para ver si habria muerto el hipopótamo herido , y si venia con la corriente : estuvimos esperando, aunque en vano, una parte del dia, y probablemente hubiera sido inútil permanecer allí mas largo tiempo, por quanto el rio tenia muchos ár-

boles en sus orillas , á cuyas raices se agarran estos animales con los dientes , segun dicen , en el fondo del agua , quando se sienten cerca de espirar.

Nos retiramos pues y fuimos á buscar otro puesto. Algunas huellas que descubrimos nos indicaron que varios de estos anfibios se habian retirado recientemente á una especie de golfo pequeño que estaba inmediato. Al punto nos preparamos para atajar todas las sendas y formar un bloqueo perfecto.

Esperábamos con suma atencion el instante favorable en que estos animales sacasen la cabeza ; pero ellos usaron de gran circunspeccion, y no quisieron exponerse á nuestra vista. Quando no estan asustados ni heridos, se les ve freqüentemen-

te en medio del dia sacar la cabeza y aun parte del cuerpo fuera del agua ; pero en el parage donde estábamos , apénas se atrevian á sacar la punta de las narices , para respirar el ayre de un modo imperceptible , y aun esto lo hacian por lo regular en los parages , donde estaban defendidos con las ramas de los árboles , que se inclinaban hácia el rio. El olfato de estos animales es tan sutil , que solo con el auxilio de este órgano parece que distinguian los parages donde estábamos ocultos , y al instante se alejaban de allí.

La noche siguiente nos volvimos á poner en espera : á las ocho y media empezó un hipopótamo á sacar poco á poco la cabeza fuera del agua , lanzando un grito agudo,

que parecia explicar su ira , y yo lo gradué como un medio entre el gruñido y el relincho. El sonido era poco mas ó ménos *heurckh*, *hurkh*, *huh-huh* ; las dos primeras sílabas pronunciadas lentamente con acento ronco , pero áspero y tremulo , muy semejante al gruñido de algunos animales ; las dos últimas sílabas pronunciadas con mucha velocidad , y en el todo muy semejante al relincho del caballo.

A las once volvió el mismo hipopótamo hácia nuestro puesto ; pero no se atrevió á salir á tierra con harto sentimiento nuestro , sin embargo de que le oimos acercarse , y roer la yerba y las matas que crecen á trechos en las orillas del rio.

Teníamos la esperanza de que esta dieta no podria bastar á aque-

llos animales por largo tiempo, pues cada uno de ellos consume mayor cantidad de alimento que una yunta de bueyes. A lo ménos es cierto que si ha de calcularse este consumo por lo ancho del gazonate del animal, por el tamaño de su cuerpo y de su vientre, que cuelga y toca casi al suelo, y por la cantidad de yerba que quita de los parages donde viene á pacer, ofreceria el resultado de este cálculo tal masa de alimentos, que pareceria increíble.

No fue esta noche mas afortunada para nosotros que la anterior. Al salir el sol nos disponíamos para irnos, pesarosos del mal éxito de nuestra expedicion, quando repentinamente vimos acercarse una hembra con su cria, la qual iba por

la orilla del rio buscando un parage escarpado para tirarse á él; y en el instante en que se volvia hácia el hijuelo le disparamos, y le dió la bala en el lomo; inmediatamente se tiró al agua, y por desgracia nuestra no fué el golpe mortal; pero nos fué útil en quanto proporcionó á Chiusa la ocasion de señalarse tirándose á los pies trase-ros del hijuelo, por los quales le sujetó hasta que los demas llegaron á ayudarle. El tierno hipopótamo lanzaba grandes gritos, muy semejantes á los de un cerdo quando le llevan á matar, bien que su acento era todavía mas áspero y agudo. No dexábamos de estar con algun rezelo de que la madre, que habia quedado herida, ú otros hipopótamos acudiesen á los gritos del animalito,

y viniesen á socorrerle; sin embargo, le atamos y le paseamos un corto rato por medio de todos con grandes aclamaciones.

Ahora pues (dixo Siñier el padre) que le tenemos en nuestro poder, soy de parecer de matarle inmediatamente, y salarle para conservar la carne, pues yo he oido decir á gente experimentada que el hipopótamo tiene tan buen gusto como el cerdo, y aun muchos lo prefieren, por lo que es preciso que hagamos la prueba; y en calidad de proveedor me encargo de todas estas menudencias, y aun creo que esto nos podrá proporcionar el honor de suministrar á la mesa del Gobernador de *Gerry* una lengua fiambre de hipopótamo, que será ciertamente un manjar exquisito.

Mi opinion (dixo Monval) es muy diferente, porque ó Vmd. no hace caso ninguno de la ciencia de la naturaleza, ó si no, debemos al instante disecar este animal, y hacer un estudio profundo así de su forma, como de sus partes interiores. Exâminemos la naturaleza de sus colmillos, el grueso de la piel, el ancho de su gaxnate, el número de sus estómagos; en una palabra, es menester que hagamos su anatomía completa.

Ni la proposicion de Siñier el padre, ni la de Monval se admitiéron por entónces, sino que se confió el animal al cuidado del intrépido Chiusa, quien se encargó de llevarle vivo á *Gerry*, para que el Gobernador aumentase con él su coleccion de fieras.

Hicimos nuestra entrada en la ciudad despues de haber pasado el Nilo, lo que se executa de un modo bastante particular; por lo que hace á los hombres y á las mercancías, los meten en una barca; pero los animales los atan por la cabeza y por debaxo del vientre con cuerdas, de las quales tiran y afloxan al paso que camina la barca. Los animales nadan y padecen mucho en este paso, de manera que mueren algunos; pues aunque el Nilo no es ancho, en aquel parage, es sin embargo rápido y profundo.

El Gobernador de *Gerry* nos recibió con suma benignidad, estimó mucho el presente que habíamos destinado para él, y nos dió una escolta que nos acompañara hasta *Sennaar*.

Despues de haber caminado al Nordeste, para evitar las largas vueltas que da el Nilo, de haber pasado por los lugares de *Alton*, *Cotran* y *Camin*, y atravesado una isla formada por el rio, llegamos á la ciudad de *Harbagi*, donde hay víveres abundantes, y en la qual hicimos alto para descansar un poco. Los dias siguientes pasamos por bosques de acacias, cuyos árboles altos y espinosos estaban cargados de flores amarillas y azules, de las quales las últimas esparcian un olor sumamente agradable. Estos bosques están poblados de papayos verdes, y de crecido número de otros páxaros, que no se conocen en Europa. Saliendo de estas selvas amenísimas, entramos en unas llanuras espaciosas y muy cultiva-

das , por las quales anduvimos algun tiempo, hasta que descubrimos al fin la ciudad de *Sennaar*, cuya situacion nos pareció hermosísima.

Esta ciudad, que tiene cerca de legua y media de circuito, está muy poblada, pero muy desaseada y descuidada; cuéntanse en ella unas cien mil almas. Su situacion es al occidente del Nilo á 15 grados, 4 minutos de latitud septentrional, segun la observacion que hizo Martin de la Bastida al medio dia del mismo en que llegamos. Las casas no tienen mas de un piso, y estan mal edificadas; pero son muy cómodos los terrados que les sirven de techo: los arrabales se reducen á unas malas barracas hechas de madera: el palacio del Rey

está cercado de murallas altas, hechas de adobes, en el qual nada hay regular, y solo se ve un monton confuso de edificios, que no tienen nada de bellos; los aposentos del palacio estan ricamente adornados con tapices al modo de levante.

La mañana siguiente al dia de nuestra llegada, nos presentáron al Rey, para lo qual tuvimos que quitarnos los zapatos, por ser este un punto de ceremonial á que deben conformarse los extrangeros; pues en quanto á los vasallos del Príncipe, nunca pueden presentarse delante de él sino descalzos. Entramos primero en un patio grande enlosado de baldosas de varios colores, y al rededor estaban las guardias armadas de lanzas. Luego que

hubimos atravesado casi todo este patio, nos mandaron detener delante de una piedra que está á la entrada de un salon abierto, donde el Rey acostumbra dar audiencia á los Embaxadores. Allí saludamos al Rey segun la costumbre del pais, poniéndonos de rodillas y besando tres veces la tierra. El Príncipe, que era bastante bien hecho, aunque negro, estaba sentado sobre un lecho muy limpio en forma de canapé, con las piernas cruzadas al modo del pais, y rodeado de unos veinte ancianos, sentados tambien como él, pero algo mas abaxo.

Estaba el Príncipe vestido con una chupa larga de seda, bordada de oro, y ceñido con una especie de faja de algodón muy fino: en la cabeza tenia un turbante blanco.

Los ancianos estaban vestidos poco mas ó ménos del mismo modo. El primer ministro, colocado á la entrada del salon y en pie, dirigia la palabra al Rey, y nos respondia de su parte. Saludamos por segunda vez á este Príncipe como lo habiamos hecho ántes, y le presentamos algunos cristales y otras curiosidades de Europa, que recibió con mucha bondad. Hízonos varias preguntas, y en particular del motivo de nuestro viage; y nos pareció que tenia mucho afecto y respeto al Rey de Abisinia.

Despues de una hora de audiencia, nos retiramos haciendo tres profundas reyerencias, y les mandó á sus guardias que nos acompañasen hasta la casa donde estuviésemos alojados, adonde luego nos envió

unos vasos grandes llenos de manteca, miel y otras cosas, juntamente con diez bueyes y otros tantos carneros.

Despues de esto nos envió á convidar para acompañarle al otro dia á una de sus casas de campo, que está á una legua de la ciudad, adonde iba á comer algunas veces. El orden que seguia la marcha es el siguiente: trescientos caballeros montados sobre hermosos caballos abrian la marcha; venia luego el Rey rodeado de innumerables criados de á pie, y de soldados armados, que cantaban en voz alta sus alabanzas al son de los panderos, lo qual formaba una armonía bastante agradable: setecientas ú ochocientas doncellas ó mugeres marchaban entre los soldados, llevando

en la cabeza unos cestos grandes y redondos de paja de diversos colores, muy bien trabajados. Estos cestos, que representan varios géneros de flores, cuya tapa forma una pirámide, contenian platos de cobre estañados, llenos de frutas, y de viandas ya condimentadas: sirvense estos platos al Rey, y despues se reparten entre los que tienen la honra de acompañarle. Dos ó trescientos caballeros seguian en el mismo órden que los primeros, y cerraban la marcha.

La casa del Rey de Sennaar nos pareció muy bien situada, y decorada con bastante gusto: apénas llegamos, nos llevaron á un salon tapizado con damasco de grana, y adornado de espejos. En un lado habia dos sofás grandes de damasco

carmesí y amarillo con almohadones de tisú. A poco rato vino el Rey, quien tenia grande deseo de trabar conversacion con nosotros. Quise yo aprovecharme de esta circunstancia para ofrecerle otros nuevos presentes, á lo que me dijo por medio del Intérprete. „No quiero dexar de recibirlos; pero seguramente no eran necesarios, pues aunque tenga mis defectos como los demas hombres, á lo ménos estoy exênto del de maltratar ó rescatar á los extrangeros.”

Volvimos á Sennaar muy satisfechos del buen recibimiento que nos habia hecho el Rey. Pocos dias despues, quando ya nos preparábamnos para salir de la ciudad, y continuar nuestro camino para Gondar, le hicimos otra visita, y le pregun-

tamos si acaso gustaba de consultar al médico del Rey de Abisinia ántes de su partida, ya para sí mismo, ya para las gentes de su casa. — Por mi parte (nos respondió) gozo de perfecta salud; pero en el palacio hay unas mugeres que estan enfermas, y tendrán mucho gusto en consultar al sabio Doctor Codonel.

Manifestamos pues á este que era preciso ir al palacio con un Intérprete, lo que executó, no sin repugnancia, persuadido de que su visita habia de tener funestas consecuencias. Introduxéronle en un aposento espacioso, quadrado y obscuro, donde estaban unas cincuenta mugeres de color de ébano, cubiertas de un vestido de cotonía; una de estas mugeres le cogió bru-

talmente por la mano, y le llevó á otro aposento mucho mas claro que el primero, en donde vió sentada en un gran sofá de lienzo azul de Surate, tres mugeres vestidas bastante ricamente, una de las cuales parecia ser la del Rey.

Esta última tenia siete pies de alto, y era ademas sumamente gorda: las facciones eran puntualmente las de una negra; en el labio inferior tenia atravesado un arete de oro, el qual se lo hacia baxar hasta la barba, dexando descubiertos los dientes, que eran sumamente hermosos: tenia dado de negro lo interior de sus labios con antimonio; las orejas colgaban hasta las espaldas, de manera que parecian dos alas; en cada una de ellas tenia un arete de oro; pero tan grueso

como el dedo meñique, y de cinco pulgadas por lo ménos de diámetro. El peso de estos zarcillos habia ensanchado de tal manera el agujero de la oreja de donde estaban pendientes, que se podian pasar sin dificultad por él tres dedos juntos. Esta muger tenia adornado el cuello con un collar de oro, el qual era de muchos hilos, que baxaban por grados hasta el pecho, y de los quales colgaban varios adornos. Por cima del tobillo de cada pie tenia una cadena de oro tan gruesa, que el Doctor Codonel no comprehendia al principio cómo podia andar esta muger, hasta que despues supo que los eslabones eran huecos.

Las dos compañeras de esta Princesa estaban adornadas como ella con corta diferencia. Así que el

Doctor Codonel se acercó á ellas, la Reyna llegó la mano á la boca y se la besó diciéndole en mal arábigo: bien venido seas mercader; á lo que respondió el Doctor Codonel, la paz sea con vosotras: yo no soy mercader sino médico.

Seria muy largo referir aquí la multitud de males de que se quejaban la Reyna y sus compañeras. Las tres quisieron que las sangrasen, en lo que consintió el Doctor Codonel por quanto esto pedia muy poco tiempo. Entónces declaró la Reyna que se sentia efectivamente aliviada; que nunca habia conocido un Doctor mas hábil que este, que la acababa de sangrar tan felizmente, y que su intencion era establecerle en el modo mas ventajoso para que se quedase en su servicio.

Al principio el Doctor Codonel tomó estas palabras por un mero cumplido; y respondió con mucha urbanidad, que agradecia infinito las honras apreciables de la Reyna, y desearia de hallarse en estado de aceptarlas; pero que estando comprometido anteriormente con el Rey de Abisinia, no le dexaba esto libertad para disponer de su persona. A esto replicó la Princesa que no tuviese ningun cuidado, por quanto el Rey su marido, se encargaria de arreglar este negocio, estando cierta de que su cariño le obligaria á dar todos los pasos necesarios para conseguirlo; y así contaba ya con que se quedaria en su servicio.

Viendo el Doctor Codonel que las proposiciones de la Reyna eran mas formales de lo que él habia

creido al principio, empezó esto á darle cuidado. — Señora (le dixo entónces) no ignorais que los embaxadores de Abisinia estan á punto de partir, que ellos me esperan, y que en una palabra es preciso que me retire. Diciendo esto procuraba acercarse á la puerta, la que ya encontró cerrada. A la voz de la Reyna, acudieron y rodeáron al Doctor Codonel doce negros, y le lleváron por una escalera falsa al jardin de la Princesa, cerrado enteramente por todas partes. El Doctor conoció la imposibilidad de escaparse, y solo esperaba su libertad de la justicia del Rey, ó de nuestro valor.

Inquietos al ver que no llegaba nuestro amado Doctor, enviamos algunos de los nuestros al palacio

preguntando por él, á lo que nos respondiéron que todavía no habia salido del aposento de las mugeres. Llegó la noche, y entónces empezamos ya á temer algun suceso funesto: los embaxadores Abisinos fuéron al punto á presentarse al Rey, y le hiciéron presente lo que pasaba; este mandó venir la Reyna, y le dixo, que explicase lo que hubiese en esto; y ella declaró que el médico que la habia sangrado se habia grangeado toda su confianza, y estaba resuelta á hacer los mayores sacrificios para que se quedase en la corte: no hay nada, añadió, mas precioso que la salud, y la mia está en sus manos, y él solo puede restablecerme. Decid pues al Rey de Abisinia, que mas bien le pagaremos doble tributo, que des-

prendernos de un Doctor tan hábil; y que si no quiere absolutamente dexármelo para siempre, me permita á lo ménos tenerlo aquí siete ú ocho meses. El Doctor está en lugar seguro, y no permitiré que me le quiten. Dixo esto; y se retiró escoltada de sus dos compañeras, dexando al Rey y á los embaxadores admirados y confusos.

Estos, dirigiéndose al Rey, le dixéron por fin: mucho sentimos, Señor, oponernos á los deseos de la Princesa; pero no podemos condescender de ningun modo en dexarle este hombre, que hemos ido á buscar hasta Trípoli, y le espera la corte en Gondar con la mayor impaciencia. Unicamente para escoltarlo se ha formado nuestra caravana. El Rey de Abisinia, que es na-

turalmente muy violento, no nos verá sin irritarse, si volvemos cerca de su persona sin haber cumplido sus órdenes; ademas que luego que sepa que le han detenido su médico en Sennaar ¿quién duda de que inmediatamente tomará venganza de semejante afrenta?

Todo eso es verdad (respondió el Rey) bien lo conozco; pero la Princesa es muy soberbia, y es preciso valerse de mucha maña con ella. Lo que se puede hacer es, que dilateis vuestra partida por algunos dias, y entre tanto yo me esforzaré en darle á conocer lo mal que hace, y la persuadiré con suavidad á que os entregue ese Doctor.

Los embaxadores de Abisinia dilatáron en efecto su partida, y el Rey se valió de todos los medios

posibles de persuadir á la Princesa; pero todos ellos fuéron inútiles; pues quanto mas cuidado ponía en disgustarla del Doctor, tanto mas se empeñaba en quererle tener á su lado; y aun llegó á decir que veía claramente que nadie miraba por su salud, pues querian quitarle el único médico que era capaz de conservársela; y tras esto echó á llorar, gimió y suspiró, todo lo qual causó mucha afliccion en el corazon del Rey.

En este conflicto juntó el Rey el consejo de Sennaar, para ver qué resolucion se podria tomar en circunstancia tan delicada; expuso el hecho, y declaró que tenia dos causas graves de temor, la de enojar á la Princesa, dando tal vez motivo á algun mal de nervios, y la de irri-

tar el ánimo del Rey de Abisinia, si no entregaba el Doctor: mis estados (añadió) podrán con dificultad mantener la guerra contra un Rey tan poderoso, quando por otra parte es evidente, que la justicia de la causa daría acaso motivo para una rebelion en mis exércitos; pidoos pues que me indiqueis la resolucion que debo tomar.

El consejo era numeroso, las opiniones fuéron muy diversas: los que querian complacer á la Princesa fuéron de parecer de que se enviase una embaxada al Rey de Abisinia, ofreciéndole una indemnizacion equivalente al perjuicio de venir á las manos, si se resolvía á hacer la guerra; pero los mas prudentes se opusieron á este designio, y hicieron presente al Rey lo reprehensi-

ble que seria, si atraia la plaga de la guerra sobre su reyno, por la obstinacion de la Princesa. Vuestra conducta (le dixéron) no tendria excusa ninguna; las fuerzas de Senaar no podrán tampoco resistir un choque de las de Abisinia, y talvez perderíais el trono por haber permitido que se violara el derecho de gentes, en una circunstancia en que estaba en vuestra mano impedir semejante violacion.

El Rey convino en que era de su interes entregar el Doctor Codonel á los embaxadores que le esperaban; y con esta resolucion mandó venir á un esclavo fiel, que estaba encargado de la inspeccion del aposento de las mugeres, y le dixo: he resuelto poner en libertad al Doctor Codonel para que siga

con la caravana. Hállase este en el jardín de las Princesas; te he escogido para que le saque secretamente: executa mi voluntad, en la inteligencia de que su salida se ha de verificar sin que nadie del palacio lo sepa; y mañana ántes de salir el sol ha de estar fuera de la ciudad, de cuyo puntual cumplimiento me respondes con tu cabeza.

Luego que el esclavo recibió esta órden, empezó á discurrir los medios de executarla con prudencia y prontitud. Entró pues en el aposento de las mugeres sin ningun acompañamiento, ni dar á conocer el gran designio que absorvia todo su espíritu; buscó algun pretexto para baxar al jardín, y en él se estuvo paseando algun tiempo, para concertar sus disposiciones.

El Doctor Codonel se paseaba á la sazón por una calle de acacias floridas, haciendo dolorosas reflexiones sobre la suerte que le esperaba. Al punto que el esclavo lo descubrió, fixó en él los ojos diciendo en su interior: este es el que busco; pero ¿qué es lo que haré para sacarle secretamente del palacio? No hay pues otro medio á mi parecer que untarle de negro la cara, y vestirlo de esclava etiópica; mas para esto seria menester hablarle, y él no me entenderá.... Por otra parte es tan alto, que mas pareceria un espectro que una muger Por lo qual es preciso buscar otro medio mejor.

Con estas reflexiones continuó el esclavo dando algunos paseos; y volviendo luego á pasar al lado del

Doctor, le asaltaron de nuevo sus dudas, acosado del tiempo.

¿Qué haré pues? decia. El tiempo insta, y si llegan á mandarle subir al aposento de las mugeres, será todavía mas difícil la salida; y entre tanto si nace el dia, y le encuentran en el palacio, yo estoy perdido. Traeré aquí algunos mercaderes armenios, y metiéndole en un caxon vacío, conseguiré sacarle de estos sitios. Este medio presenta grandes dificultades, y no es la menor la de no poder darlo á entender al Doctor, y persuadirle á que se meta en el caxon.

De esta manera discurría el esclavo, mirando de hito en hito y tan preocupado al Doctor, que este concibió alguna desconfianza é inquietud, y metiéndose por una ca-

Le sombría se fué por ella hasta el fin, donde habia un estanque bastante profundo, el qual á la sazón estaba seco: siguióle el esclavo hasta allí igualmente pensativo y ofuscado, discurriendo siempre en hallar el medio mas pronto y seguro de executar las órdenes del Rey.

Quando hubo alcanzado al Doctor al fin de la calle, salió repentinamente de aquel estado de congoja; habló consigo mismo en voz baja algunas palabras que el Doctor no entendia, puso la mano sobre la frente como que meditaba algun vasto proyecto, y al fin manifestó excesiva alegría. Entónces dixo al Doctor Codonel en mal arábigo que se sentara en un banco de céspedes, y le esperara. Sus gesticulaciones mas inteligibles y expresivas

que sus palabras, determináron al Doctor á sentarse y esperarle. Pocos minutos despues volvió, y tirándose á él con gran celeridad le puso sobre la boca la faja, atándosela fuertemente por detras de la cabeza, para impedirle que diese voces: luego le ató las manos atras, para que no pudiese hacer resistencia; y cogiéndole con violencia por el cabezon de la camisa, le llevó corriendo algunos pasos, hasta un parage donde levantó una piedra muy ancha y pesada, le hizo baxar algunos escalones, abrió la reja que daba al conducto del estanque, hizo inclinar al Doctor para que doblase el cuerpo, le empuja en fin por debaxo de la bóveda del conducto, y le amenaza de meterle en el cuerpo un puñal si no iba adelante.

Asustado el Doctor, y poseido de la idea de que el meterle en aquel subterráneo era para asesinarle mas libremente, caminaba preparándose para morir. Si no hubiera tenido tapada la boca con la faja que le habia echado el esclavo, le hubiera pedido que sin llevar mas adelante la barbarie, le matase pronto, y no prolongase su tormento. Sin embargo, como iba adelante por el conducto, y no veía que descargase en él el golpe mortal, llegó á pensar que por colmo de su crueldad le dexarian morir de hambre en aquel subterráneo obscuro, sospechando que los médicos de la corte de Sennaar, envidiosos de que un extranjero hubiese sido tan bien recibido de la Princesa, habrian urdido misteriosamente su perdicion,

y conseguido ejecutarla.

El conducto tenia salida á una media legua de la ciudad, por lo que necesitó dos horas el Doctor Codonel para andarle todo, las quales dos horas le parecieron dos años.

Luego que llegaron á la boca del conducto, el esclavo hizo arri-mar á la pared al Doctor, y á viva fuerza consiguió abrir la reja que daba al campo; al instante cogió al Doctor, y despues de haberlo sacado á fuera, y puesto en plena libertad, cerró con mucho sigilo la puerta, y se retiró dexando al Doctor confuso y admirado.

La noche habia ya sucedido al dia, las estrellas brillaban en el firmamento, y el mas profundo silencio reynaba en aquel campo: el Doctor Codonel temia perderse si

se atrevia á dar algunos pasos , y que tal vez le devorasen los xacales si permanecia allí , de suerte que se hallaba atormentado de cruel incertidumbre.

En quanto al esclavo , gozoso del feliz éxito de su empresa , dió la vuelta al palacio para poner en noticia del Rey lo que acababa de executar. Gran Príncipe , le dixo: ya estais obedecido; el médico está fuera de la ciudad , y ahora no tenéis mas que dar las órdenes para que vayan y le cojan , y hacer de él despues lo que tengais por conveniente. En el campo de poniente cerca del conducto por donde salen las aguas del monte inmediato , allí le hallarán.

El Rey de Sennaar hizo muchos elogios á su esclavo , y dió ór-

den á sus guardias de que fuesen fuera de la ciudad á apoderarse de la persona del Doctor. Aquella misma noche nos envió á advertir de ponernos en camino, asegurándonos que el Doctor estaba ya esperándonos en el camino de Gondar. En vista de esto partió la caravana y salimos de Sennaar precedidos de nuestros músicos, y seguidos de una comitiva numerosa: apenas nos hallábamos á un cuarto de legua de la ciudad, quando las guardias del Rey me entregaron de su parte á nuestro querido Doctor, quien habia ya perdido casi del todo la esperanza de volvernos á ver. No es posible referir la alegría que le causó nuestra presencia. Todos nosotros le dimos la enhorabuena, y la recibimos igualmente por haber

logrado al fin ponerle en libertad.

Contentos pues y regocijados proseguimos nuestro camino, bien descuidados de la tempestad que nos esperaba mas adelante, lo qual asustó bastante á algunos de los compañeros, segun se verá en el capítulo siguiente.

FIN DEL TOMO II.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO II.

CAPITULO XI.

El Abate Doloni, Monval é Ingardin quieren separarse. — Rolando les hace mudar de resolucion. — Noticia de las costumbres de Alexandria y de algunos animales de Egipto. — El gerbo y el ichneumon. — Partida para Roseta. — Descripcion de esta ciudad y sus cercanías..... Pág. 3

CAPITULO XII.

Llegada al Cayro. — Descripcion de esta ciudad. — Anecdota que da á conocer las costumbres del pais. — Relacion que hace Siñier el pa-

dre, de su viage á la Tebayda. —
Religiosos Coptos. — Mar Bermejo
ó de Arabia. — Istmo de Suez..... 39

CAPITULO XIII.

Hornos públicos de Egipto para criar
pollos. — Avenida del Nilo. — No-
tician á los viageros que hay peste
en Alexandria. — Resolucion que
toman para librarse de ella y salir
de Egipto. — Proxîmidad de la par-
tida. — Miéntras tanto que se veri-
fica, van parte de los viageros á ver
las pirámides y las catacumbas de
Sakara. — Dase cuenta de lo que le
sucedió á Siñier el padre en lo in-
terior de la pirámide mayor. —
Baxa el Abate Doloni á un pozo
de momias..... 71

CAPITULO XIV.

Elogio de los asnos de Egipto. —
Viento impetuoso del qual resulta
á los viageros una inflamacion de
ojos. — Método singular de curar-
los. — Insurreccion general. —
Vuelve Rolando á unirse con sus
compañeros acompañado del Doc-
tor Codonel. — Historia de este úl-
timo desde su huida de Marrue-
cos. — Salida para el Egipto supe-
rior..... 139

CAPITULO XV.

Navegacion por el Nilo. — Ruinas
del laberinto. — Lago Meris. —
Ruinas de Arsinoe y de la ciu-
dad de Tebas. — Idea general del
Egipto. — Crocodilos. — Sorpre-
henden los árabes á Rolando y sus

compañeros. — Combate. — Hu-
yen los árabes.—Nombran gefe de
la caravana á Rolando. — Su sé-
quito. — Toman el camino de la
Abisinia..... 183

CAPITULO XVI.

Propone Martin de la Bastida ir á
Abisinia por mar. — Motivos de
no admitirse esta propuesta. —
Descripcion de los oasis ó islas en
medio de las arenas. — El Aba-
te Doloni quiere hallar el templo
de Júpiter Ammon. — Condicion
que le pone Monval para acom-
pañarle. — Aventura de Chiusa.... 207

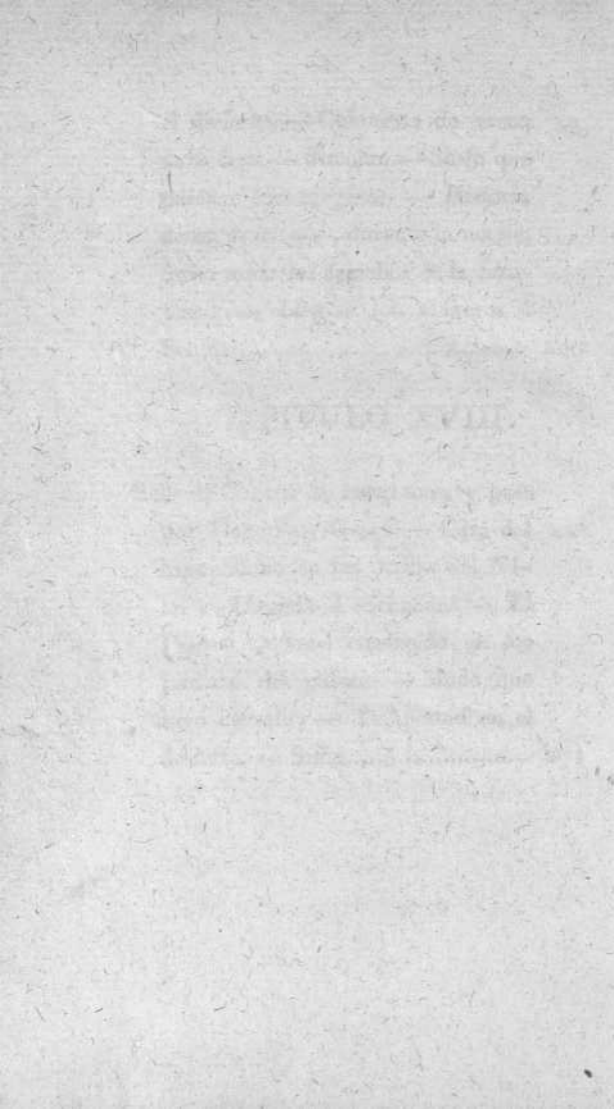
CAPITULO XVII.

Rolando y sus compañeros parten
de la grande oasis, y se meten por

el desierto. — Columnas de arena
movediza. — Simoom. — Susto que
pasaron los viajeros. — Historia
de un árabe que, durante la noche,
quiso robar los camellos de la cara-
vana. — Llegan los viajeros á
Selima.....:..... 247

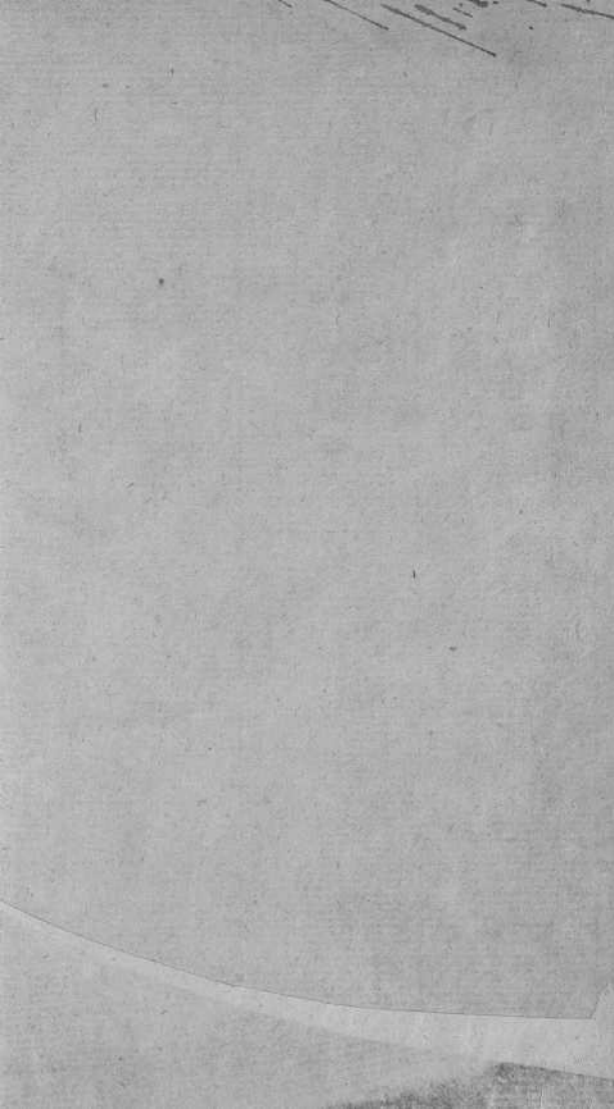
CAPITULO XVIII.

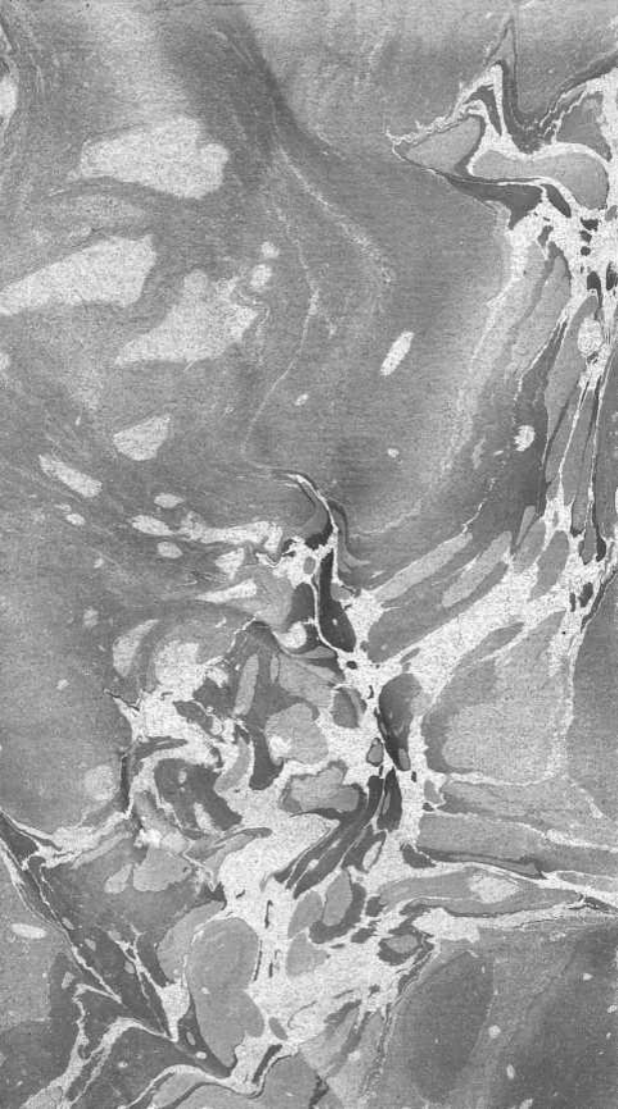
Sale de Selima la caravana, y pasa
por Dongola y Gerry. — Caza del
hipopótamo en las orillas del Ni-
lo. — Llegada á Sennaar. — El
Doctor Codonel encerrado en los
jardines del palacio. — Modo que
tuvo de salir. — Tempestad en el
desierto. — Sifon..... 271

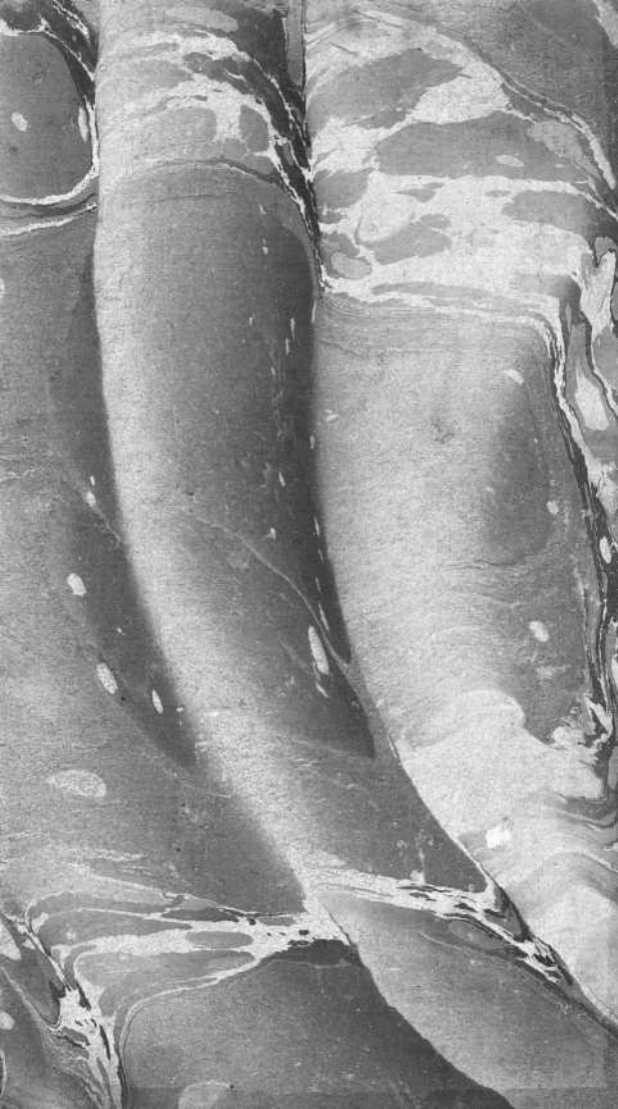


Richard P. Mansfield

9 docenas y media









VIAGES
DE
ROLANDO

D-1
707